

MUNDO HISPÁNICO

MADRID: SUS NUEVOS BARRIOS Y SUS CATORCE LAGOS

LOS PROBLEMAS DEL INDIGENISMO EN HISPANOAMERICA

GALICIA INAUGURA SU FERROCARRIL DIRECTO A MADRID

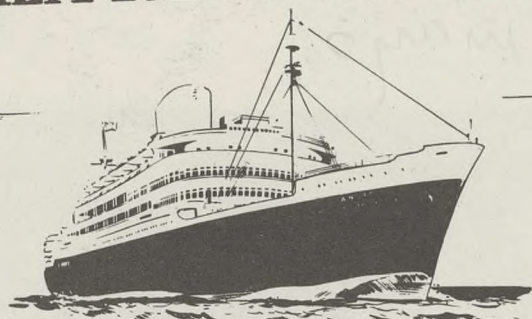
N.º 110

mayo

15 PESETAS



LA MALA REAL INGLESA



Tres tipos diferentes de trasatlánticos con espléndidas acomodaciones de Primera, Segunda y Tercera clase, para dar satisfacción a todos los gustos y al alcance de todas las economías.

Salidas de: Vigo, Lisboa y Las Palmas para Recife (Pernambuco), Salvador (Bahía), Río de Janeiro, Santos, Montevideo y Buenos Aires.

PROXIMAS SALIDAS

Vapor	De VIGO	De LISBOA	De LAS PALMAS
Highland Princess. . .	4 de Mayo	5 de Mayo	7 de Mayo
ALCANTARA.	26 de Mayo	27 de Mayo	30 de Mayo
Highland Monarch. . .	28 de Mayo	29 de Mayo	31 de Mayo
Highland Brigade. . .	18 de Junio	19 de Junio	21 de Junio
Highland Chieftain. . .	16 de Julio	17 de Julio	19 de Julio

Consulte a su Agencia de Viajes o a los AGENTES GENERALES PARA ESPAÑA

ESTANISLAO DURAN E HIJOS, S. A.

VIGO: Avenida Cánovas del Castillo, 3 - Teléfonos 1245 - 1246

MADRID: Pl. Cortes, 4 - Teléfonos 22-46-43 - 22-46-44 - 22-46-45

HIJOS DE BASTERRECHEA
Paseo de Pereda, 9 - SANTANDER

CIA. DEL PACIFICO

(PACIFIC STEAM NAVIGATION CO.)

Servicio regular de los grandes transatlánticos "Reina del Pacífico" y "Reina del Mar", entre **ESPAÑA y VENEZUELA, CUBA, COLOMBIA, PANAMA, ECUADOR, PERU y CHILE**

EL MAXIMO CONFORT A LOS PRECIOS MAS RAZONABLES



PROXIMAS SALIDAS

- "Reina del Pacífico" "Reina del Mar"
- De Santander: 4 de Agosto De Santander: 28 de Junio
- De La Coruña: 5 de Agosto De La Coruña: 29 de Junio

RETRATOS



ESTUDIO DE PINTURA DE
JOSE DEL PALACIO

Logramos de un mal retrato fotográfico un buen cuadro,
al óleo, pastel o acuarela

MINIATURAS SOBRE MARFIL, PAISAJES, MARINAS, BODEGONES,
COPIAS DE CUADROS DEL MUSEO DEL PRADO, RESTAURACION
DE CUADROS Y CLASES DE DIBUJO Y PINTURA

VISITE NUESTRA EXPOSICION
PELIGROS, 2 MADRID

NAVIERA AZNAR

SOCIEDAD ANONIMA

IBAÑEZ DE BILBAO, 2 :-: BILBAO

Dirección telegráfica: AZNARES, Bilbao - Teléf. 16920
Apartado núm. 13

LINEA DE CABOTAJE

Servicio regular semanal entre los puertos de Bilbao, Barcelona,
escalas intermedias y regreso.

LINEA DE CENTROAMERICA

Con salidas mensuales desde España a los puertos de San Juan de
Puerto Rico, La Guaira, Curaçao, Barranquilla, La Habana y Veracruz.

LINEA DE NORTEAMERICA

Con escalas en Filadelfia y Nueva York.

LINEA DE SUDAMERICA

Salidas regulares mensuales desde Bilbao, Gijón, Vigo y Lisboa,
con destino a Montevideo y Buenos Aires.

TODOS LOS BUQUES DESTINADOS A ESTOS SERVICIOS ADMITEN
PASAJEROS Y CARGA GENERAL

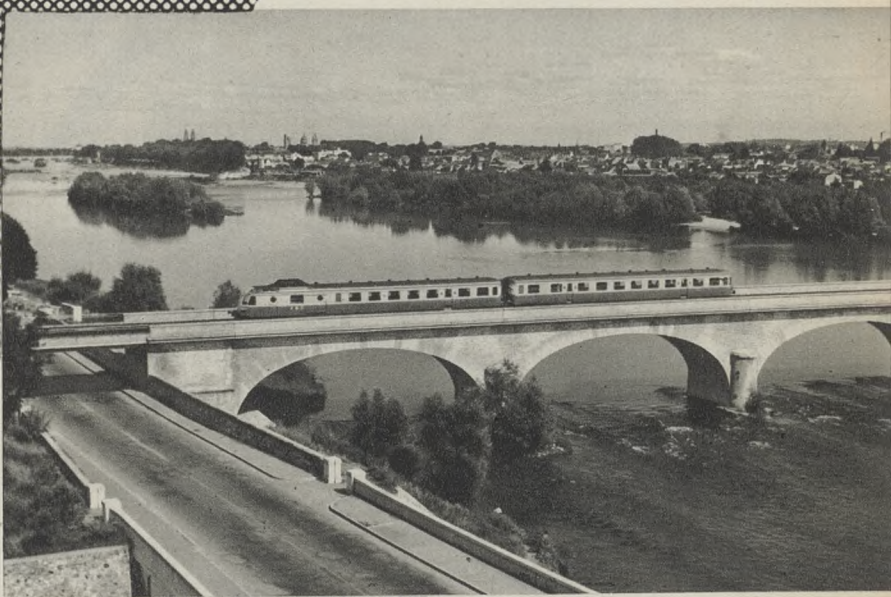
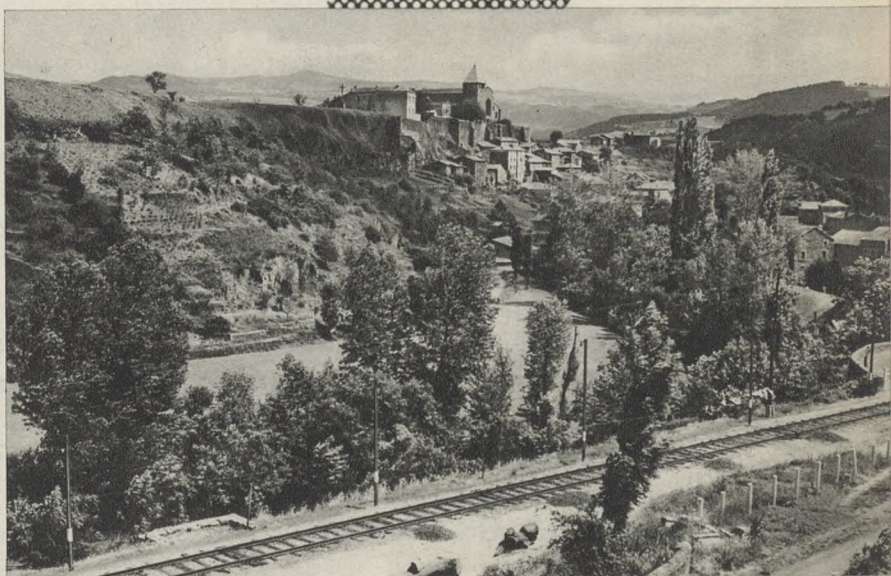
☆

PARA INFORMES SOBRE PASAJE Y ADMISION DE CARGA,
DIRIGIRSE A LAS OFICINAS:

NAVIERA AZNAR, S. A.: Ibañez de Bilbao, 2, BILBAO
LINEAS MARITIMAS: Plaza de Cánovas, 6 (bajos Hotel
Palace) - Teléf. 21 30 67 - MADRID

FRANCIA

le encantará por la belleza y la
diversidad de sus paisajes



EN EL TREN o en los
autocares de turismo de
la SNCF viajará por todas
partes en condiciones
inmejorables



COMODIDAD,
EXACTITUD,
ECONOMIA

Reducciones del 20 al 40 por 100
con los billetes turísticos
y colectivos

FERROCARRILES FRANCESES

LOS MAS RAPIDOS DEL MUNDO

Avenida José Antonio, 57 - MADRID - Teléfono 47 20 20

BANCO EXTERIOR DE ESPAÑA



ES una Institución dedicada especialmente al comercio exterior, con experiencia y organización, que pone a la disposición de industriales y comerciantes a través de sus sucursales y agencias, realizando principalmente todos los servicios relacionados con las operaciones de importación y exportación. Desarrolla sus actividades en las ciudades más importantes de la Península, así como en las islas Canarias y territorios del norte y occidente de Africa y Guinea española. Cuenta igualmente con filiales en Francia, Inglaterra y Alemania, con sus respectivas oficinas en París, Marsella y Casablanca, Londres y Liverpool, Frankfurt y Hamburgo. Con esta eficiente organización y con nuestra extensa red de corresponsales, nuestra clientela puede utilizar nuestros servicios en todo el mundo libre...

CAPITAL AUTORIZADO:

Ptas. 400.000.000

RESERVAS:

Ptas. 285.400.000



...Donde SIEMPRE será bien recibido, hallando solución a sus problemas, que quizá sean menos difíciles de lo que cree...

ACABA DE
APARECER
EL NUMERO
ESPECIAL
DE

«MVNDO HISPANICO»

DEDICADO A
MEXICO
CON EL SIGUIENTE
SUMARIO:

Portada: Dibujo de F. Sáez.
SUMARIO. EDITORIAL.
SENTIDO DE MEXICO Y EL INS-
TITUTO DE CULTURA HISPANICA.
SINTESIS DE UN MUNDO.
TRES FIGURAS DEL PENSAMIENTO MEXICANO: ALFONSO REYES, ALFONSO JUNCO Y JESUS GUIZA Y AZEVEDO.
EL AGUILA SOBRE EL NOPAL.
MEXICO EN UNA LAGUNA.
EL ZOCCALO.
LA BASILICA DE GUADALUPE.
LA GRAN UNIVERSIDAD NACIONAL AUTONOMA DE MEXICO.
EL CASINO ESPAÑOL.
EL CLUB ESPAÑA.
CENTRO GALLEGO. LA SOCIEDAD DE BENEFICENCIA ESPAÑOLA.
¿QUE QUIERE USTED COMPRAR?
LA VIDA EN SOCIEDAD.
SIMBOLO Y EXPRESION DEL «Ballet» MODERNO.
TIPOS POPULARES.
GENIO Y FIGURA DE LA NOBLE CABALLERIA CHARRA.
ZOOTECNIA MEXICANA EN CIFRAS.
PROGRESO ECONOMICO DE MEXICO
265.930 BARRILES DIARIOS DE PETROLEO.
EL ALGODON.
GUADALAJARA EN UN LLANO.
MONTERREY, LA CIUDAD INDUSTRIAL.
Y PUEBLA, HASTA LOS VOLCANES.
VERACRUZ, ALEGRIA DE MEXICO.
ACAPULCO, PARAISO DEL PACIFICO.
TLAXCALA, DONDE LLORARON LAS DOS RAZAS.
GUANAJUATO, REINA DEL PASADO MINERO Y COLONIAL.
TAXCO Y EL ARTE DE LA PLATA.
Y MEXICO CONTINUA.
EL TIANGUIS
LAGOS Y VOLCANES.
LAS CULTURAS INDIGENAS PREHISPANICAS
PANORAMA DE LA LITERATURA MEXICANA.
BREVE ANTOLOGIA DE LA POESIA MODERNA MEXICANA.
LA ACADEMIA MEXICANA EN MADRID.
ESTUDIO Y SITUACION DE LA PINTURA MEXICANA.

120 PAGINAS
Precio del ejemplar:
25 PESETAS

MVND HISPANICO

LA REVISTA DE VEINTITRES PAISES

N.º 110 - MAYO, 1957 - AÑO X - 15 ptas.
MADRID - BUENOS AIRES - MEXICO

SUMARIO

CULTURA:

Peregrinos árabes en la biblioteca de El Escorial. (Fotos: Cifra y Moreno. Fotos en color: Verdugo.) 9

POLITICA:

El cerco de Rusia, por S. C. (Gráfico de D. del Solar.) 6
El indio americano; los problemas de los indígenas en América, por Raúl Calvimontes. (Fotos: Bodo Wuth, A. Guillén, Blomberg y «El Indio». Ilustraciones: Acquaroni.) 36

LITERATURA, NARRACIONES, POESIA:

Cuando llega la noche, el corazón mira hacia el Sur, poema de Jaime Ferrán. (Ilustración: Enrique Ribas.) 12
Los Pacolola. Los ojos en el lago, Cita en el crepúsculo y Cuentos de Pedro, por José María Sanz Lajara. (Retrato: Acquaroni. Ilustraciones: Zerolo.) 55

ARTES PLASTICAS:

Elogio de la maestría, por Enrique Pérez Comendador 43
La escultura de Pérez Comendador. (Fotos: A. Castellanos y Basabe.) 43
Un Museo Goya en Francia, por Ernesto La Orden. (Fotos: Studio Robert y Museo de Castres.) 31

GEOGRAFIA, TURISMO, COSTUMBRES:

Los catorce lagos de Madrid, por Domingo Díaz-Ambrona. (Fotos: Trabajos Aéreos Fotogramétricos. Mapa: D. del Solar.) 17
Majas de Madrid, por Tomás Borrás. (Ilustraciones: José Picó.)... 26

URBANISMO:

Burocracia y estrategia, razones de Madrid, por Aurelio Viñas 23
Los nuevos barrios de Madrid, por Manuel Calvo Hernando. (Fotos: Ferriz, Urech, Kindel y Trabajos Fotográficos Aéreos.) 13

ECONOMIA:

El ferrocarril directo de Galicia a Madrid, por J. M. (Fotos: Cortesía de la RENFE.) 49

CINE:

Marcelino en el Japón, por Enrique Ruiz Ayúcar 46

TOROS:

En París hay un club taurino, por Enrique Llovet. (Fotos: Cabestrero.) 34

PORTADA: Baile español, por Nicolás Müller.

DIRECCION, REDACCION Y ADMINISTRACION

Alcalá Galiano, 4 - Madrid

Teléfonos:

Redacción 37 32 10
Administración 37 03 12
Administración y Redacción ... 24 91 23

Dirección postal para todos los servicios:

Apartado de Correos 245 - Madrid

EMPRESA DISTRIBUIDORA

Ediciones Iberoamericanas (E. I. S. A.). Pizarro, 17 - Madrid.

IMPRESORES

Tipografía y encuadernación: Editorial Magisterio Español, S. A. (Madrid).—Huecograbado y Offset: Heracio Fourrier, S. A. (Vitoria).

PRECIOS

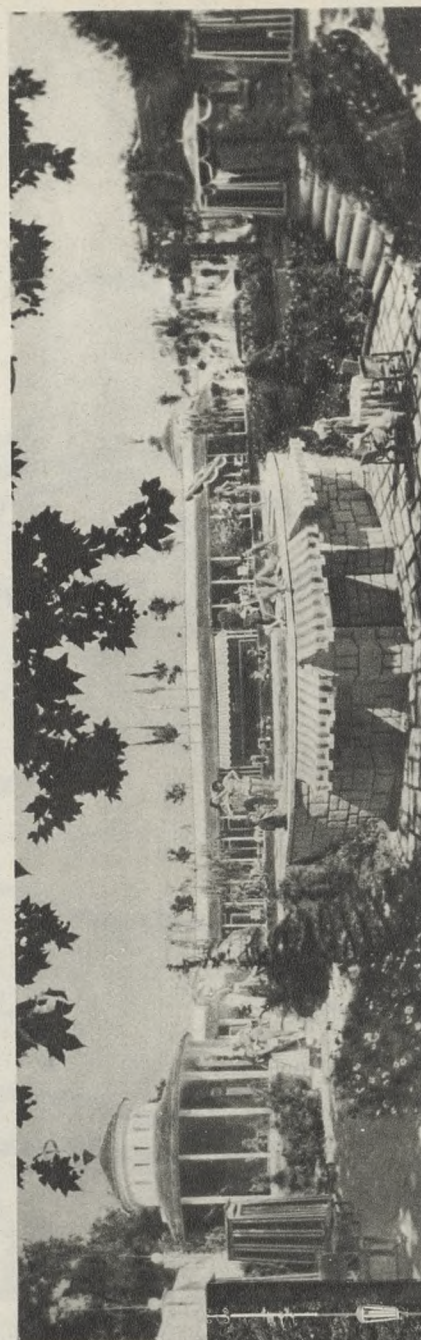
Ejemplar: 15 pesetas.—Suscripción semestral: 85 pesetas.—Suscripción anual: 160 pesetas (5 dólares).—Suscripción por dos años: 270 pesetas (8,50 dólares).

ENTERED AS SECOND CLASS MATTER AT THE POST OFFICE AT NEW YORK, MONTHLY: 1957, NUMBER 110. ROIG NEW YORK «MVNDO HISPANICO». SPANISH BOOKS, 576 6th Ave. N. Y. C.

PARQUE JARDIN VILLA ROSA

LOPEZ DE HOYOS, 396

MADRID



- EN UNO DE LOS LUGARES MAS BELLOS DE LAS AFUERAS DE MADRID SE OFRECE ESTA MARAVILLOSA INSTALACION, LEGITIMO ORGULLO DE ESPAÑA.
- FANTASTICOS JARDINES.
- ENCANTO Y ARMONIA EN LA ORIGINALIDAD DE SU PISCINA.
- INSUPERABLE COCINA, DE FAMA MUNDIAL.
- UNA FANTASIA CAMBIANTE DE LUZ Y DE COLOR EN SUS NOCTURNAS FIESTAS, DONDE EL AGUA, ARTISTICAMENTE ILUMINADA, CONVIERTE EL PARAJE EN UN SUEÑO DE «LAS MIL Y UNA NOCHES».
- LA MEJOR PISTA DE EUROPA, SIEMPRE CON ATRACCIONES Y ORQUESTAS DE PRIMERISIMO ORDEN INTERNACIONAL.
- EL PARQUE JARDIN VILLA ROSA LE TRANSPORTARA A USTED A UN PAIS DESCONOCIDO Y ALEGRE, DONDE OLVIDARA LA MEDIDA DEL TIEMPO.



EL CERCO DE RUSIA

Los mínimos puntos geográficos que antes engendraban la discordia mundial, han sido superados de cara a la posible contienda próxima. No se ha llegado, por ejemplo, a una auténtica unidad europea, a una confederación de los países del Viejo Continente; pero la línea divisoria entre los dos mundos de hoy—el occidental y el ruso—es bastante concreta, y ni siquiera la Yugoslavia de Tito ofrece dudas sobre su alistamiento. Quiere decirse que el mapa europeo carece ahora, al menos aparentemente, de puntos-clave para el incidente fronterizo y el estallido de una guerra. Las nacionalidades que surgieron del Congreso de Viena—bajo la ingeniosa idea inglesa, servida por Metternich, de multiplicar los Estados para evitar la posibilidad de que surgiese cualquier potencia amplia y contundente—tuvieron, precisamente por su proliferación, fronteras bastantes para el incidente inicial y la colisión postrera. Eran pequeñas guerras, nacidas muchas veces del patriotismo localista sobre la posesión de un valle o de un puente, aunque luego, en virtud de las coaliciones, derivasen hacia conflagraciones de tipo más o menos mundial. Al firmarse el armisticio de la guerra 1914-1918, el mariscal Foch colocó un dedo sobre el pasillo de Dantzig y aventuró: "Aquí comenzará la próxima guerra."

La frontera de hoy para una colisión próxima, en la que todos nos veamos envueltos, no es de cien kilómetros ni de quinientos. El mundo está ya perfectamente prefigurado en dos bandos. Acabada la guerra última bajo la aparente concordia de los vencedores, los Estados Mayores, con visión superior a los políticos, comenzaron a tomar posiciones en el mapa mundial. El Pentágono norteamericano fué adelantando sus peones audazmente en una labor de cerco. Fué casi una tarea insensible, que en gran parte pasó inadvertida a las gentes. Al cabo de diez años, Rusia y sus países aliados se encuentran cercados por la estrategia occidental, capitaneada por los norteamericanos. Su posición hoy viene a ser como la de Alemania en las dos grandes guerras que lleva contadas este siglo: está en medio, rodeada, cercada... La diferencia está, si acaso, en que su superficie y su demografía no se limitan a medio millón de kilómetros cuadrados ni a cuarenta o cincuenta millones de almas. Lo que quizá ya quiera decir que su empuje inicial puede superar al de los alemanes de 1939 y al de los Imperios centrales de 1914, si bien ocurre asimismo que el mundo circundante se encuentra más sobre aviso que los "aliados" en aquellas fechas. No se olvide que la División Experimental 101, norteamericana, de guarnición en Alemania, tiene un poder agresivo superior a la de todo el Ejército de los Estados Unidos al finalizar la última guerra.

Esta sorprendente—casi inconcebible—potencia agresiva no descansa, naturalmente, sobre las armas clásicas. Mil ametralladoras tienen hoy escasa importancia. La fuerza destructora tiene su quid en los numerosos ingenios destructores que han surgido en los últimos ocho años. Las armas de 1939-1945 apenas cuentan, si exceptuamos la bomba atómica, utilizada sólo un par de veces en aquella contienda. Ni siquiera el bazooka tiene gran interés. El laboratorio occidental, servido por un metódico, disciplinado y silencioso grupo de cerebros científicos—que así, en junto, en equipo, quizá nunca fué superado en la Historia—, lanza constantemente nuevos ingenios bélicos para su ensayo en los campos experimentales de los ejércitos de tierra, mar y aire. Las gentes ya saben que existen hoy proyectiles sorprendentes, que funcionan más o menos por su cuenta y como si llevasen el diablo dentro. Ya se ha dicho por voz autorizada que si la frase "guerra próxima" pasara de ser un augurio más o menos amenazador a convertirse en una realidad terminante, nada del material bélico que se utilizó en el último conflicto figuraría en las listas de los Estados Mayores. Y esa voz ha añadido: "En el brevísimo espacio histórico que media entre el alto el fuego de 1945 y nuestros días, las grandes potencias mundiales se han lanzado a un delirante esfuerzo por obtener armas cada día más destructoras, mortíferas y alucinantes, y en esta tremenda carrera contra el reloj de la supremacía mundial se advierten claramente dos metas antagónicas: una, la catástrofe sin paliativos, enmienda ni recuperación; otra, la paz permanente e inalterable, provocada por el miedo a la catástrofe absoluta."

En el "cerco de Rusia", los occidentales, y casi podríamos decir de un modo concreto los norteamericanos, hacen gravitar sobre el meollo urbano e industrial de la U. R. S. S. y sus satélites la posibilidad de lanzar su serie de proyectiles y cohetes teledirigidos utilizando las bases que han sido instaladas poco a poco en los costados del mundo soviético. La relación de estas armas—que en gran parte pueden alcanzar el centro geográfico comunista desde alguna de las bases que figuran en el gráfico—es la que sigue:

"Regulos" (proyectil motorizado, de dotación en submarinos, para lanzar ataques contra posiciones de tierra).

"Petrel" (proyectil muy parecido al anterior, pero de dotación en aviones, para ser disparado a grandes velocidades).

"Honest John" (proyectil dirigido para atacar; es fácilmente manejable y puede ser cambiado de emplazamiento rápidamente).

"Corporal" (proyectil dirigido, con carga atómica).

"Falcón" (cohetes teledirigidos para disparar desde aviones a grandes distancias del objetivo).

"Matador" (proyectil a chorro, aunque menos veloz que el sonido; igualmente para utilizarlo desde aviones).

"B-47" (bombardero a reacción; puede lanzar bombas atómicas y de hidrógeno).

"B-52" (superbombardero a reacción; está considerada como la más formidable máquina voladora de hoy; en los Estados Unidos lo llaman el "seguro de vida norteamericano"; hace 1.000 kilómetros por hora y tiene un radio de acción de 9.000; un detalle: de Nueva York a Moscú hay apenas 4.000 kilómetros).

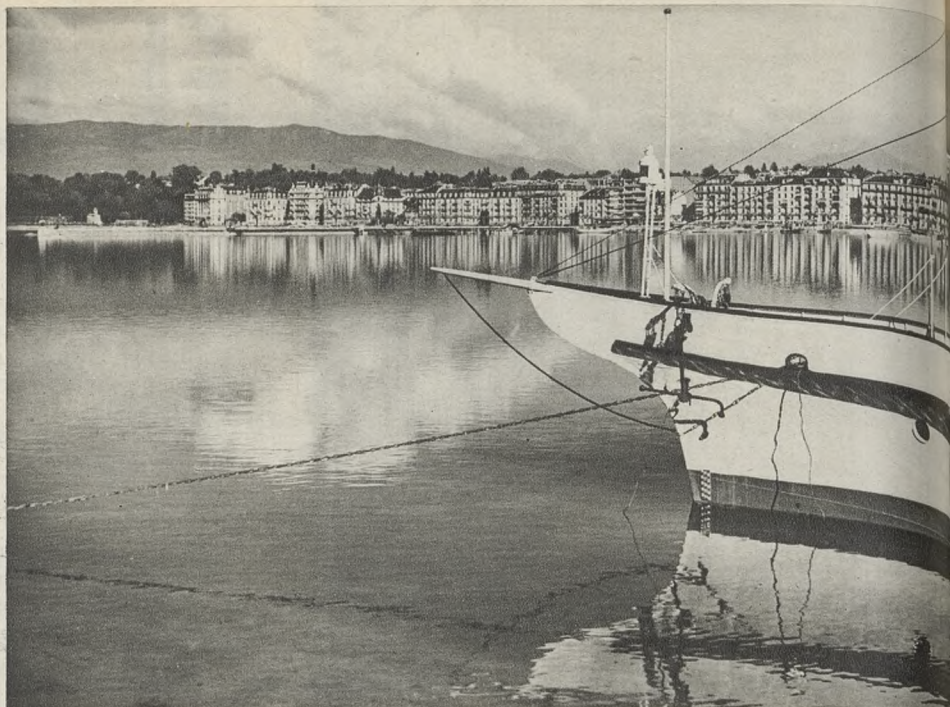
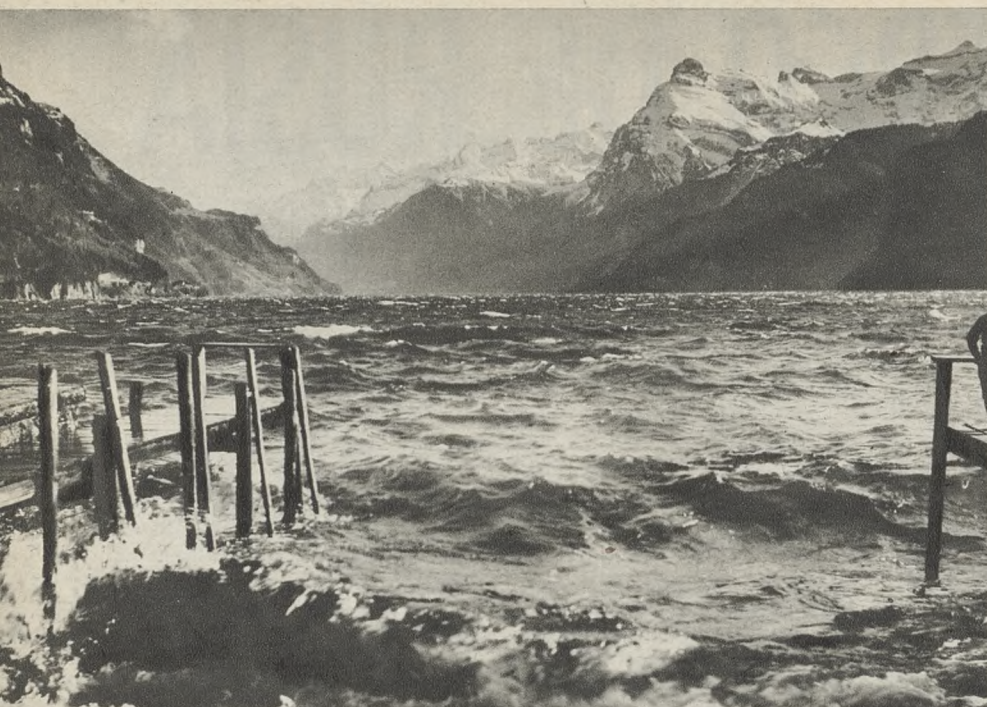
Etcétera.

Señalemos, para terminar, que no hemos hecho relación de los proyectiles destinados a interceptar el paso de aviones o proyectiles enemigos. Algunos llegan a la perfección: persiguen y buscan el artefacto contrario hasta destruirlo.—S. C.



1 Número de bases en funcionamiento

□ Bases en construcción



SUIZA

EL PAIS DE LOS LAGOS PINTORESCOS

os ofrece unas vacaciones insuperables

- Ferrocarriles eléctricos de los más modernos de Europa.
- Billetes de vacaciones a precios reducidos.
- Espléndidas carreteras alpinas.
- Ciudades y aldeas típicas.
- Hoteles de fama mundial.
- Paraíso de los "gourmets".

Para informaciones:

OFICINA NACIONAL SUIZA DEL TURISMO

España: Avenida de José Antonio, 84, 1.º - MADRID

Portugal: Avenida da Liberdade, 158, A - LISBOA

América del Sur: Florida, 935 - BUENOS AIRES





PEREGRINOS ARABES EN LA BIBLIOTECA DE EL ESCORIAL

A cincuenta kilómetros de Madrid, en sereno y luminoso marco predilecto de la Sabiduría, los monjes de El Escorial custodian, desde hace siglos, la que, glosando al fraile maronita Casiri, podríamos llamar «Biblioteca Hispánica Escorialensis», uno de los más preciados archivos del mundo para la investigación medieval.

Aun no estaba terminado el Real Monasterio, cuando ya Lope de Vega, que lo visitó en 1593, se hacía eco de la prodigiosa riqueza de su biblioteca. «...Librerías de lengua hebrea y caldaica, arábica, griega y siria, latina, española y franca», dice en una de sus comedias, resumiendo, con aguda precisión, los distintos y principales fondos de que consta la que fué primera biblioteca nacional española por expreso deseo de Felipe II.

En el exquisito amor y plena dedicación que aquel gran rey imprimió a su obra, habría un vacío, que no puede pensarse, de no haber consagrado toda su indiscutida tenacidad y su personal esfuerzo en la búsqueda afanosa de las mejores joyas bibliográficas de entonces con el decidido ánimo de agruparlas en la biblioteca de su monasterio. A instancias del monarca, sus embajadores y enviados especiales escudriñaron Europa para enviar sistemáticamente a El Escorial lo más granado de las bibliotecas de Occidente. De Roma, de Venecia, de Flandes, de Portugal, llegaron códices y manuscritos, que, cuidadosamente encuadrados, fueron colocados curiosamente de

El sultán de Marruecos, Mohamed V, en su reciente visita a España, se detuvo en la Biblioteca de El Escorial y examinó los valiosos manuscritos árabes. Le acompaña el académico español señor García Gómez.





Apolo y Mercurio en un fragmento del bellísimo fresco de la bóveda de la Biblioteca de El Escorial.

Abajo: Una curiosa ilustración facsimilar que contiene la «Historia de los indios mechucan».



Página de la «Crónica Troyana», uno de los códices miniados que enriquecen la famosa Biblioteca.

canto, como hoy aparecen, para hacer resaltar sus nombres, en grandes letras negras, sobre la fina lámina de oro que los recubre. El rey donó toda su biblioteca y tomó buenas medidas para engrosar la colección con las bibliotecas particulares más notables de la época. Así pasaron a la «Escorialense», entre otras muchas, la de Diego Hurtado de Mendoza, adquirida pacientemente en Roma, Venecia y otras ciudades italianas; la de Gonzalo Páez, rica en documentos del reino de Nápoles y de los Papas Borja; la de Ambrosio Morales y la de Arias Montano, y se trasladaron los fondos del Archivo de Simancas—incluso el *Fuero Juzgo*—y del Monasterio de Roncesvalles. Allí, como preciadas reliquias, fueron a parar los libros de las cámaras regias de Alfonso el Sabio y de Isabel la Católica y los manuscritos de Santa Teresa...

No fueron los sucesores del Rey Prudente tan diligentes como él, ni resultó tan afortunada, en sus épocas, la Biblioteca de El Escorial, salvo quizá en tiempo de Felipe III, cuando una peripécia histórica vino a dotarla de una maravillosa colección de manuscritos árabigos de la España musulmana.

Atravesaba por entonces el Imperio marroquí una huracanada ráfaga de guerras intestinas, que habían forzado a refugiarse en Safi, con todos sus bagajes, al sultán Muley Zidan. En este trance hizo el sultán enviar su biblioteca—la de los grandes sultanes Ab el-Malik y Ahmed Al-Mansur—a Agadir, puerto seguro. No resultó tan seguro el puerto y sí el azar hispánico, pues la goleta que transportaba los libros vino a ser apresada por navíos españoles y revirtió a España, de donde procedía, conservándose aún, en gran parte, en la Biblioteca de El Escorial.

En el siglo XVIII no se produjo una renovación sustancial de los fondos. Con la creación de la Biblioteca Nacional se paralizó su crecimiento. La Biblioteca de El Escorial, en su estática pero palpitante sustancia, quedó a disposición de la investigación mundial, que constantemente solicita alguno de sus tesoros.

Entre los múltiples avatares a que nos tiene acostumbrados el transcurrir de los tiempos, hay que lamentar, para inestimable daño de la Historia, el desastroso incendio acaecido en el Monasterio en 1671, que vino a destrozar gran parte de los legajos de la Biblioteca, y que ha dejado lastimosas señales en no pocos de sus actuales manuscritos.

Los manuscritos árabes, todos de primer orden por su antigüedad, variedad y riqueza de contenido, han sido fuente inagotable de enseñanzas para las grandes escuelas europeas de arabistas: Conde, Codera, Asín, García Gómez, Antuña, Morata, por no citar más que a los españoles, han recorrido sus legajos para sacar a luz una parte de su mensaje.

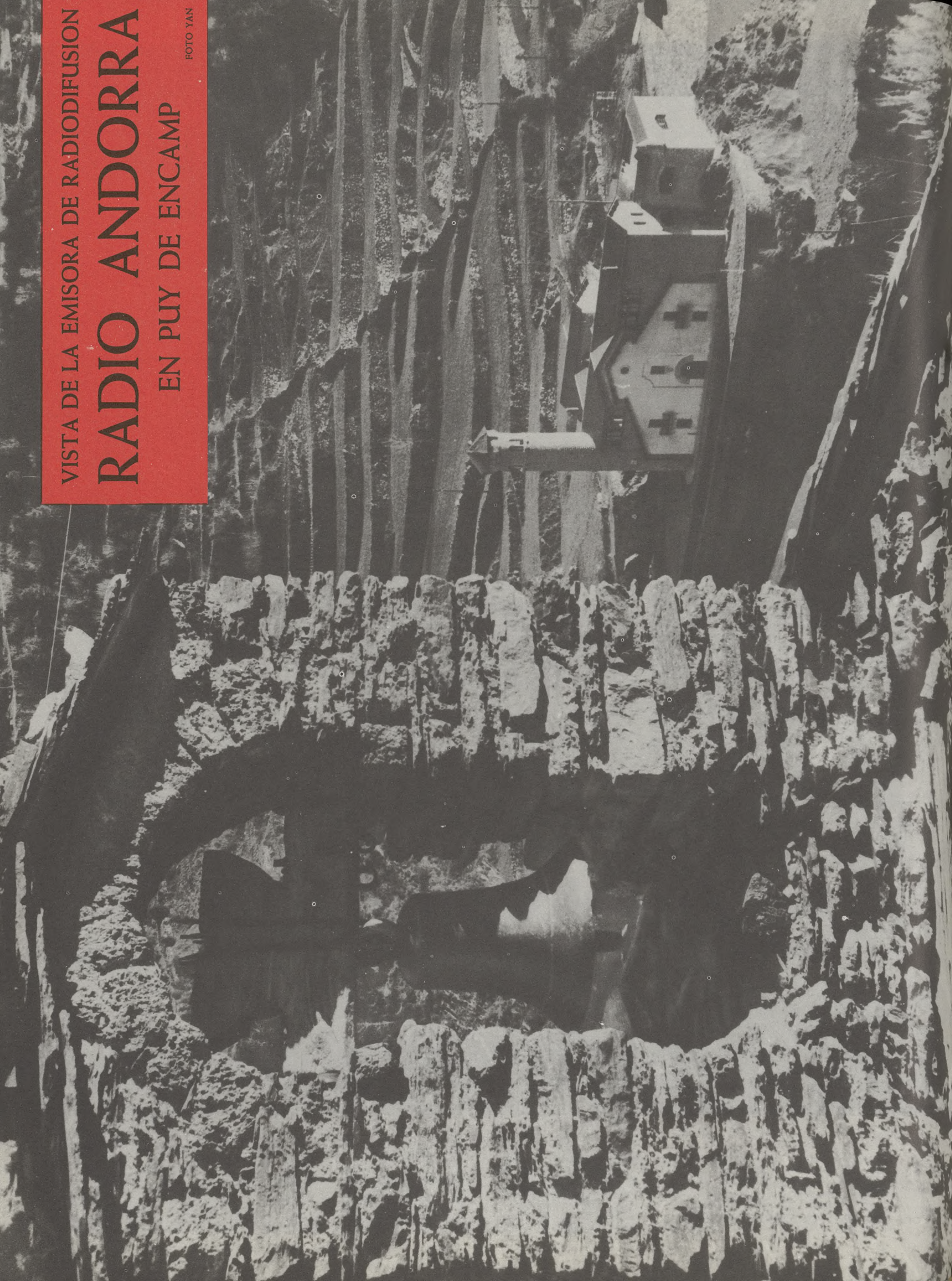
No es extraño, pues, aunque parezca paradójico, que El Escorial se haya convertido en nuestros días en lugar de devota peregrinación inexcusable para los monarcas, profesores y estudiantes del mundo islámico que honran a España con su visita.



La Biblioteca de El Escorial. Felipe II quiso crear en El Escorial, junto al templo de Dios, el templo de la Sabiduría. La inmensa nave de la Biblioteca del Real Monasterio, decorada y amueblada suntuosamente, alberga algunos de los tesoros más grandes de la bibliografía mundial: el códice de «Las Partidas» de Alfonso el Sabio, los libros autógrafos de Santa Teresa de Jesús y una prodigiosa cantidad de manuscritos árabes, en los que vienen hoy a revivir su historia los investigadores del Islam.

VISTA DE LA EMISORA DE RADIODIFUSION
RADIO ANDORRA
EN PUY DE ENCAMP

FOTO YAN



MADRID

SE HA MULTIPLICADO POR DIEZ



Esquema de los nuevos barrios y de las ciudades satélite que engrandecen a Madrid. Al oeste, una bella zona residencial (La Florida, Casaquemada, etc.). Al sur hay nuevos barrios obreros bien concebidos. Al norte, el gran barrio de la Nueva Castellana, entre otros. Hacia levante, la ciudad crece en múltiples núcleos.

La experiencia se repite a diario. Cuando españoles o hispanoamericanos regresan a Madrid, después de varios años de ausencia, ponen siempre el mismo gesto de sorpresa, casi diríamos de estupor. Porque, efectivamente, Madrid es hoy otra ciudad, una espléndida y gran ciudad, que, sin perder sus rasgos típicos y su alegría cariñosa, se

convierte rapidísimamente en una de las primeras capitales del mundo.

Antes de describirles el Madrid de hoy, que justifique las anteriores frases, quiero hacer una breve síntesis de los sucesivos crecimientos de la Villa del Oso y del Madroño.

Desde el siglo X—dejemos a un lado la discusión de si fué fundada

**ADEMAS DE SUS
NUEVOS BARRIOS,
OCHO CIUDADES
SATELITES ALBERGAN A
320.000 HABITANTES
EN 64.000 VIVIENDAS**

Vista aérea de los poblados que se añaden al viejo pueblo de Fuencarral, al norte de Madrid. En el centro se advierte el núcleo urbano antiguo, con la torre de la parroquia, y al fondo, la sierra de Guadarrama.



Por MANUEL CALVO HERNANDO



El nuevo barrio de la Concepción, al este de la capital, junto a las antiguas Ventas, ofrece esta magnífica perspectiva, detrás de un gran espacio que se está convirtiendo en parque. Forma un conjunto de bloques de viviendas de tipo medio, coronado por uno de los numerosos rascacielos que se están alzando en Madrid.

LA VIA DEL ABRONIGAL SERA MUY PRONTO UNA NUEVA CASTELLANA DE DOCE KILOMETROS

por el hijo de Tiber, rey de Toscana, o por los griegos—la ciudad ha dado cinco grandes estirones.

En su estrecho recinto árabe no podría tener más allá de 500 habitantes, según afirman ilustres cronistas de la Villa y Corte. De un salto asciende a los 1.200 habitantes y extiende la primitiva muralla. La villa, una vez conquistada por Alfonso VI y fijada la corte en Toledo, empieza a tener importancia histórica. En el siglo XIII, Madrid tiene que ampliar de nuevo su muralla, que esta vez llega a la mismísima Puerta del Sol.

DE 3.000 A 2.000.000

En 1513 Madrid tiene 3.000 habitantes; en 1598, 57.825. Y por no seguir paso a paso este crecimiento, diremos que en el siglo XIX nos encontramos con que ha alcanzado el cuarto de millón. Luego la carrera demográfica es conocida. En 1870, 331.000 habitantes; en 1880, 449.000; en 1900 pasa del medio millón, en 1920 llega a los 678.000, en 1932 se cuentan 893.000, se llega al millón en 1940, apenas terminada la guerra civil, y en este momento se aproxima a los dos millones.

En el año 2000, Madrid—se presume—llegará a los tres millones de habitantes.

En cuanto a extensión, la ciudad tenía 66 hectáreas, y ahora tiene 605, incluyendo los pueblos anexionados. Así, pues, se ha multiplicado por diez en menos de veinte años.

La ciudad, que en 1936 no llegaba al millón de habitantes, ha aumentado en pocos años hasta cerca de 1.800.000. En veinte años la población de Madrid se ha duplicado. Hace cuatro siglos Madrid tenía 14.000 habitantes. Hace poco más de un siglo no llegaba al cuarto de millón. Para alcanzar el millón tuvieron que pasar cerca de noventa años. Es decir, casi un siglo costó a nuestros antepasados conseguir lo que la generación actual está consiguiendo en la quinta parte de tiempo, alrededor de veinte años.

OCHO CIUDADES SATELITES

Pero Madrid, uno de cuyos encantos ha sido siempre su armonía, su sentido de la proporción, se convertiría en una ciudad monstruo si sigue creciendo al ritmo actual. Por eso se levantan los núcleos de las ciudades satélites a distancias prudenciales de la capital y dotados de amplias y buenas comunicaciones. Alrededor de la villa se señalan zonas verdes, que la limiten y eviten el crecimiento indeseado.

Los planes de construcción de ciudades satélites pretenden evitar los inconvenientes de toda aglomeración. Se está dotando a Madrid de ocho ciudades satélites: al norte, Peñagrande y Manoteras; al este, Canillas, San Blas, Vicalvaro y Palomeras; al sur, Villa Verde, y al sudoeste, los de Carabanchel.

Comprenden en total una superficie de 1.780 hectáreas, y se les calcula un coste aproximado de cien millones de pesetas. Albergarán a 320.000 habitantes en unas 64.000 viviendas. La urbanización asciende a 582 millones de pesetas.

Al borde de la nueva autopista de Toledo, cerca del puente de Praga, sobre el Manzanares, se elevan los bloques del barrio obrero de Zofio. Estarán rodeados de zonas verdes.



Las gratas villas rodeadas de jardín, con pequeñas piscinas particulares, se agrupan en numerosos barrios o colonias. He aquí una de ellas en la colonia Mirasierra, cerca de Fuencarral, mirando al Guadarrama.



Uno de los barrios de más desarrollo: el que linda con el barrio de Salamanca, al este de Madrid. Los bloques de El Rosarito se alzan sobre la nueva autopista de Barajas. Detrás de ellos se ven, a la izquierda, los Nuevos Ministerios. Al fondo, a la derecha, el barrio de la Nueva Castellana o avenida del Generalísimo Franco.



Otro hermoso barrio nuevo junto al viejo Madrid es el construido por la Inmobiliaria Urbis sobre la avenida Menéndez Pelayo, hacia el este, junto a las tapias del parque del Retiro, que van a ser derribadas en breve, dejando a este pulmón de Madrid íntegramente rodeado de edificaciones. Es el barrio del Niño Jesús.





Detalle del ensanche nordeste de Madrid, en la confluencia de las avenidas de Velázquez y de Joaquín Costa. En primer término, el Instituto de Investigaciones Biológicas. Más allá, el sanatorio San Francisco y el NO-DO (Noticiarios y Documentales Españoles). Al fondo, a la izquierda, la plaza de la República Argentina.

CALLÉS Y PLAZAS CON NOMBRES AMERICANOS EN LA PROLONGACION DE GENERAL MOLA

VILLAVERDE, VICÁLVARO, SAN BLAS

El nuevo poblado satélite de Villaverde está situado a uno y otro lado de la carretera de Andalucía, en una superficie de 1.370.000 metros cuadrados, para acoger a 50.000 habitantes. Dos iglesias, dos mercados, siete grupos escolares y dos centros comerciales. Está al servicio de la zona industrial.

Seis millones de metros cuadrados para 120.000 habitantes. Esto será otro de los satélites, Vicálvaro, entre la futura autopista de Atocha a Barajas y el nuevo acceso de la carretera de Valencia. Como los demás, este poblado queda aislado de las vías de tráfico y del sector industrial por amplias zonas verdes, con campos de deporte y parques públicos.

Noventa mil habitantes albergará el nuevo poblado satélite de San Blas, situado en la prolongación sur de la calle de Arturo Soria (Ciudad Lineal), ya en contacto con la zona industrial de Canillejas. La actual Ciudad Lineal se prolonga hacia el sur hasta Vallecas, que atraviesa. Se convertirá en la «vía de poblados», que unirá a los de San Blas, Vicálvaro y Palomeras. A uno y otro lado de esta vía se alzará el caserío de San Blas.

OTRAS NUEVAS CIUDADES

Otro satélite, el de Santamarca, tiene una extensión de 198.500 metros cuadrados de superficie, y se prevé una población de 11.000

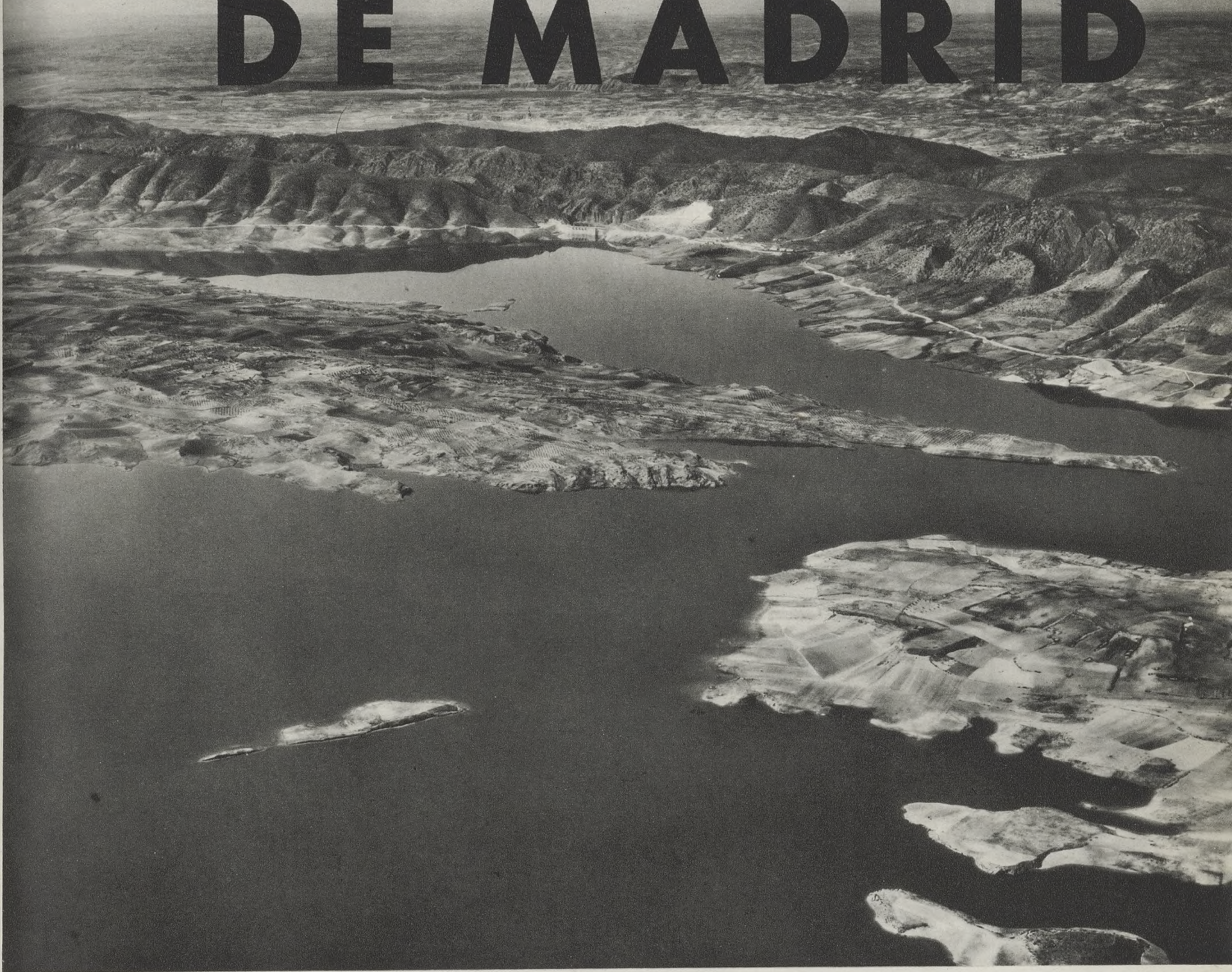
habitantes. Está situado entre las calles del General Mola, avenida de Alfonso XIII y la primera y segunda transversales de la Castellana. La ordenanza prevé aquí unas edificaciones de transición, con el fin de que el cambio de arquitectura entre la calle del General Mola y la avenida de Alfonso XIII no sea tan brusco como aparece ahora.

Al final de la Castellana se edifica rápidamente una nueva ciudad satélite. Comprende desde los Nuevos Ministerios, avenida de Raimundo Fernández Villaverde y barriada de Cuatro Caminos, por el oeste; por el norte, la monumental plaza de Castilla, de 200 metros de diámetro, en construcción; por el este limita con la avenida de La Habana. Esta ciudad satélite va a tener tres zonas: una para la clase media, otra resi- (Pasa a la pág. 53.)

En la prolongación de la calle del General Mola, antes Príncipe de Vergara, se alza el nuevo barrio de Santamarca, que está en pleno desarrollo. Sus calles llevan los nombres de repúblicas y ciudades hispanoamericanas y su avenida central constituirá una de las nuevas entradas de Madrid por el norte, junto a Chamartín.



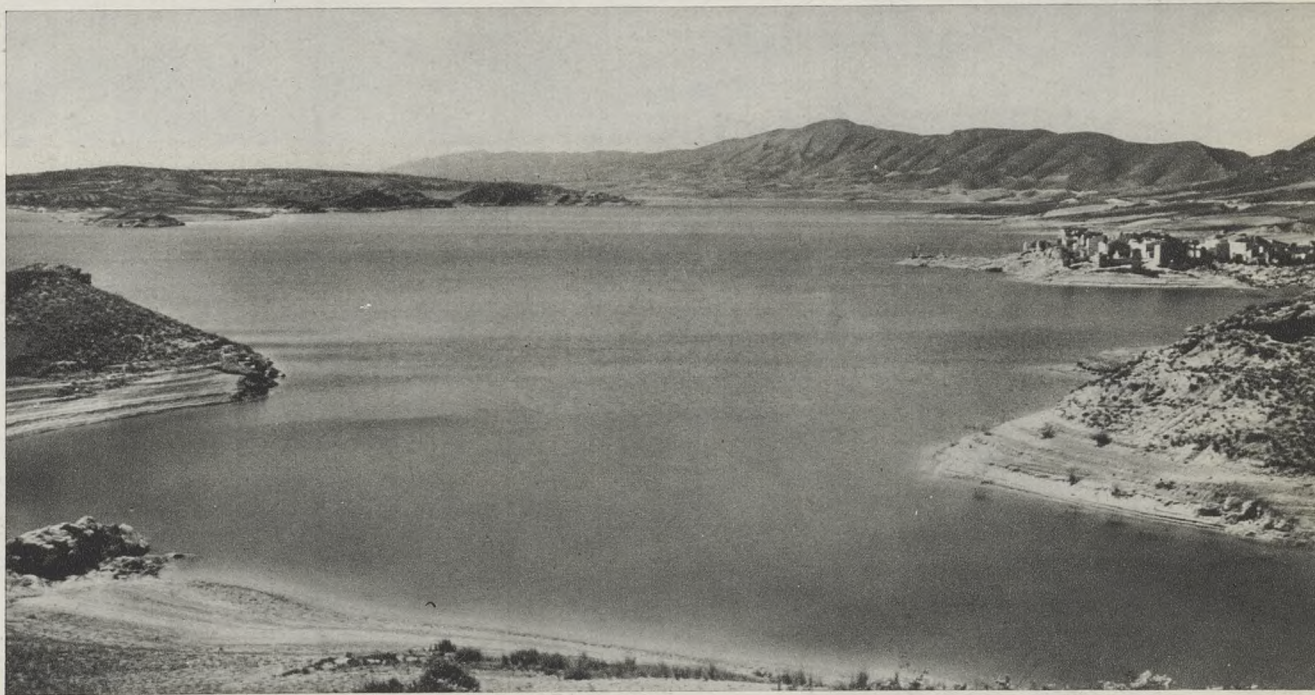
LOS 14 LAGOS DE MADRID

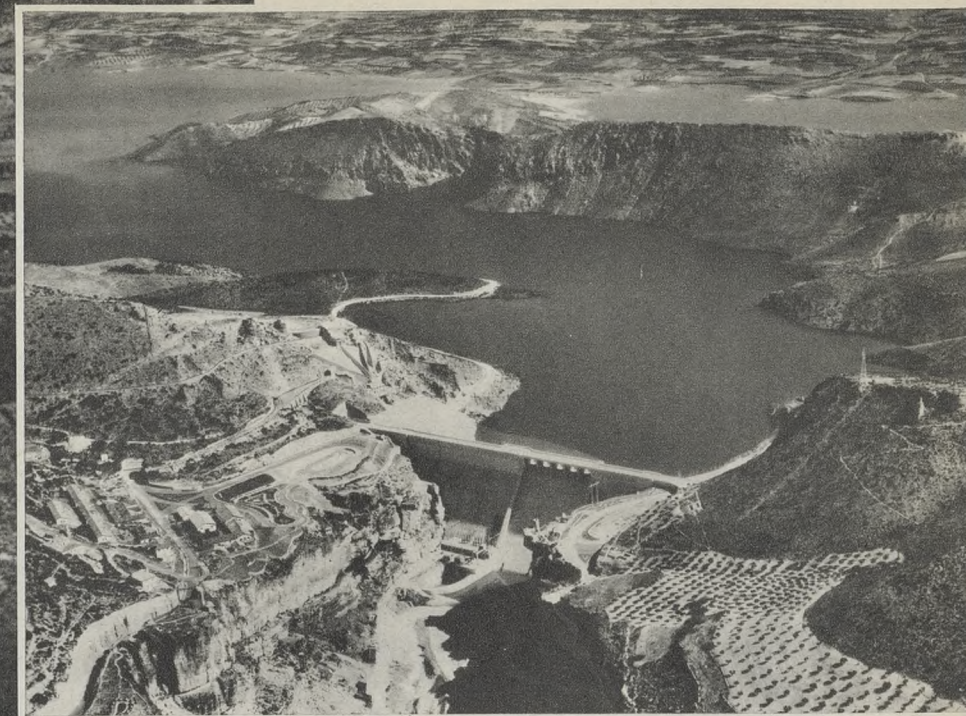


Dos aspectos del gran embalse de Buendía, en la provincia de Guadalajara. Arriba: Una vista de la presa y de las extendidas laderas, que dan extraordinaria anchura al lago formado por las aguas del Guadiela. A la derecha: Las casas del pueblo de Poyos, normalmente sumergidas, reaparecen en un momento de sequía, en los meses de invierno.

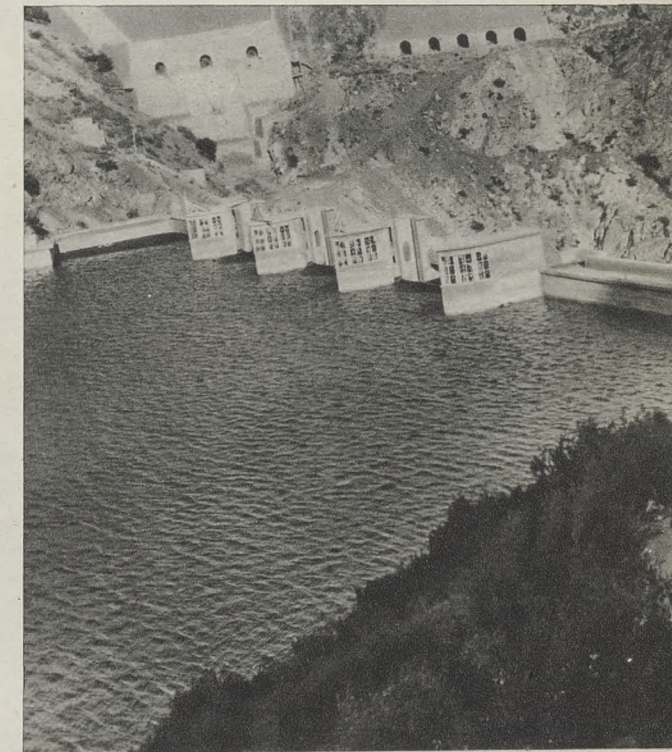
Por DOMINGO DIAZ-AMBRONA

Madrid tiene catorce lagos, quizá veinte, según quiera calificarse la importancia de la masa de agua que contiene cada uno de los embalses que, en un radio de cien kilómetros, le abastecen de agua potable, de energía eléctrica, de playas, de pesca y de paisajes. No ha sido la naturaleza quien creó esos lagos, sino el esfuerzo de los hombres, explotando al máximo los cursos de agua y las montañas de la región. La historia de estos lagos de Madrid, coronada recientemente con la obra gigantesca de Entrepeñas y Buendía, constituye una epopeya de la inteligencia y del trabajo de los ingenieros españoles. Uno de ellos, don Domingo Díaz-Ambrona, ingeniero jefe de la Confederación Hidroeléctrica del Tago, ofrece en estas páginas un resumen de lo que son y representan los numerosos lagos de Madrid.





A la izquierda: Vista de la presa de Entrepeñas, desde aguas arriba, con una pequeña parte del embalse. Se ve al fondo el lago de Bolarque, a un nivel de 76 metros más bajo. La mancha clara de la derecha es la cantera utilizada para la obra. Arriba: La presa de Entrepeñas, de 80 metros de altura, embalsa 2.500 millones de metros cúbicos.



La presa de las Picadas, sobre el río Alberche, aguas abajo de los grandes lagos de Burguillo y San Juan. Unos kilómetros después arrancan los canales de regadío hasta Talavera de la Reina.



El título *Los lagos de Madrid* evocará como primera impresión, tal vez un poco burlona, el lago de la Casa de Campo, la Playa de Madrid, acaso el estanque del Retiro. Sin embargo, responde a una realidad mucho más impresionante y grandiosa.

Rodeando a Madrid, en una especie de semi-círculo, por el oeste, el norte y el este, se ha ido formando en poco tiempo un cinturón de lagos artificiales, algunos de los cuales cuentan entre los más importantes no sólo de España, sino de Europa.

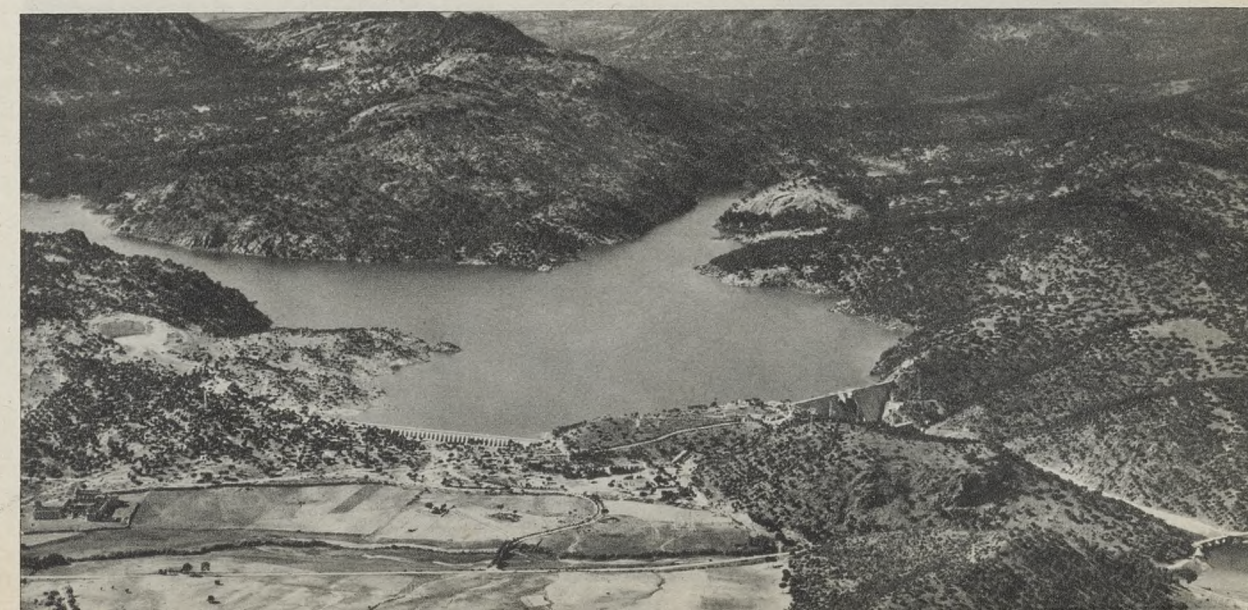
En un círculo de unos cien kilómetros de radio, con centro en Madrid, quedan actualmente in-

El castillo y pueblo de Buitrago, en la sierra de Madrid, aparecen como una isla rodeada por el embalse del río Lozoya, cuyas aguas alimentan a los madrileños. El marqués de Santillana y el arcipreste de Hita no reconocerían este paisaje de la sierra del Guadarrama, cantada en sus «serranillas».

cluidos muy cerca de veinte embalses, con una capacidad conjunta que se acerca a los tres mil millones de metros cúbicos. Un espejo de agua de más de quince mil hectáreas.

Por el oeste, el arco del río Alberche, en el curioso portillo entre Gredos y Guadarrama, sirve de vaso para el grupo de Burguillo-Charco del Cura-San Juan-Picadas, bellísimo conjunto con casi 400 millones de metros cúbicos de agua, que se ha construido en dos etapas: la de 1928-30 y la que acaba de cerrarse con la terminación de San Juan-Picadas. En contraste con la agria topografía serrana, salpicada de pinos, que caracteriza a estos pantanos, se halla, algo más aguas abajo, junto

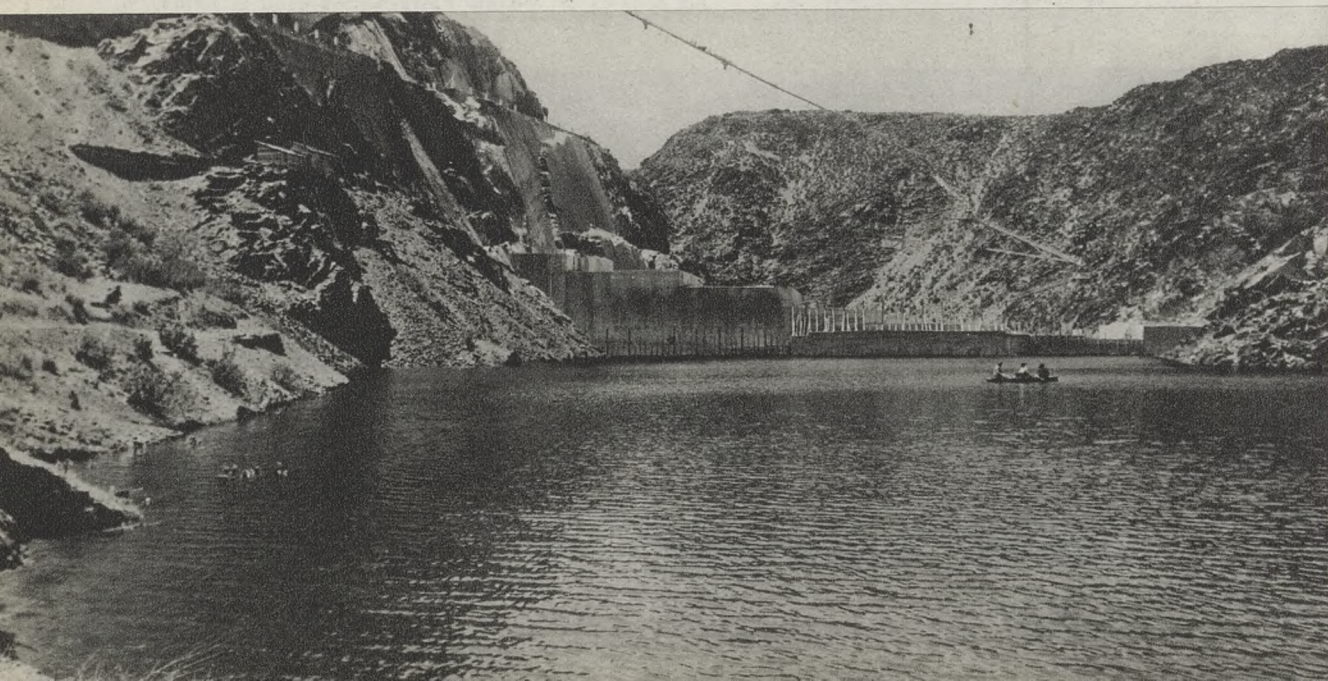
Vista aérea del arranque del embalse de San Juan, sobre el Alberche. Se ve al fondo la confluencia del río Cofio. A la derecha están la presa de San Juan y el puente de la carretera de Madrid. En primer término, izquierda, las ruinas del monasterio cisterciense de San Martín de Valdeiglesias.





Entre escarpadas orillas, en la confluencia del río Guadiela con el Tajo, el lago de Bolarque alarga sus aguas, que llegan a lamer los pies de las dos grandes presas de Entrepeñas y Buendía...

Abajo: Otro aspecto del lago de San Juan, sobre el Alberche. Con sus múltiples ensenadas y brazos entre rocas y pinos, este lago ofrece el aspecto de una ría gallega en el corazón de España.



La presa de Santillana, sobre el río Manzanares, forma un hermoso lago al pie de las montañas de La Pedriza y abastece a Madrid junto con los lagos del río Lozoya, situados a mayor distancia.

a Talavera de la Reina, la presa de derivación del Canal Bajo del Alberche. Situada en un suave y ameno lugar, cuya belleza ha sido inteligentemente realizada, forma también otro lago, mucho más extenso que profundo.

SANTILLANA Y LOZOYA

Con algo menos de cincuenta millones de metros cúbicos de embalse, la presa de Santillana, construida sobre el río Manzanares en el primer cuarto de siglo, proporciona agua y energía eléctrica para el abastecimiento de Madrid. A poco más de treinta kilómetros de la capital, casi exactamente al norte de la misma, este lago es sobradamente conocido y amado por los madrileños.

Casi a doble distancia de Madrid, también hacia el norte, ligeramente desviado hacia el este, con acceso por la carretera de Francia, se encuentra el sistema de embalses de Isabel II o del Lozoya. Como data de mediados del siglo pasado, y su construcción, extraordinariamente perfecta para la época, ha sido un timbre de gloria para Madrid y para España, ya que el abastecimiento de agua de la capital, magnífico de aciertos, ha constituido siempre motivo de orgullo para los madrileños, es seguramente el conjunto de lagos mejor conocido. A los antiguos pantanos de Villar y Puentes Viejas, con el ya absoleto Pontón de la Oliva, que pueden retener hasta 75 millones de metros cúbicos de agua, se ha añadido muy recientemente el embalse de Riosequillo, con 48 millones más de capacidad.

El Lozoya era afluente del Jarama. Hoy, en realidad, lo es del Manzanares, en su tramo más bajo, a través de las aguas residuales de Madrid. Como en desquite, ahora puede ocurrir lo contrario: que las aguas del Jarama, en su parte alta, aguas arriba del pantano de El Vado, recientemente terminado, de idéntica magnífica calidad que las del Lozoya, pueden pasar a alimentar los embalses de Isabel II, como antesala de su utilización en el abastecimiento de Madrid. El lago de El Vado, uno de los más bellos de la constelación, es de enorme importancia pese a que apenas puede almacenar 60 millones de metros

A la izquierda: El embalse de El Vado, sobre el Jarama, cuya presa aparece aquí en construcción, asegura hoy la dotación de agua de Madrid en caso de extrema sequía y riega extensas zonas.

cúbicos. Aunque la distancia en línea recta de Madrid es de 70 kilómetros, el acceso por carretera, a través de Guadalajara y Humanes, requiere más de 110. ¡Lástima, pues la cabecera del Jarama es magníficamente truchera allá donde se espeja en las aguas del embalse la soberbia cima del Ocejón! El inmenso valor relativo de El Vado reside en que sus aguas pueden tanto regar una zona de gran valor y productividad inmediata a la capital como servir directamente al abastecimiento de Madrid en un futuro inmediato.

Siguiendo el cerco hacia el este, en el río Cañamares, afluente del Henares, nos encontramos construido el pantano de Pálmaces, en las inmediaciones de Pálmaces de Jadraque.

EL EMBALSE MAYOR DE EUROPA

Y, por último, si nos situamos francamente hacia el este, en el río Tajo y sus afluentes de cabecera, llegamos al complejo hidráulico más importante de España y el embalse mayor de Europa: Entrepeñas-Buendía. Antes debemos mencionar dos pequeños embalses destinados exclusivamente a la producción de energía eléctrica, en el alto Guadiela. Están en el límite del círculo de 100 kilómetros alrededor de Madrid. Son los pantanos de Molino de la Chíncha, con seis millones de metros cúbicos, y de Beteta, con 32 millones. Su interés mayor radica no sólo en la belleza del paisaje que crean, sino en la elevada cota a que están situados.

El complejo del Tajo cuenta, además del enorme vaso de Entrepeñas-Buendía—con muy cerca de 2.500 millones de metros cúbicos—, una cadena de cuatro pequeños lagos en serie, que se desarrollan sobre el río Tajo: Bolarque, Zorita, Almoquera y Estremadura, con una capacidad total de 35 millones de metros cúbicos. Los tres primeros, dedicados exclusivamente a producción de energía eléctrica y a compensar, regularizándolos, los desembalses de Entrepeñas y Buendía; el último es una presa de derivación para los riegos del canal de su nombre, presa que, dadas sus características, ofrece la curiosa posibilidad de atravesar el Tajo por debajo de una cortina de agua que comprende toda la anchura y caudal del río.

La presa de Bolarque fué la obra hidroeléctrica madrileña de la anteguerra del 14. Está investida del máximo prestigio, y su paisaje, en la confluencia del Tajo y el Guadiela, es sumamente bello e interesante, así como sus antiguos y cuidados jardines. Por su pequeña capacidad—unos 25 millones de metros cúbicos—, el vaso acabó siendo completamente anulado por los aterramientos. Esto no tenía importancia para la explotación, puesto que era una simple presa de derivación que no aprovechaba el embalse más que en pequeña proporción en su capa superior. La construcción de Entrepeñas-Buendía, al exigir un contraembalse, obligó a aumentar la capacidad, coyuntura que se aprovechó para elevar la presa y ganar conjuntamente salto y capacidad reguladora, con lo que sus aguas llegan a lamer los pies de las presas de Entrepeñas y Buendía.

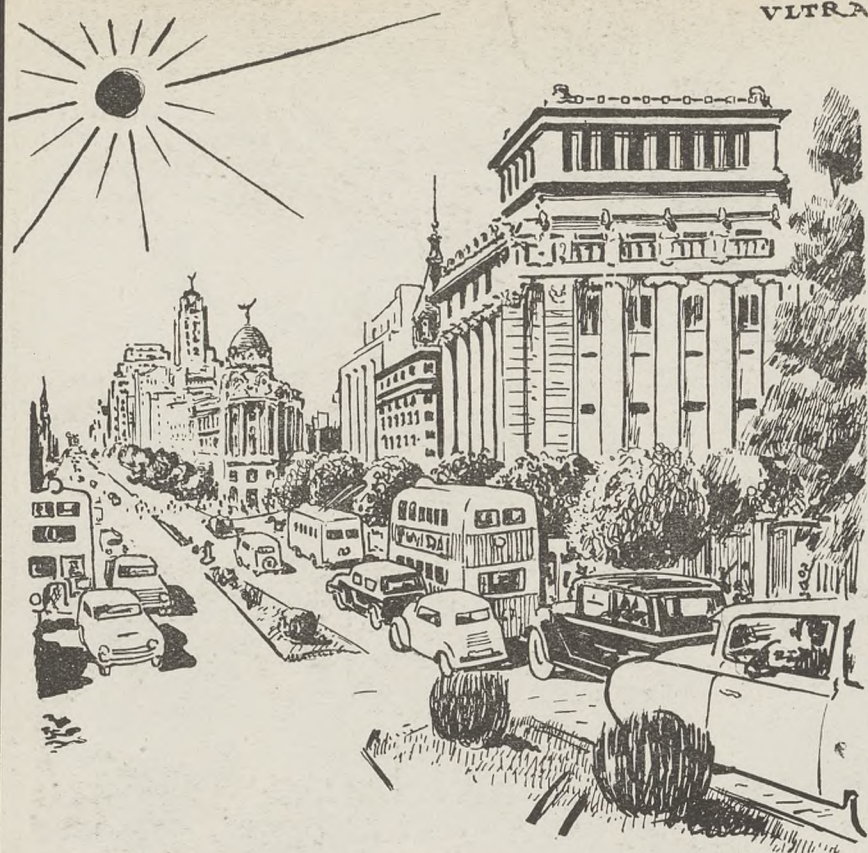
DOS MIL QUINIENTOS MILLONES DE METROS CUBICOS DE AGUA

El sistema Entrepeñas-Buendía, unidos por un canal en túnel de cerca de cuatro kilómetros de longitud, permite acumular muy cerca de 2.500 millones de metros cúbicos de agua en el centro de España, a una cota superior a los 700 metros; constituye una de las realidades más pujantes de la economía española. Su potencialidad es inmensa, no ya sólo como capacidad para riego, reserva de energía, defensa de inundaciones, abastecimiento de poblaciones, navegación, pesca, recreo, turismo, etc., sino que en el futuro puede ser el eje sobre el que se articulen las mayores posibilidades de trasvase e intercambio entre la España húmeda y la España seca. Si algún día llega a ser realidad la «red hidráulica nacional», único programa capaz de llevar al aprovechamiento exhaustivo de los limitados recursos hidráulicos españoles, resolviendo de un modo sistemático el problema de los abastecimientos de poblaciones, el de los riegos y el de las acumulaciones de energía para subvenir a las necesidades de los años hidrológicos deficitarios, el embalse de Entrepeñas-Buendía será una de las piezas clave de su realización.

DOMINGO DIAZ-AMBRONA

El mapa esquemático adjunto sitúa catorce de los grandes embalses que, en torno a Madrid, abastecen sobradamente a la capital de España de agua potable y energía eléctrica, sobre los ríos Alberche, Manzanares, Lozoya, Jarama, Guadiela y Tajo. En el texto se alude también a los demás embalses.





En el corazón de España..., Madrid
En el corazón de Madrid...

CAFETERIAS California

M A D R I D



SAN SEBASTIAN

¡Preferidas por nuestros
amigos de América!

Desde el desayuno a la cena ligera...,
en un grato ambiente cosmopolita



Servicio desde las ocho de la mañana
hasta medianoche



Salud, 21
Plaza del Callao, 7
Avenida de José Antonio, 49
Marqués de Valdeiglesias, 6
Goya, 21



BARCELONA



AVENIDA PALACE

Dirección telegráfica: AVENIDOTEL
Teléfono 22 64 40

AVENIDA DE JOSE ANTONIO
PASEO DE GRACIA

El hotel más moderno de Barcelona, en pleno
centro de la Ciudad Condal

250 habitaciones con baño, ducha y radio
Aire acondicionado

Servicio de cocina a la gran carta



HOTEL ORIENTE

Dirección telegráfica: ORIENTOTEL
Teléfono 21 41 51

Situado en las típicas Ramblas, a 300 metros
del puerto

200 habitaciones con baño y máximo confort

EL CORTIJO

(TEMPORADA DE VERANO)

Restaurante-Jardín y Salón de Fiestas

Instalación puramente andaluza, en el mejor
emplazamiento de la ciudad

Espectáculo típico español e internacional



TARRAGONA

HOTEL EUROPA

ALEGRIA Y FRESCOR EN VERANO · REPOSO Y TIBIEZA EN INVIERNO
BIENESTAR TODO EL AÑO

LE BRINDA EL



HOSTAL DE LA GAVINA
S'AGARÓ

EL HOTEL DE LUJO DE LA COSTA BRAVA
YACHTING · TENNIS · BAÑOS · PATINAJE · PESCA SUBMARINA



BUROCRACIA Y ESTRATEGIA, RAZONES DE MADRID

POR AURELIO VIÑAS

¿QUE ES UNA CAPITAL?

La capital, nos dirán los geógrafos, los sociólogos, los tratadistas de Derecho, es el centro político y administrativo de un país, asiento de los órganos supremos del poder, residencia del soberano, del jefe del Estado. En torno a éste hay en la capital, para cumplir sus funciones directivas, una constelación de organismos superiores, de cuerpos consultivos y ejecutivos, que dan la norma de la alta política y de la alta administración del país. Tal es la capital en abstracto; tal es la fisonomía general de todas las capitales. Pero esta fisonomía, aparte lo general, es muy diversa, aunque algunas la mantengan exclusivamente; tal es el caso de ciertas capitales modernas, de las cuales el gran modelo es Washington, y la benjamina, por la edad y por la pobla-

ción, la moderna Camberra. Tienen estas capitales un carácter impersonal y se reducen casi al simple nudo federativo que retiene al país. Aparte las funciones específicas de la materia política, administrativa y estratégica, estas capitales no quieren mostrar ninguna originalidad; les repugna salir del coro para hacer de corifeo fuera de su función propia.

El escritor norteamericano Dos Passos se imagina que algo así, un Washington del siglo XVI, debía de haber sido Madrid en el pensamiento y propósito de Felipe II: una residencia real, rodeada de oficinas en las que se harían y clasificarían, dice él, las fichas de los asuntos públicos para gobernar la gran porción del mundo comprendida de Flandes a Sicilia y el Oeste inmenso del imperio desparramado. Felipe II, para sujetar sus trozos, se sirvió del clavo admi-

nistrativo y estratégico de Madrid, creación *ab nihilo*.

En Madrid, en efecto, a partir de 1561, se apiña una burocracia. En el ánimo filipino se creaba una ciudad que debía dar la norma de alta política y de administración a grandes porciones del mundo muy heterogéneas. Madrid resultaba una capital abstracta, superficial, precursora de Washington y de las demás de su tipo. En torno al jefe del Estado, los despachos o *bureaux*, los consejos, los secretarios múltiples. Madrid hace ya de corifeo, da la norma en el coro de las capitales del mundo, creando la burocracia moderna. Y a una escala mundial. Las colmenas de empleados, la aparición de un nuevo tipo humano, el oficinista sedentario, son creaciones madrileñas. Dios sabe si este modelo filipino ha sido fecundo en todas partes e imitado cada vez con más tenacidad en los Estados modernos. Se ha hablado en distintas ocasiones de canonizar a Felipe II. La empresa no se ha encontrado fácil en Roma, pero si alguna vez se logra, la justicia exigiría que se declarase a Felipe II el santo de los oficinistas, el gran patrón de la burocracia, por haber sido el creador de una capital de nuevo tipo, asiento fijo de despachos y covachuelistas. Tal es la gran novedad de la capitalidad de Madrid a partir del mes de mayo de 1561. Poder nuevo en España, poder

Aurelio Viñas—don Aurelio, como le llaman sus alumnos de París—es profesor de Historia de España en la Sorbona desde hace treinta años. Nacido en Valladolid, hace otros tantos que es catedrático también de la Universidad de Sevilla, a la que vuelve todos los años en el curso de sus incansables viajes. Las conferencias de Aurelio Viñas han sido oídas en toda Europa, desde Estocolmo a Palermo, y fuera de ella, desde Argel hasta Boston. Castellano viejo, defensor acérrimo de la España imperial, este maestro de la Historia predica en París y en todas partes las grandezas del genio español. Las ciudades y los pueblos de España, como expresión de nuestra civilización, son uno de sus temas favoritos. He aquí algunos fragmentos de su lúcida síntesis de Madrid.



nuevo en el mundo, poder madrileño inicial

Hay un gran crítico francés del período romántico, profesor de Literatura comparada en el Collège de France, Philarette Chasles, cuyo talento de síntesis me ha sorprendido siempre. Chasles nos dice que España no sólo nos ha dado los romances y *Don Quijote*, Calderón y Velázquez, la gola y la golilla; a ella le debemos también la burocracia. ¿Cómo los españoles de aquel tiempo filipino, férreos combatientes, aquellos caballeros gloriosos, se someten al nuevo yugo del rábula y del papelista? ¿Fueron las instituciones de la Península, diversas, variadas, forales, las que exigieron aquella época de monarquía absoluta, esta necesidad de dar una importancia preponderante al escribiente? Son preguntas que se hace Philarette Chasles para explicarse el origen del nuevo poder que nace juntamente con Madrid.

El caso es que, al lado del omnímodo poder real, se distingue en seguida el poder peculiar de Madrid. Consiste éste en una especie de autoridad sorda, metódica, inflexible. La prudente rutina, el temor de la responsabilidad, el horror de la iniciativa, el valor del precedente, la justicia lenta a través del expediente, son métodos aquí nacidos cuando los Consejos se hacen sedentarios. Para bien o para mal de la humanidad, la burocracia combatida y satirizada no parece tener sustitución posible. En Madrid tiene su origen y, a su ejemplo, se extiende pronto por Europa y ha ganado luego al mundo entero.

POSICION DE LA CAPITAL

La elección de capital significa ante todo una preferencia de posición, o de situación o sitio. Bien sea mostrar una preferencia por cualquiera de las ciudades históricas del país, bien sea una creación *ad nihilo*, es siempre el resultado de un pensamiento reflexivo. Por qué se eleva una ciudad,

una villa, un lugar, al rango de capital, es cosa que importa a todos. La capital responde a una conveniencia general, y debe ser, por consiguiente, cosa de asentimiento común; requiere como un acuerdo tácito.

En el caso de Madrid cabe preguntarse: ¿por qué aquí? Es una pregunta que yo me he hecho muchas veces viniendo a Madrid por cualquiera de los puntos cardinales: al despertarme con la luz cruda del amanecer madrileño, mientras el tren se acercaba al Norte o a Atocha o a las Delicias; o bien al penetrar al atardecer por uno de los radios de sus carreteras; con luz matutina o luz vespertina, el paisaje difícil de los alrededores de la capital siempre provocaba la interrogación ¿Por qué aquí? Tan ancha como es España, con tantos sitios de evidentes privilegios históricos y físicos, ¿por qué fué aquí? Responde la posición a una conveniencia general.

Una capital debe estar protegida de los peligros de la guerra exterior, porque su caída significa y lleva consigo la caída de todo el país. La posición ideal es, por consiguiente, el centro del país. París resulta demasiado excéntrica, demasiado nórdica, vulnerable militarmente por el norte, por el noroeste y nordeste. París ha sido ocupada por los ingleses en el siglo XIV; fué española, a través de Flandes, a fines del siglo XVI; vió a los cosacos y a los imperiales de Metternich acampar en las Tullerías, con la caída de Napoleón; fué ocupada por los prusianos antes de acabar el siglo XIX y por los alemanes hace unos años. Es el defecto de la posición de París. Cuando Philippe Auguste la prefirió para capital de su reino, su posición era mejor; en la Francia posterior, París resulta demasiado excéntrica. Madrid, cierto que con una historia más breve, nunca ha sido tomada por extranjeros. La ocupación napoleónica fué el resultado de un acuerdo diplomático, en el que la colaboración militar había jugado con pretexto de un reparto

de Portugal. Las ambiciones de Godoy fueron engañadas por las más amplias de Napoleón. Y Madrid manifiesta por vez primera su conciencia del deber supremo de una capital levantándose contra el ocupante extranjero. Por vez primera también su gesto tiene un eco en toda la Península.

Valor de posición, valor estratégico, que en el 1808 revela Madrid a los ojos del mundo entero. Valor de posición, en el que ninguna otra capital le aventaja, pues la de Roma misma, en el centro de Italia, no llega a su perfección.

Es *L'itinéraire descriptif de l'Espagne*, de Alexandre de Laborde, un extenso y documental informe sobre la Península. En este informe, que sirvió de base principal a la ocupación napoleónica, dice el autor "position très heureuse" relativamente a la administración del reino. Y para mostrar la excelencia de Madrid, desde el punto de vista estratégico, cita Laborde tres distancias esenciales: a cien leguas de la frontera española del lado de Bayona, a cien leguas de la frontera de Portugal del lado de Lisboa, a cien leguas de Gibraltar. "Position très heureuse", posición estratégica única.

Esta posición evidente ha permitido decir siempre que Madrid, como si se hubiese buscado con un compás, resulta el punto central de España.

El problema de la localización de la capital es grave, porque los errores que de ella resulten no pueden corregirse, no tienen remedio, una vez la elección hecha. Hemos visto como París tiene una historia militar accidentada, como resultado de su excentricidad. Recientemente tenemos el ejemplo de Turquía, donde Mustafá Kemal despoja a Constantinopla del rango de capital a favor de Ankara, prescindiendo del prestigio histórico, para evitar los peligros de lo excéntrico, obedeciendo a una exclusiva razón estratégica.

Felipe II era hombre de decisiones lentas. Iban éstas acompañadas de numerosos



informes, que se traducían en resoluciones tardías. Al determinarse a fijar la capital de España en Madrid, ¿tuvo en cuenta, en primer término, su posición estratégica? ¿Influye este valor central en su resolución? Se ha dicho que Madrid pasa a ser capital sin un decreto previo, sin una consulta general, a la chita callando. No hay duda de que en el espíritu geométrico de Felipe II debió de pesar la posición estratégica del sitio.

Hay un texto capital y terminante. Es el de su cronista oficial Luis Cabrera de Córdoba: *Historia de Felipe II*, tomo II, libro V, capítulo IX, en el que se dice: "Terminadas las Cortes de Toledo de 1560, Felipe II, que había mostrado preferencia a residir en Madrid en las épocas y tiempos que había podido, determinó hacer de esta villa la residencia real permanente y el asiento fijo de la Corte y del Gobierno supremo, llevado sin duda—añade—de la circunstancia de su centralidad."

Cabrera de Córdoba, hijo de un servidor palatino, vive en la intimidad de la corte madrileña desde sus primeros años. El texto está claro. Es el rey quien determina hacer de Madrid residencia real permanente y asiento fijo del Gobierno supremo. La resolución es personal, sin duda muy meditada y pensada. El cronista añade que "el valor de la posición de Madrid no debió ser ajeno a la decisión, llevado sin duda de la circunstancia de su centralidad".

IMPUGNADORES Y MOTEJADORES

En la extensa bibliografía que forma hoy la historia de Madrid hay un libro que representa dentro de ella el capítulo monumental: es la *Historia* de Amador de los Ríos. Se trata de dar a la capital el prestigio de unos anales nutridos y notables. Amador reduce las formas de desacuerdos con la capitalidad de Madrid en dos grupos: impugnadores y motejadores.

Los impugnadores consideran como doloroso error la posición y el sitio. Los motejadores se refieren a la carencia de recuerdos históricos, de tradiciones, de grandezas; en suma, a la falta de blasón de Madrid.

La unidad nacional se ha hecho en torno a una región y la cabeza de esta región se hace capital. Lo que quiere decir que la Historia debe tener sus derechos, debe respetarse. Tal es el caso de l'Ile de France como región unitaria y la capitalidad de París, respetando los derechos de la Historia. Tal es también, de modo un poco diferente, el de Brandeburgo y Berlín en la historia de Alemania. La fortuna de los electores es la de Berlín, que pasa a ser capital de los reyes de Prusia y de los emperadores de Alemania, sus sucesores. Con este criterio, los mejores derechos corresponderían en España a Burgos, capital de un condado que inicia la unidad nacional, que crea la lengua y la literatura primitivas y que es capital del reino castellano.

A los impugnadores contesta precisamente un lisboeta. Lisboa, se dice—y no sé con qué fundamento—, debía ser el sitio de la capital de la Península, y se repite, con la misma falta de apoyo, que fué un consejo de Carlos V a Felipe II poco antes de morir. Este supuesto consejo se expresa así: "Hijo mío, si quieres agrandar tus Estados, coloca la corte en Lisboa: si quieres conservarlos, déjala en Valladolid; si quieres perderlos, llévala a Madrid." Es ésta una invención de impugnadores, y muy burda. Carlos V era un enamorado del sitio de Madrid, de su sanidad principalmente. Felipe II es un modelo de hijo obediente, respetuoso, que creía además en el genio político de su padre. Hubiera sido incapaz de contrariar el consejo del emperador si éste se lo hubiese dado. A los impugnadores, es decir, a las objeciones de posición y de sitio, responde—decimos—un natural de Lisboa. Es éste nada menos que Oliveira Martins, el historiador artista y

filósofo que ha aplicado su mente clara a explicar los anales ibéricos. Oliveira Martins sale afirmando terminantemente que Madrid es "o coração de España", y busca en él sus profundidades. De un lado es Madrid eje de las dos grandes regiones geológicas: la del este, terciaria; la del oeste, primaria. Corazón, como vemos, de auténticas profundidades entrañables geológicas, es Madrid. Corazón, eje, meridiano, son palabras que Oliveira toma de la fisiología, de la geometría, de la astronomía, palabras de alto rango, comprometedoras, que sopesa al usarlas este peninsular no español y filósofo de su historia, para responder así a los impugnadores. Los argumentos de éstos pueden resumirse así: "A España, como península, la naturaleza la llama a ser una potencia marítima. Debía tener la capital en el litoral o en un río importante." Aparentemente es éste un argumento de fuerza, pero la réplica quizá la tiene mayor. La Península es un accidentado territorio cortado por cordilleras que forman sólidos alvéolos; en ellos se habían formado nacionalidades locales, no cristalizadas, pero mal apagadas en el siglo XVI. Había entonces, evidentemente, vivas rivalidades entre las ciudades históricas. El rey meditador e irresoluto que es Felipe II obra con prudencia; resuelve que la elección recaiga en una villa que, además de las ventajas de sitio, de posición y de clima tónico, no despierte, por su carencia de blasón, enojosas rivalidades. Su espíritu geométrico y el reconocimiento a la villa donde varias veces se había curado de las enfermedades infecciosas de la infancia, son factores también que no hay que olvidar en sus preferencias por Madrid.

Razones de estrategia, consideraciones de alta política, conveniencia para intentar una capital de nuevo tipo—capital de un imperio mundial dirigido por una burocracia—, hacen que Don Felipe se decida por Madrid; la parte de capricho personal fué, sin duda, mínima.—A. V.



Quizá la definición parezca demasiado extensiva. ¿Son majas todas las madrileñas? En «la mapa de las Españas» sucede, desde el siglo XVIII, lo que sería indescifrable sin ahondar en el carácter de las gentes. Sucede que el señorío aspira a mezclarse con el pueblo, tomando sus hábitos, mientras el hombre popular desdeña, poseído de su infinita superioridad, al bien acomodado y al noble. Esto se origina en la fuerza del carácter de la gente plebeya. Sus costumbres, modales, habla, trajes, tienen imán; es seductor su conjunto; nadie se resiste a, como diría un político, «democratizarse». Mientras que la capa elevada de la sociedad no ha tenido genio propio para sacar de sí un perfil original, la originalidad del pópulo le individualiza, hasta hacer de él un tipo enérgico y creador que impone su modo de mirar la vida y de vivirla. Los cortesanos, los adinerados, los empleados de rango, la «alta sociedad», como se la denomina luego, aceptado el galicismo, imitan, desde la caída de los Austrias, todo lo francés: igual el trenzado del moño que la redichez, los muebles o el horario. Aquella etiqueta que la Casa de Austria impone en el universo culto desaparece; arriba se vive como en espejo cuyas figuras son reflejas. Nace una disociación tajante entre el elemento que conserva y acrecienta, por contraste, su tipismo, su autóctono modo de ser, frente a una minoría que procura acatar el borbonismo al conducirse en el trato con los demás. El pueblo menos que medio y bajo recoge y retiene la índole racial, mientras los exquisitos desdeñan su propio ser, repetidores ávidos de lo que se hace y piensa en París.

Pero no se cambia fácilmente de alma. La fuerza de lo auténtico lleva a esas clases amaneradas y copistas a ser alguna vez ellas fieles a sí tal como nacieron. Entonces hallan en lo multitudinario aquello que pretenden evitar, disfrazándolo. Se sienten, en fin, españoles; pero lo español se ha refugiado en las masas. Y van a las masas, anegándose en los que desde su altura despre-

ciaron. Su falta de sinceridad la pagan imitando a los compatriotas que no imitan, como antes imitaron lo extranjero. Vuélvense máscaras de pueblo cuantos fueron mascarones exóticos. Así se usa en Madrid hasta Alfonso XIII.

El traje de las muchachas de los barrios bajos era delicioso. Ahí están los cartones y lienzos de Goya, con duquesas y petimetras (de *petit maître*, o sea, señorito), ataviadas según el majerío, recreándose en juegos a orillas del Manzanares, cuyos sotos conocían, desde Felipe II, el regocijo —un poco y un mucho basto— de la mezcla señorial con la plebe. Goya capta esa elegantísima sastrería de mujeres y hombres que viven en los barrios menestrales del Barquillo, Maravillas y el Avapiés. ¿Quién puede mejorar su finura y su garbo? La panorámica de los corros bajo las alamedas del Prado, los sotillos de la Arganzuela o El Pardo parecen referirse a la ciudad más depurada en arte sartorio, cuando son invenciones y derivados de los trajes imperiales, modificados por modistas y tijerillas de portal y sotabanco. Ha sido ese inmenso y anónimo ser que pervive y perdura, y que se llama «la gente», quien compuso esa encantadora vestimenta, muy superior en naturalidad, salero e incluso sencilla aristocracia a las del Versalles, tan repipis. Como es lógico, las petimetras aceptan su lindura, se hacen majas—siquiera por el buen parecer—, medio a escondidas, «de tapadillo». Andalucía remite a Madrid, siempre influido por la divina región, asimismo, su maravillosa serie, y la confluencia con lo madrileño produce el hábito de vestir el «traje nacional», como se le llama, por contraposición al gabacho y de fuera. Sabido es que en Andalucía no renunciaron las familias empingoradas a su airosísima ropa. Influyó esto también en que las madrileñas de pro se abajasen, de vez en vez, a majas.

La costumbre perdura hasta bien entrado el siglo XX. «Para mayor gracia había tenido el buen acuerdo de vestirse de maja, lo mismo que otras



muchas damas que, en aquel día clásico—la entrada de María Cristina de Nápoles—, adoptaron el traje nacional», dice Galdós en *Los Apostólicos*, que ya describen la época del romanticismo. A continuación retrata a la hermosa heroína en su atavío «nacional». Nuestros padres, y nosotros todavía, hemos acariciado el mantón de Manila, que, si adornaba la casa, guardábase para que las mujeres de nuestra familia fuesen de verbena «como Dios manda», o sea, vestidas de chulas: falda de media cola, pañuelo a la cabeza o caído al desgaire sobre el busto y la espalda, pañolón de la China, flores en el pelo y en el talle.

La mujer popular pasa por denominaciones sucesivas, que, en el fondo, definen el mismo prototipo. Es primero manola, luego maja, después chula. Siempre desgarrada, soberana de sí, altiva, belicosa si se trata de defender lo propio, enamorada con celos, orgullosa de su estamento, despectiva, saladísima y derramadora de todas las gracias de la gracia, además de naturalmente presumida. El prototipo llena las novelas, los cuadros costumbristas y los sainetes de un período que abarca tres siglos. Fuerza se necesita para que un espécimen humano, reducido a un rincón de la Corte, resista tal paso del reloj sin desvirtuarse ni degenerar. Después de la guerra del 36-39, el tipo desaparece como por escotillón. Ya sólo queda el recuerdo de la maja en los universalizados Madriles.

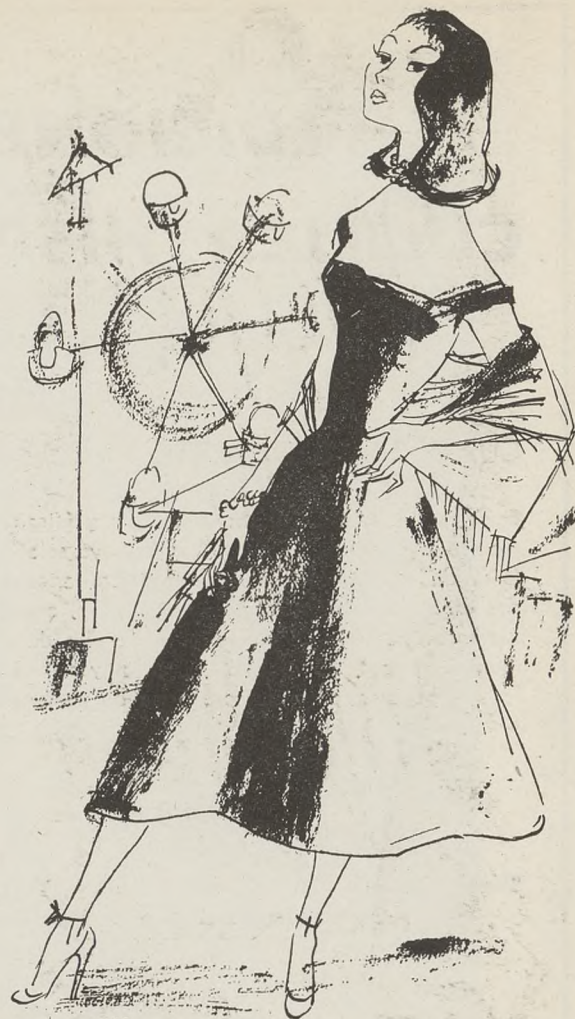
Por lo que al varón se refiere, su resbalar hacia lo castizo tiene su historia. Luis I casa con una francesita medio locatis; es desgraciado, y sus cortesanos le buscan consuelo en los hondos fondos del Madrid de corredor y baile de candil. Así, el aristócrata compite con el majo, manolo; se achula. La tradición que el pobre Luis I instaura prosigue con Fernando VII especialmente, buscador de hembras de rompe y rasga por los andurriales, que acuareló en sus escenas crudas don Ramón de la Cruz. Otros monarcas le imitan; no hay más que aludirlos; los blasonados repiten la

costumbre de majear de sus reyes; de este grupo deriva el señorito elegante, que alterna en doble vida la exquisitez y el frac con el remango y el terno de la gente de bronce. Lo consuetudinario se convierte en biológico; la inclinación, en hábito acepto y manera de conducirse, ya instintiva. De ello sale el madrileño mezclado, fino y señoril, refinado, pero uno de cuyos refinamientos es el de achabacarse por gusto.

De convivir envuelta en esa atmósfera, el garbato y desparpajo de la madrileña, sin excepciones. Ese algo que tenía de naturalidad, un poco burlona y sarcástica, bajo su trato afable y pasado por finos tamices de cortesía; ese acento peculiar, sólo de ella, que le daba expresión donairoso y un cierto escorzo de desgarro. La madrileña distinguíase por su elegante ritmo y por el contrapunto: un deje y eco de llana picardía. Se había majeadó; era su regusto y uno—y quizá el principal—de sus agrados. En los momentos en que la corteza de la convención social se arranca—riña, despecho, ira, risa desbocada—de la señorita, emerge la manola, la chula, lo madrileño de Embajadores para abajo o de Chamberí para arriba. Su sinceridad lo tenía a gala, y el no ser del todo pacata de urbanidad le evitaba ser cursi.

No es definición excesiva apellidar majas a las madrileñas refiriéndose, claro es, a las que nacieron antes de la primera guerra europea, cuando Madrid empezó a dejar de ser «el pueblo de Madrid», para entrar en el ciclo del cosmopolitismo. Majas eran, a pesar de su palacio, las próceres de los grandes apellidos; majitas las de la clase media que pasaban apuros para empinarse a señoritingas, y en libertad su tendencia, lucían con verdad la maja que llevaban dentro; y majas remajas las abuelas de las que ahora andan por ahí de mecanógrafas, manicuras y cafeteras; las delicadas y señoriles «hijas del pueblo de Madrid», como Casta y Susana, cuyas nietas han tenido que echar al baulito de su alma más que siete llaves..., quizá para siempre.

TOMÁS BORRAS



EDICIONES CULTURA HISPANICA

ARTE

CUADERNOS DE ARTE

El objeto de esta Colección es recoger gráficamente un rico y extenso repertorio de obras de arquitectura, cuya sola contemplación evidencia la unidad estilística imperante durante varios siglos en el arte de las dos orillas del Atlántico. Se recoge, pues, en las páginas de estos volúmenes una serie de conjuntos y detalles de una arquitectura monumental a veces, de vuelo menor otras y en algunos casos francamente popular, pero siempre llena de personalidad y belleza.

SERIE A

- Tomo I: «LA RUTA DE COLON Y LAS TORRES DEL CONDADO DE NIEBLA».**—Estudio preliminar de José Hernández Díaz.—Madrid, 1946.—21 x 28 cm. (Agotada.)
- Tomo II: «JEREZ Y LOS PUERTOS».**—Estudio preliminar de Antonio Sancho Corbacho.—Madrid, 1947.—21 x 28 centímetros. (Agotada.)
- Tomo III: «TRUJILLO».**—Estudio preliminar de Francisco Iñiguez Almech.—Madrid, 1949.—21 x 28 cm. (Agotada.)
- Tomo IV: «ECIJA» (I).**—Estudio preliminar de Antonio Sancho Corbacho.—Madrid, 1952.—21 x 28 cm.; 125 pesetas en rústica; 160 pesetas encuadernada.
- Tomo V: «ECIJA» (II).**—Estudio preliminar de Antonio Sancho Corbacho.—Madrid, 1954.—21 x 28 cm.; 150 pesetas en rústica; 190 pesetas encuadernada.
- Tomo VI: «CACERES».**—Estudio preliminar del conde de San Miguel.—Madrid, 1954.—21 x 28 cm.; 195 pesetas en rústica; 125 pesetas encuadernada.

SERIE B

- Tomo I: «ELOGIO DE QUITO».**—Estudio preliminar de Ernesto La Orden Miracle.—Madrid, 1949.—21 x 28 cm. (Agotada.)

OTROS LIBROS SOBRE ARTE PUBLICADOS POR EDICIONES CULTURA HISPANICA

- «PINTURA ESPAÑOLA CONTEMPORANEA», por Manuel Sánchez Camargo.—Madrid, 1954.—19,5 x 27 cm. (con numerosas láminas); 275 pesetas.
- «ISABEL LA CATOLICA Y EL ARTE HISPANO-FLAMENCO», por L. V. Brans (Premio I. N. L. E. 1952).—Madrid, 1952.—20 x 27 cm. (con numerosas láminas); 130 pesetas.
- «DE GOYA AL ARTE ABSTRACTO», por Ricardo Gullón.—Madrid, 1952.—14 x 21 cm. (Agotada.)
- «INTERPRETACION ESTETICA DE LA ESTATUARIA MEGALITICA AMERICANA», por Jorge de Oteyza.—Madrid, 1952.—14 x 21 cm. (Agotada.)

estafeta

JORGE NOVOA. C/ San Juan Bautista, 11, Figueras (Gerona).—Desea intercambio postales y correspondencia con chicas extranjeras.

SILVIA y ANABEL DIAZ. C/ Príncipe, 9, altos, Camagüey (Cuba).—Desean correspondencia con jóvenes europeos, cultos, mayores de veintidós años.

JOSE DAVILA. Apartado 41, Villanueva de la Serena (Badajoz).—Desea intercambio de sellos.

MARIEN MOYA. C/ Previsión, 15, Palma de Mallorca (Balears).—Desea correspondencia e intercambio cultural con personas residentes en el extranjero.

ANTONIO CELDRAN GONZALEZ. C/ San Antón, 19, Murcia.—Solicita correspondencia con señoritas de quince a diecinueve años, francesas o americanas.

FERNANDO MATA. Apartado número 318, Santa Isabel de Fernando Poo (Guinea española).—Desea correspondencia con señoritas de cualquier parte del mundo de diecisiete a veinte años de edad.

PATRICIA WHIFFIN, 21, Gate Sreen Road, West Wickham, Kent (England), y CELIA SANSOM, 33, The Knoll, Hayes, Bromley, Kent (England), de dieciséis y quince años, respectivamente.—Desean correspondencia con muchachos en inglés, aficionados al baile, la música, el arte y la filatelia.

MARUJA ZAMALLOA. Barranco Buenaventura Aguirre, 118, Lima (Perú), de veinticuatro años de edad.—Desea correspondencia con jóvenes aficionados a la música clásica y la pintura.

LAURA MONETTE, 6816, rue Saint-Denis, Montreal 10, P. Q. (Canadá).—Desea correspondencia con jóvenes españoles.

JOSE MANUEL DAVILA. Conde de Cartagena, 21, Villanueva de la Serena (Badajoz), estudiante de diecisiete años de edad.—Desea correspondencia en español o en francés con jóvenes hispano-americanas.

MARTHA INES JARAMILLO. Avenida 33, núm. 62-87, barrio de Fátima, Medellín (Colombia).—Desea correspondencia con jóvenes de cualquier país, preferentemente de habla española.

CELINE MARTIN. Sra. Anne de la Pocatière, Co., Kamouraska, P. Q. (Canadá).—Desea correspondencia con jóvenes españoles, en francés, de veinte a veinticinco años de edad, aficionados a la literatura y a la música.

ANGELA M. SALVADOR. Carretera Barna, 42, Sabadell (Barcelona).—Desea correspondencia en español, francés o alemán, aficionados a la filatelia, los deportes y la lectura.

NESTOR RENE VIVES. Av. La Plata, 2468 (Suc. 37), Buenos Aires (R. Argentina).—Desea correspondencia con personas de cualquier parte del mundo.

Miss FAE G. NECK, 12, Canterbury Crescent, Brixton, London S. W. 9 (England), de veintitrés años de edad.—Desea correspondencia, en inglés, con joven aficionado a la natación, la fotografía, etc.

AMINTA MARIN AGUIRRE. Méndez, número 736, Antofagasta (Chile).—Desea correspondencia con jóvenes españoles e hispanoamericanos.

NORA PEREZ JARAMILLO. Apartado aéreo 752, Medellín (Colombia).—Desea correspondencia con personas de habla española de cualquier parte del mundo, para intercambio de postales, revistas, periódicos, etc.

AMPARO GONZALEZ COSSIO. Apartado aéreo 752, Medellín (Colombia).—Desea correspondencia en español con personas de todo el mundo.

CARMEN DEFILIPPIS. Casilla 547, Antofagasta (Chile).—Desea correspondencia con jóvenes estudiantes de habla española, mayores de dieciocho años de edad.

FRANCISCO LOBO GONZALEZ. Regina, 28, pral., Sanlúcar de Barrameda (Cádiz), de dieciséis años de edad.—Desea correspondencia con jóvenes de cualquier nacionalidad.

ADRIANA PINTO DOERING. Casilla 547, Antofagasta (Chile).—Desea correspondencia con jóvenes españoles mayores de diecisiete años de edad.

URBANO B. RODRIGUEZ. Av. n.º 13, 4203, playa de Santa Fe, La Habana (Cuba).—Desea correspondencia con jóvenes de cualquier parte del mundo para intercambio de postales, revistas, etc.

JUANITA M. PALOU. Siglo XX, 13, 3.º, 2.ª, Tárrega (Lérida).—Desea correspondencia con jóvenes españoles de veinticinco a treinta y cinco años de edad.

JOSE SALCEDO CRESPO. Camino de Antequera, 56, Málaga.—Desea correspondencia con señoritas extranjeras aficionadas al cine, los deportes, la filatelia, etc.

JOSE MENCHY y BEATRIZ STUTZ. Zapata, 575, D.ª A., Buenos Aires (R. Argentina).—Desean correspondencia con jóvenes de España y de Hispanoamérica.

MARIA PAZ y MARIA ANTONIA TOLOSA. Alcántara, 69, 3.º, Madrid.—Desean correspondencia con jóvenes de cualquier nacionalidad.

ESPERANZA GALLARDO ALVAREZ. Plaza de España, 15, Mérida (Badajoz).—Desea correspondencia con jóvenes mayores de treinta años de edad.

J. A. PEC. Apartado 1062 (Bilbao).—Desea correspondencia con jóvenes aficionados a los viajes, la literatura y la fotografía.

GUILLERMINA GONZALEZ. Avenida del Conde de Sepúlveda, 7, Segovia, de quince años.—Desea correspondencia en español e intercambio de postales con jóvenes franceses.

ARCADIO MORENO. L. González Obregón, 5, B. México, D. F.—Desea correspondencia con jóvenes de todo el mundo.

FRANCISCO JUAN VILLANOVA. San Jaime, 14, Villarreal (Castellón), de dieciocho años.—Desea correspondencia con señoritas de cualquier nacionalidad.

JAVIER DIAGO. Delegación de Hacienda, Logroño.—Desea correspondencia con jóvenes de todo el mundo.

ANTONIO O. OLIVAR. Allhelgonagatan, 3, II, Malmberg-Stockholm (Sweden).—Desea correspondencia con señoritas de veintidós a veintinueve años de edad, en francés, español, inglés, portugués o sueco.

GUY DAVID. 116, Ière Avenue, Verdun, Quebec (Canadá), de veintitrés años de edad.—Desea correspondencia con jóvenes de uno y otro sexo, españoles, en inglés o francés.

A. ROSELLO VILLALONGA. Fábrica, 3, 2.ª, Palma de Mallorca (Balears).—Desea correspondencia con jóvenes hispanoamericanos o franceses de veinticinco a treinta y cinco años de edad.

ALONSO RUIZ SANTOS. Higinio Rodríguez, 12, Madrid.—Desea correspondencia con jóvenes, de dieciocho a veinticinco años, en español, de cualquier parte del mundo.

BUZON FILATELICO

Desean correspondencia para intercambio de sellos de correos:

- EDUARDO DEBERNARDI. Portugal, 589, Bahía Blanca (República Argentina).
- LUIS S. A. GRAU. Embajada de España, Rua Duviuier, 43, Río de Janeiro (Brasil).
- OTILIA ARCE DE FERNANI. Chaucabuco, 1051, Buenos Aires (Rep. Argentina).
- PATRICIA LATTER. San Lorenzo, 158, Tres Arroyos, Buenos Aires (Rep. Argentina).
- OCTAVIO GIL VALLEJO Calle 23, núms. 22-23, Editorial Zapata, Manizales (Colombia).
- PABLO LOPEZ RODRIGUEZ. Meléndez Valdés, 43, Madrid (España).
- ALBERTO MARTINS. Banco do Brasil, Campinas, SP (Brasil).
- OMAR BRIANZA. Witteelwright, F. G. B. Mitre, Santa Fe (República Argentina).
- RAMON GUIX SANTIES. Apartado 102, Santa Isabel (Guinea Española).
- LUCIANO ESCRIBANO CALVO. San Antón, 7, Cáceres (España).
- JOSE POSTIGO. Sanatorio Llanos, Albacete (España).
- ANTONIO GARCIA OSMÁ. José Antonio, 15, Cáceres (España).
- NICOLAS BARRIENTOS MEDINA. Fuentearmegil (Soria).
- RICARDO SOLA Diputación, 237, Barcelona (España).
- JOSE GOMEZ ALMUDI. Cinca, 6, Zaragoza (España).
- JOSE MASIP. San Miguel, 23, Badalona, Barcelona (España).
- PILAR PASCUAL MARTORELL. Poniente, 3, Barcelona (España).



VISTA DE MADRID EN EL SIGLO XIX

(Tomada desde la orilla del Manzanares)



Cuando llega la noche el corazón mira hacia el Sur



Cuando llega la noche, el corazón mira hacia el Sur,
atraviesa los montes azules de New Mexico
o sigue el curso del Colorado River.

El corazón encuentra ahora
una tierra que es ya
propia prolongación.

Y el corazón se reconoce en ella.

Toma vuelo en Chihuahua,
cruza México.
Aquí un son de canciones le acaricia.

El cielo es más azul.
Y le reciben
música y gritos de colores,
amarillo, naranja, verde oscuro,
azul de mar, violeta,
rojo de sangre.

Las
palabras se suceden
vertiginosas en la boca
del que rige la danza sorprendida:
Uno,

dos,
tres,
cuatro,
cinco,
seis,
siete.

Y el

ritmo desenmaraña
ahora entre los pies un son ligero.

Siempre

norte el corazón aquí.
Se siente
siempre acompañado.

La voz del corazón es solamente
un torrente que busca
más ancho cauce ahora,
más ancho mar en que poder verse.

Y en la encontrada orilla
se sentirá avanzar, codo con codo,
con otras voces de su misma sangre.

Sabrás que su camino es más camino
que nunca.
Que su cauce
se afinca más.

Abre más honda huella.
Que la tierra que alienta
bajo sus pies, es tierra que se canta
con las mismas palabras
que él ha aprendido.

El corazón sabrá
que todo
le es entrañablemente familiar
y emprenderá de nuevo su camino.

Por la azul Guatemala, por Honduras,
por Panamá, por Nicaragua, por
Haití y Santo Domingo,
por Costa Rica, por El Salvador,
por Cuba y Puerto Rico,

sobre todo
por Puerto Rico, el corazón
siente la misma brisa de canciones.
Después, en Venezuela
encontrará el recuerdo de Maritza
y sonreirá un instante.

Y pasará
al altiplano de Colombia,
a las grandes llanuras bolivianas,
al Ecuador, a las montañas
inaccesibles del Perú

—la cuna—,
a las playas chilenas,
a las pampas
de la Argentina,
al Chaco

paraguayo,
al Uruguay.

El corazón
saludará al Brasil.
Después descansará.
El corazón se siente en su morada.

Casi no late.
Pero
cuanto rodea ahora su silencio
es un solo latido que se va repitiendo
con alma conocida, con sonido
exactamente igual al que en él mora.

Es noche ahora.
Cuando llega
la noche, el corazón mira hacia el Sur.

Jaime FERRAN

(Del libro «Descubrimiento de América».)

UN

«MUSEO GOYA»

EN FRANCIA

EN CASTRES (TARN) SE GUARDA
"LA JUNTA DE FILIPINAS", EL CUADRO
MAS GRANDE DEL PINTOR ARAGONES



"F. del Mazo", por Goya.

Por ERNESTO LA ORDEN

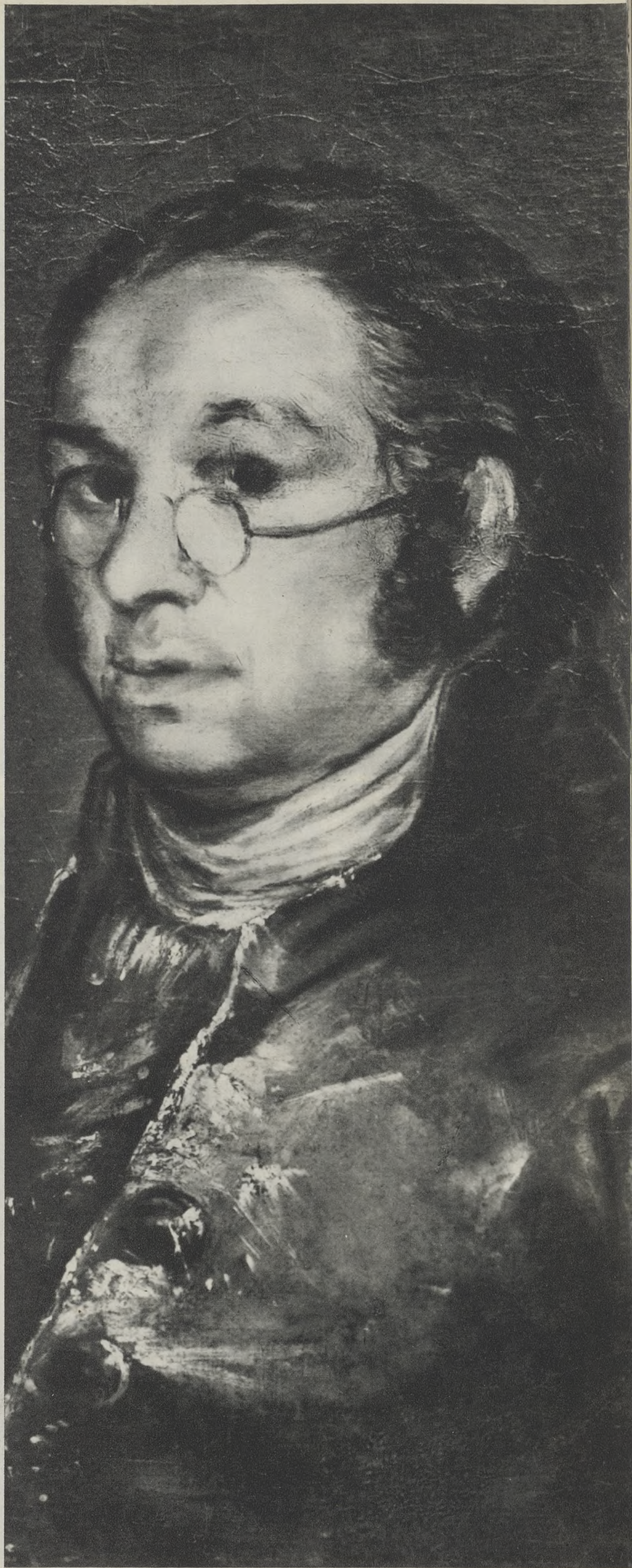
ANDÁBAMOS por tierras albigenses, hermanas de Aragón y Cataluña, al otro lado de los Pirineos. Sorprendíamos el signo heráldico de las cuatro barras en los escudos de algunos pueblos que, como todo el condado de Toulouse, vivieron largos años bajo la protección de los reyes aragoneses. Entrábamos en Muret con devoto espíritu, pensando en aquel galante rey Pedro II, padre de Don Jaime el Conquistador, que fué a morir allí, frente a los cruzados de Simón de Montfort. Llegábamos a Toulouse, ancha y baja, junto al Garona, y sus edificios románicos y góticos de ladrillo nos hacían pensar en nuestra Zaragoza, tendida junto al Ebro y engalanada de ladrillos mudéjares. Continuábamos hacia el norte, en demanda de Albi, y su imponente catedral de ladrillo, aupada sobre el fresco río Tarn, nos recordaba la mole rojiza de la Mota, allá en Medina del Campo, sobre el arroyo Zapardiel. Y es que en toda la banda sur de Francia, desde Burdeos hasta la Provenza y desde las Landas hasta el Rosellón, se respira todavía un aire de España y abundan las semejanzas y las resonancias españolas.

UN MUSEO ESPAÑOL EN FRANCIA

Nuestro viaje tenía por objetivo Castres, una simpática ciudad provincial, apiñada a ambas márgenes del río Agout. Llegábamos hasta aquella antigua etapa del camino de Santiago como peregrinos del arte español, sabedores de que en aquel rincón de Francia, tan alejado de los itinerarios turísticos corrientes, se nos iban a revelar algunos cuadros de Goya. Nuestra sorpresa fué encontrarnos mucho más: un museo entero y verdadero de arte hispánico, bajo el nombre oficial de Museo Goya.

El edificio es un palacio episcopal del siglo XVII, obra solemne y fría de Mansart, al que dan vida un bello jardín, trazado nada menos que por Le-Nôtre, y una esbelta torre románica, único resto de la antigua abadía. Se pasa una primera sala, que guarda recuerdos de los obispos y de los grandes hombres de Castres, algunos de los cuales fueron célebres hugonotes, y se entra de lleno en un ambiente religioso y guerrero, típica y deliberadamente

A la derecha: «Goya con gafas», el autorretrato del Museo de Castres. Arriba: el retrato de Francisco del Mazo, una obra tardía del genial pintor aragonés.



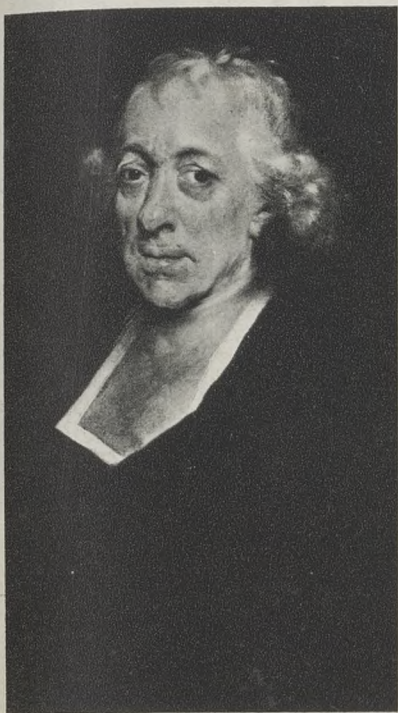


La inmensa tela de «La Junta de Filipinas», en un ambiente gris verdoso de oscuridad y de aburrimiento, pinta cruelmente la corte del rey Fernando VII.





Esta moneda árabe de oro, acuñada en Murcia, llegó, Dios sabe llevada por qué manos, al centro de Francia.



El retrato de don Matías Allué.



«San Juan en Patmos», tabla gótica catalana del siglo XV.

español. Unas magníficas tablas góticas catalanas, un busto-relicario que pudiera ser castellano, un *Ecce Homo* del divino Morales, y unas armaduras moriscas relucen junto a una moneda de oro almorávide, acuñada en Murcia en 1170 y descubierta no lejos de Castres, en un lugar llamado Sarrasí. Confesemos que nos dió un gustoso sobresalto aquel áureo testimonio de nuestras tierras levantinas.

Tras este vestíbulo español, ciertamente afortunado, se abre otra sala de mayor tamaño, que la misma guía del museo califica de «Sala del Siglo de Oro». Bajo un dosel de terciopelo con las armas de España, un *Felipe IV cazador*, obra de Velázquez y de Juan Bautista del Mazo, nos mira desde las encinas del monte de El Pardo, y reina sobre un *San Pedro de Ribera* y una *Virgen de Murillo*, junto a unos santos de Valdés Leal y unas flores de Arellano, entre unos muchachos vendedores, que parecen de Velázquez, y un bodegón, que parece de Zurbarán. Para completar este conjunto de la España imperial, en una sala inmediata, se presentan un retrato del marqués de Leganés, que Sánchez Cantón atribuye a Snyders, y un *Exvoto a San Pedro Alcántara*, de gran factura, obra de Pedro de Moya, procedente, según se cree, de los franciscanos de Calatayud.

UN SANTUARIO DE GOYA

Con ser tan bellas estas piezas, algunas de las cuales estuvieron expuestas durante muchos años en el Louvre, todas ellas palidecen ante las obras de Goya, que se guardan en este museo (*Pasa a la pág. 49.*)

A la derecha: «Felipe IV cazador», de Velázquez y Juan B. del Mazo.



Entre las obras españolas de Castres, este Picasso.





EN PARIS HAY UN CLUB TAURINO

**SUS SOCIOS ACUDEN A MADRID
CADA AÑO PARA LAS CORRIDAS
DE SAN ISIDRO**

Por ENRIQUE LLOVET

FRANCIA suele acostarse temprano y levantarse temprano. Le va muy bien al prodigioso jardín francés esa dulcísima quietud de los campos hundidos en el silencio apenas el sol se retira a descansar. Así que, sobre la inmensa y delicada llanura, el leve suspirillo de los trenes en marcha o del París *la nuit* es un impacto muy modesto que casi no se oye. Otra cosa es la que yo vi en Burdeos va para un año.

Era ya medianoche. Renqueó el motor de un coche, guiñaron unos faros y se acercó a nosotros la colosal estampa ibérica de un viejo «Hispano» de toreros, sobre cuyo techo lucían los inconfundibles cestones de unos capotes y el inevitable botijo fino de las Ramblas. Entonces todo un barrio de la ciudad se puso literalmente a vivir. Como una lanza, el automóvil perforó el barrio taurino e incendió media docena de bares, «colmaos» y «tabernas». ¡Buenas tabernas, señor! Todas con sus chulitos y su manzanilla, su señor duque

y su jamón serrano, su reventa de entradas y sus telegramas llenos de «orejas» y «ovaciones». Era la víspera de una buena corrida. Las voces se levantaron de tono, y un filtraje no muy severo permitió, finalmente, a banderilleros y peones, encontrarse rodeados por trescientas personas. Quiero decir por trescientos aficionados. Claro. Donde mejor se entiende el maravilloso matiz de la palabra «aficionado» es aquí y ahora. En España hay muchos espectadores en los toros y muy pocos aficionados. En Francia todos son aficionados, es decir, espectadores con conocimiento.

Da gusto oír hablar de toros, cartesianamente, a Claude Popelin, al doctor Ey—uno de los más finos psiquiatras de la Medicina francesa y, dicho sea de paso, presidente del Club Taurino de París—, a un crítico de toros, a un cabecilla de cualquiera de las innumerables «peñas» del Sur. Da gusto ver transparentarse los silogismos por entre las carnes de



En los tenderetes de libros viejos de las orillas del Sena, junto a la catedral de Notre-Dame, un joven más o menos existencialista contempla un grabado que representa un par de banderillas puestas atrevidamente al quiebro.

un berrendo en negro y adivinar la sombra de la Sorbona tras la silueta desgarbada de un banderillero del Arahall. Da gusto, en fin, ver a la literatura transida de emoción ante la lidia de una res brava.

Sí. Son buenos aficionados los de Francia. Para empezar son viejos. Parece que los protocolos de Maumour, allá en las Landas, guardan un testimonio de 1469 sobre unas vaquillas bravas corridas públicamente. Parece que los archivos municipales de Burdeos ya testimonian una pataleta real, mediado el siglo XVI, porque se lidiaron toros sin barreras ni precauciones de ninguna clase. ¡Toritos marismeños, los de las Landas, pastando desde Tarbes hasta el Garona! ¡Toritos rojos, toritos libres, correteando entre los altos zancos de los pastores!

Por la Camarga, en cambio, en la delta del Ródano, en la tierra que Mistral cantó, los toros son negros y duros, mediterráneos, temibles, empenachados con la gloria histórica del capitán de Ventabren, señor de Méjanes, quien, allá por 1550, llevó el Renacimiento al campo y se hartó de derribar reses y de alimentar romances.

De las Landas a la Camarga, todo un rosario de plazas testimonia hoy la vitalidad de la fiesta. Mont de Marsan, Burdeos, Toulouse, Arlés, Nîmes... Todo el sur de Francia se contaminó cuando la emperatriz Eugenia presidió, con Grammont a su derecha, la primera corrida de Bayona. Luego vino la Exposición Universal, y un grupo de españoles construyó en París, en la rue Pergolèse, una plaza, por la que desfilaron Guerrita y Mazzantini, Lagartijo y Frascuelo. Una plaza de veintidós mil localidades. Pero una plaza aséptica, sin estocadas, que duró menos que un soplo.

Lo del Sur fué otra cosa. Estuvieron batiéndose años y años hasta 1951, en que el Parlamento se decidió a reconocer la carta de naturaleza adquirida por las corridas. A partir de entonces, pocas bromas. Con la primavera se abre la temporada. Desde París resbalan unas docenas

de seres con muy buenos quilates de aficionados. El increíble Alphonse—sesenta y pico de años, ciento y pico de puntos por ponerse este invierno delante de una vaca—, Joseph Peyré con su *Goncourt* a cuestas, Jean Rynier—un año de estancia en España, un carnet de novillero del Sindicato del Espectáculo; *Europa Numérol*, detrás—, Popelin y los problemas del Patronato francés, Ey y la escalofriante aventura de la hibernación de dementes y aquella ternísima pareja que ahorraba, franco a franco, durante un año, para poder ver una sola corrida en Burdeos, quedándose dos noches sin dormir...

Los del Sur, claro, están en su casa. Para ellos, la Plaza de Toros forma parte del paisaje urbano. La plaza y lo que la rodea. Toreros, torerillos, refugiados, artísticos...

Una prensa especializada, unos diputados que se juegan el acta al menor «desviacionismo», unas bandas de música que tocan sin papeles el repertorio completo de marchas y pasodobles, unas peñas que recuerdan el cuarto natural «de frente» del «Niño de la Palma» en el año de no sé cuántos y un idioma... Un idioma entrañable, fabuloso, increíble: español con sintaxis francesa, o francés con vocabulario español, donde nada está traducido, porque todo el mundo le llama «casta» a la «casta» y «natural» al «natural», aunque al «pan» le llame *pain*, y al «vino», *vin*. Un idioma que estremece, porque es el más fino homenaje que se le puede hacer a una lengua extraña: conocer que modela ciertas cosas mejor que la nuestra, y que esas cosas deben ser expresadas con la mayor puntualidad.

Luego, naturalmente, ese pacto lingüístico se va adelgazando. Francia arriba, a medida que el sol se vuelve gris y las piedras se oscurecen. Pero aun da sus latigazos en plena *Ile de France*. Es cuando el Club Taurino de París se reúne como una cofradía y escucha devotamente a un conferenciante o pasa y repasa su documentación cinematográfica, preparando la gran excursión de cada año: la de las corridas de la *Saint-Isidre*

Abajo: El doctor Ey, presidente del Club Taurino de París y famoso psiquiatra, sonríe durante una de las reuniones del Club. En la foto aparece entre el presidente del Club de Toulouse y el vicepresidente del de París, Claude Popelin.





Arriba: La ciudad de Arlés, junto al Ródano, posee la plaza de toros más hermosa del mundo. Nada menos que las Arenas romanas, un coliseo de mármol casi intacto, en el que las corridas cobran una característica pompa imperial.

Abajo: Detalle de los tendidos altos de las Arenas de Arlés. Los aficionados se sientan en prosaicas sillas de madera, pero detrás de ellos se abren las arcadas romanas y se alzan las torres medievales. Escenario excepcional para la fiesta.

—como ellos dicen—, en mayo, en Madrid. El Club Taurino de París tiene, aproximadamente, un centenar de miembros. La otra noche se reunió en los altos de un café del Chatelet. Estaba lloviendo. A cincuenta metros pasaba noblemente el Sena. A trescientos metros chorreaban agua las torres plateadas de Notre-Dame. Pero aquellas cien personas tenían los ojos clavados en una pantalla coloreada por los tonos calientes de la Maestranza de Sevilla, y fueron capaces de aplaudir con calor cuatro verónicas de Antonio Ordóñez, dadas hace tiempo y guardadas en una lata de películas. Ni uno solo se equivocó. Eran cuatro verónicas admirables. Y otra vez más, por culpa de los españoles, estos caballeros que se acuestan temprano se acostaron bastante tarde. Pero tan contentos.

ENRIQUE LLOVET



Por este arco se entraba a la Plaza de Toros de París, de vida efímera, situada en la calle Pergolese, burguesa y tranquila, que se ha olvidado ya, para bien o para mal, de las hazañas de los «toreadores» (Prohibidas las estocadas).



EL INDIO AMERICANO



Los indios salasacas, que habitan en el sur del Ecuador, van vestidos siempre con poncho negro, en lugar del poncho rojo, que es el más frecuente en el país. Se dice que ese poncho negro lo llevan, en señal de duelo, por Atahualpa.

Abajo: En la laguna de San Pablo, al pie del volcán Imbabura, un indio otavaleño, de larga cabellera y trenzas, conduce su rústica balsa de paja totora. Estos indios forman una comunidad de notable desarrollo cultural y técnico.

UN problema vivo que América tiene entre los más importantes de su desarrollo vital es el del indígena no incorporado todavía totalmente a la civilización. Un nivel de vida inhumano, una situación laboral con insuficientes compensaciones, una serie de peligros, a los que puede conducir el abandono de estas masas humanas, y los riesgos del alcohol o de los estupefacientes, es el resumen que puede presentarse de algunas zonas de población empobrecida y degenerada. La creación en España del Instituto Jurídico del Indio es el resultado de Congresos previos celebrados en España y en América encaminados a remediar la situación de aquellos pueblos. Todo lo que hasta la fecha se ha conseguido por organismos particulares, misiones y aun Estados que se ocuparon con interés de esta tarea, recibirá ahora de nuevo estudio e impulso. En la página 39 de este mismo número publicamos un interesante artículo del especialista boliviano don Raúl Calvimontes, que da a conocer los propósitos del Instituto, para colaborar a los esfuerzos de los Gobiernos y de los misioneros, y llegar a conseguir que esta población, que pasa de los treinta millones, tenga una vida digna en el marco de cada uno de los países a que pertenece.

En las selvas del Chaco boreal, en la República de Paraguay, habitan los indios chulupi, uno de cuyos caciques aparece en esta fotografía.



Los indios quichuas del Alto Perú utilizan como instrumentos musicales para sus fiestas las grandes caracas marinas, que llaman «pututos».

Abajo: Las cholas o mestizas de Cuenca, en el Ecuador, son muy hábiles en el tejido de los sombreros de jipijapa, de fama en todo el mundo.



Esta joven madre maya-quiché, de Guatemala, lleva a su hijo cargado a la espalda, lo que no le impide realizar todos sus trabajos domésticos.

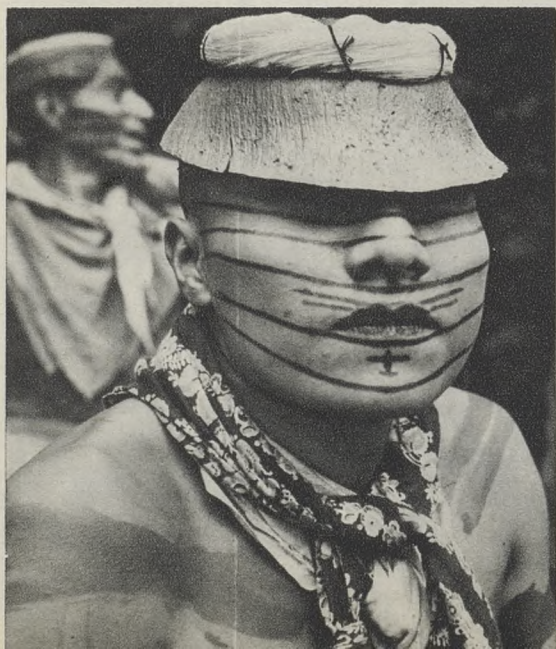
Abajo: Los campesinos quichuas de Bolivia obsequian con leños secos para hacer fuego al preste o mayordomo de sus pintorescas fiestas locales.





Este extraño bailarín de una fiesta en Umala (Bolivia) entona las más variadas melodías primitivas en el sicu o flauta pastoril, formada de catorce cañas.

Los indios colorados del Ecuador se pintan todo el cuerpo de bermellón y se aplican en el pelo una sustancia que les da un aspecto bastante extraño.



Indios cazadores y pescadores de las selvas de Colombia, que habitan en la zona de los grandes ríos afluentes del Orinoco, junto a Venezuela.

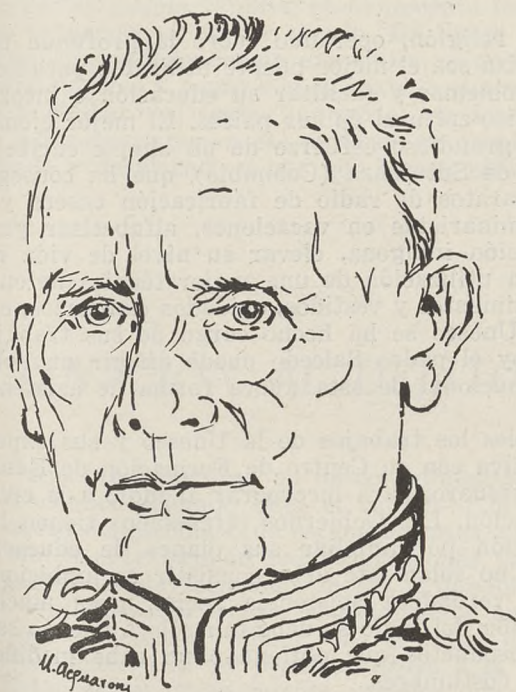


Hermosos niños indios de Otavalo (Ecuador), ataviados con el pintoresco traje de esa próspera comunidad, compuesta de excelentes tejedores.



LOS PROBLEMAS DE LOS INDIGENAS DE AMERICA

Por RAUL CALVIMONTES NUÑEZ DEL PRADO



EN el Primer Congreso Indigenista Interamericano, reunido en Patzcuaro (México) en 1940, una comunicación presentada calculaba la población indígena y mestiza (indianizada) en 30 millones de personas. Esta cifra puede dividirse en dos grandes bloques. Uno de más de 20 millones, constituido principalmente por los herederos de las altas culturas precolombinas (mexicana, maya, chibcha e incásica), que viven adheridos a la civilización occidental, constituyendo en algunos casos la mayoría de los habitantes de sus respectivos países, como ocurre en Bolivia y Guatemala, o importantes porcentajes de la población del Perú, Ecuador, México, etc. El segundo bloque está formado por indígenas que viven en estado selvícola. Son grupos dispersos por todo el continente y con diversos grados de asimilación de la civilización: desde el indio en estado de salvajismo, nómada y organizado en forma tribal, hasta los semiincorporados a la cultura, como ocurre con los guarines, tobas, mojos, araucanos, pizpiles, etc.

Los problemas que suscita el indígena selvícola no asimilado o semiincorporado a la civilización se solucionan con métodos de captación, reducción, educación y, en definitiva, por una obra de política proteccionista y colonizadora, labor que se ha realizado en forma ejemplar durante toda la época colonial por los misioneros y que hoy perdura con el mismo espíritu de sacrificio y eficacia. Los Gobiernos, a través de sus organismos especiales, como destacamentos militares de colonización, granjas experimentales, población en cultivo de grandes zonas, política de emigración, obras públicas que cruzan los territorios habitados por esta población selvícola, facilitan la labor de captación. La explotación y extracción de materias primas y productos (caucho, petróleo, plantaciones de frutales, arroz, azúcar, etc.), así como la construcción de ciertos caminos, puso en contacto al hombre blanco y a los grupos selvícolas en diversos lugares del continente, con resultados negativos para los aborígenes, por falta de una adecuada política legislativa proteccionista.

El problema más agudo del indigenismo hispanoamericano se refiere a los herederos de las altas culturas precolombinas, pues la primera dificultad que surge es la de la misma definición de lo que debe entenderse por "blanco", "indio", "mestizo", "indianizado", etcétera, cuando se trata de clasificar estos diversos grupos sociológicos de la población en América.

Son varias las soluciones de clasificación dadas que intentan definir el concepto de "indio" y que permitan comprender al autóctono americano cuando no está realmente incorporado a la vida jurídico-cultural de sus respectivos países. Los criterios más usados son: el racial, el lingüístico, el religioso (abandonado totalmente a partir del siglo XVIII), el técnico-cultural, el de conciencia de grupo y el de sistemas mixtos y funcionales.

El criterio racial, referido a conceptos biológicos de pureza de sangre, está totalmente superado por los mestizajes de sangre o cultural. El mestizaje de sangre, producto del crisol indohispano que se llevó a cabo durante la vida colonial, sobre todo en los dos siglos y medio primeros de la colonia, unió la sangre india y la española-portuguesa, formando esa "quinta raza universal" a que se refiere Vasconcelos. Después de mediados del siglo XVIII, el mestizaje racial se detiene y el cruce de criollos entre sí o con peninsulares y criollos se hace más frecuente, continuando el mestizaje entre mestizos e indios, hecho que se agrava con la independencia—guerra civil del mundo hispánico y que significó el control político, fraccionado en diversos Estados, por los criollos de Hispanoamérica—, a partir de la cual el "blanco" y el "indio" se han separado cada vez más, agudizándose el problema, hasta formar las "dos Américas" a que se refiere Arciniegas.

El mestizaje cultural se ha realizado por procesos de transculturación o inculturación; así, el indígena racialmente puro, cuando recibe, entiende o incorpora la técnica occidental a sus formas tradicionales de vida, deja de ser "indio" y puede considerarse "mestizo", "blanco", etc., y de hecho se incorpora o adhiere al país al que pertenece. Igual ocu-

re con el indígena que aprende a hablar el español, a leer y a escribir, inculturándose de este modo en su realidad nacional.

Estas diversas formas de mestizaje cultural pueden darse cuando el indio abandona su medio rural para ir a trabajar en la fábrica, en la gran plantación, en la gran industria, en los trabajos de construcción de las ciudades, o cuando, incorporado al servicio militar, se queda en calidad de soldado profesional, gendarme, policía urbano, de tráfico, etc., o también cuando presta sus servicios en calidad de sirviente, peón u otros trabajos en un medio social occidentalizado. Con este contacto y el empleo de ciertos elementos culturales —uso de la técnica, adquisición del español, abandono de su alimentación y vestido tradicionales, conocimiento elemental de la maquinaria jurídico-administrativa, etc.—, el indio se mestiza culturalmente y deja de ser tal.

Esta concepción técnico-culturalista no supone una justificación de la posterior condición social de abandono económico del campesino, convertido en mestizo pero proletarizado por su contacto con la ciudad, y que en la mayoría de los casos no ha conseguido identificarse a la realidad jurídico-cultural y económica de su país.

El criterio de definición de "indio" por una valoración subjetiva y psicológica de "conciencia de grupo", defendido por don Alfonso Caso, director del Instituto Indigenista Mexicano, es de difícil aplicación por las dificultades que surgen para precisar o investigar estas valoraciones subjetivas.

El criterio múltiple es la reunión del biológico, cultural, lingüístico y de conciencia de grupo. Cuando estos cuatro elementos se dan como características predominantes de un determinado núcleo, se podría calificar de "indios" a sus componentes. Es un criterio de definición menos amplio que el culturalista, que pretende hacer un inventario de elementos de la cultura material y espiritual de un determinado pueblo indígena.

El criterio funcional, propuesto por los sociólogos norteamericanos Lewis y Maes, señala la necesidad de "hacer un inventario de datos relativos a las condiciones de vida de los llamados indios y de todo grupo que manifestara poseer el máximo de necesidades y deficiencias"; para tales grupos se debería formular un programa de mejoramiento social aplicable a los más necesitados. El mexicano Cámara Barbachano observa, con justicia, que con este criterio se incluiría también dentro del problema indígena a grupos de blancos, negros, mulatos, negroides, etc., en estado de necesidad, complicando aún más el tema central de la cuestión que se trata de estudiar y aislar.

EL INDIO BAJO EL CRITERIO CULTURALISTA

CREEMOS que el criterio culturalista define mejor al "indio" y permite la inclusión de sectores mestizos, indianizados y "blancos" en estado regresivo, considerando como "indio" al descendiente de las altas culturas precolombinas que mantiene su lenguaje, sus costumbres económicas de vida comunitaria; sus vestidos; que no sabe hablar, leer ni escribir el español; que no sabe usar los instrumentos de la técnica y la cultura occidentales, viviendo así de hecho al margen de la vida jurídico-cultural y política de los diversos Estados a que actualmente pertenece.

Sobre este "indio" no identificado con la realidad nacional descansa, sin embargo, la economía de diversos países. Sin él sería imposible el trabajo de las plantaciones, de las carreteras, de las minas, de la agricultura, etc., en países como Guatemala, Bolivia, Perú y Ecuador, entre otros. Si bien su sistema de vida económica tradicional de círculo cerrado—productor de escasos medios económicos, que satisfacen sus elementales necesidades—constituye una rémora en el progreso industrial de sus países, su trabajo es aprovechado con remuneraciones de hambre cuando el indígena es desplazado de su medio rural por el señuelo del salario que le promete el "reenganchador", y va a trabajar a la ciudad, la fábrica, la mina, la plantación, etc., donde un medio social inhabitual le cerca, con una serie de males que desconocía en el campo. Vive entonces en el cinturón de las ciudades, hacinado en viviendas insalubres, mal alimentado, engañado económicamente por un sistema de pulperías, contratos de trabajo no cumplidos, etc., males a los que se agrega el fantasma del alcohol; suma de elementos negativos que hacen del campesino un inadaptable social de su propio medio rural, restando fuerzas a la agricultura y aumentando el número de indios proletarizados.

La organización de propiedad y explotación comunitaria de la tierra que permitió la formación de los imperios azteca, maya e incásico, hoy ha desaparecido casi en su totalidad y sus descendientes viven en condiciones de regresión social y cultural tan acusadas, que de ellos se puede decir sin exagerar que, más que hombres, son seres que vegetan sin esperanza al lado del blanco y el mestizo, quienes, aprovechando su ignorancia y el abandono social en que se encuentran, los utilizan como mano de obra barata y hacen de los mismos fáciles instrumentos de explotación.

La selva ya no tiene la "respuesta" de Toynbee que en otro tiempo le opuso el maya, y la maleza ha invadido la mayor parte de las ciudades autocráticas y el territorio de esta antigua alta cultura. Los sistemas de irrigación, la agricultura escalonada, la socialización de la explotación agrícola (Ayllu entre los incas, Calpulli entre los

mexicanos), han desaparecido prácticamente, y la erosión de las tierras, empobrecidas por falta de abonos y riegos, ha marginado a las comunidades indias hacia las tierras más malas. La comunicación y el comercio entre los núcleos indígenas de los Andes y la costa han sido sustituidos por el transporte de mercancías, que hoy realiza el blanco, aislando así también la unidad nacional de grandes sectores regionales racialmente iguales.

El despojo sistemático de la propiedad de la tierra que ha sufrido el indio le ha convertido en un siervo de la gleba o le ha desplazado hacia los lugares más alejados de la cultura y la economía, esterilizando así su propio trabajo.

La legislación también ha vivido al margen o de "espaldas a la realidad indígena", como bien apunta el profesor López Rey, señalando así el punto neurálgico del problema. Las humanitarias y adecuadas disposiciones de la corona para el trato de los indígenas fueron burladas muchas veces por aquella famosa frase que se hizo popular: "Se obedecen, pero no se cumplen." A pesar de la buena intención de la Encomienda, Mita, Reducción, etc., que debían servir para enseñar la doctrina cristiana y las formas de vida occidental a los indios, en ocasiones fueron empleadas por los "blancos" (peninsulares, criollos y mestizos) para destrozar la organización social y económica de las comunidades, al usar indebidamente las disposiciones que los reyes dictaban desde la metrópoli. La independencia agravó todavía más el problema, pues las disposiciones legales de tipo liberal, carentes del espíritu cristiano de las Leyes de Indias y concretadas en formulaciones abstractas de una defensa feroz de la propiedad individual, lanzaron al indio a una patente semiesclavitud y le despojaron definitivamente de la propiedad de su tierra.

Con la política liberal y el desarrollo de una mentalidad de castas, que se acrecentó en el último siglo, el indio fué apartado cada vez más de la política, la economía y la cultura, que fué detentada exclusivamente por los "blancos". En las ciudades se alzó una clase social directora, que, a pesar del color de su tez, se avergüenza y niega el origen mestizo de su sangre, formando con esta actitud una barrera psicológico-racial, que es la más difícil de vencer.

LOS EXITOS MISIONALES

LA infatigable labor misional, que hizo posible la incorporación de millones de almas a la religión cristiana, cumplió una gran obra civilizadora. Vigiló y cuidó que las disposiciones reales favorables a los indígenas fueran obedecidas, denunciando sin temor a la autoridad real, virreinal, a las Capitanías Generales, Audiencias, etc., el indebido uso de la legislación metropolitana. Los misioneros fueron no sólo vigilantes celosos de las leyes de protección, sino que organizaron directamente las sociedades indígenas, como en el caso del Paraguay, donde establecieron su estado socialista los jesuitas.

En nuestros días, la religión, operando sobre la profunda religiosidad del indígena, quizá sea el mejor puente utilizable para acercarse lealmente a sus problemas y facilitar su educación e incorporación a la realidad político-cultural de sus países. El mejor ejemplo se puede observar en el grandioso esfuerzo de un simple curita aldeano, el padre Salcedo, de Sutatenza (Colombia), que ha conseguido, con unos cuantos aparatos de radio de fabricación casera y la colaboración de unos seminaristas en vacaciones, alfabetizar grandes sectores de la población indígena, elevar su nivel de vida mediante la enseñanza de la utilización de una mejor técnica de cultivos, el adecuado uso de alimentos y vestidos, cuidados sanitarios, etc., hasta tal punto, que la Unesco se ha hecho cargo de sus trabajos, y, bajo su patrocinio, hoy el padre Salcedo puede dirigir una obra que cubre un área internacional de esta nueva forma de asistencia misional.

Son también apreciables los trabajos de la Unesco y sus experimentos de educación masiva con su Centro de Formación de Educación Fundamental de Patzcuaro, para incorporar al indio a la civilización mediante la educación. Los Gobiernos interesados tienen hoy una constante preocupación por ampliar sus planes de educación indígena. Educación que no solamente debe consistir en ambiciones alfabetizadoras, sino de verdadera asistencia social, pues muchas veces la miserable condición del indio se debe tan sólo a que no sabe utilizar bien los pocos productos que obtiene o no sabe modificar su habitación, vestido y costumbres.

En las zonas habitadas por indios de Bolivia, Perú, México, Guatemala, Ecuador, etc., éstos viven en condiciones infrahumanas. Diversas comisiones de especialistas en etnografía, alimentación, higiene, educación, etc., que han visitado y estudiado estas regiones, han revelado ante la conciencia del mundo la gravedad del problema. La habitación del indio andino consiste en casas de barro, techadas con paja y barro, sin ventanas, habitáculos donde cocinan, comen y duermen hacinados hombres, mujeres y niños, en total promiscuidad con animales domésticos. No existe la menor señal de servicios sanitarios, de luz o agua corriente. Los vestidos que usa son incómodos e insuficientes para combatir la inclemencia del clima (es bueno recordar que la mayoría de la población andina vive a más de 2.500 metros de altura, existiendo poblados hasta los 5.800 metros sobre el nivel del mar); la falta de higiene y la pobreza los

inducen a usar la misma ropa hasta que se les cae en jirones, y hacen de sus harapos caldo propicio para toda clase de enfermedades contagiosas.

Los espeluznante índices de morbilidad infantil (más del 50 por 100 en varias regiones), las enfermedades profesionales (neumocosis), el paludismo, la difteria, la gripe, la tos ferina, la tifoidea, paratifoidea, viruela, pteriasis, etc., difundidas en gran escala entre los indios (la mayoría adquiridas por el contacto con el blanco), son un azote constante para estos seres en situación de abandono.

En el medio rural de Hispanoamérica la escasez de atención sanitaria y médica es sobradamente conocida, pero acusada más todavía en las regiones habitadas por indígenas, donde faltan totalmente médicos, farmacias, hospitales, almacenes de alimentos, herramientas, vestidos, etc.

La falta de clero suficiente y, sobre todo, la falta de vocaciones religiosas entre los indios, hace que ni siquiera sus necesidades espirituales y su sincera religiosidad puedan estar atendidas debidamente. La falta de escuelas, granjas agrícolas, pecuarias, etc., supone otros tantos fallos en la atención de las necesidades elementales de la población india.

La alimentación del indígena es deficitaria; son impresionantes los datos recogidos por las misiones dedicadas a este estudio. Regiones enteras de Bolivia, Perú, Guatemala, México, Ecuador, etc., carecen de alimentos básicos y que les permitan cubrir elementales índices de nutrición. Su ignorancia en este orden es tan grande y la falta de asistencia social tan acusada, que no hay nadie que los enseñe a usar frutas, hortalizas, carne fresca, leche, etc.; la alimentación del indio no llega a cubrir ni el 50 por 100 del mínimo de calorías necesarias para vivir. El uso inmoderado de la coca, y el peyote y otros productos adormece su hambre y le produce una falsa euforia, que luego se traduce en un debilitamiento de su organismo y en graves estados de depresión, que se agudizan por el consumo de bebidas alcohólicas y condimentos picantes en sus comidas (guindillas con toda su variada gama de nombres: chile, ají, ulupicas, locotos, etc.).

La suma de todos los elementos negativos y hostiles con los cuales tiene que enfrentarse el indio desde que nace, influye de modo decisivo en su carácter, y se puede comprender mejor el fácil tópico de la tristeza o introversión del mismo si se estudia su medio familiar, económico y telúrico. El niño indio, desde que puede andar, empieza cuidando algunos de los animales domésticos que forman parte de la pobre economía familiar (aves, cerdos, crías de ganado lanar, etc.); luego, y antes de llegar a los diez años, desde la madrugada hasta la noche tiene que hacer de pastor del ganado del patrón o del grupo familiar. En la altiplanicie boliviana, en la sierra peruana o ecuatoriana, el niño indio, a partir de esta edad, ya no conocerá más alegría y juegos que la compañía de los animales a su cuidado en un paisaje desvestido de vegetación, con un clima áspero, y, como en las altas montañas nevadas que rodean un horizonte lejano, una angustiosa soledad se hace palpable en la quena, que traduce en sollozo el desolado escenario natural o en melancólicas notas el lento y majestuoso vuelo de los cóndores.

Para liberarse del excesivo trabajo a que es sometido por el patrón o por su propia familia, el adolescente indígena procura casarse pronto y formar un hogar propio. En busca de los recursos que le permitan una independencia económica, si no logra un pedazo de tierra para cultivar y pagar con su trabajo el alquiler de la misma, emigra a la ciudad o al centro industrial, en donde las más de las veces acaba por convertirse en ese paria de su propia patria: el indio proletariado y desplazado a que nos hemos referido antes.

INCLINACION AL DELITO

SU bajo nivel cultural, su desconocimiento de un medio social y económico—cuando deja el campo—, la mala alimentación, el abuso del alcohol o de estupefacientes, el tabaco y ciertos excitantes, el trabajo en malas condiciones, van minando poco a poco su organismo y su formación moral, y dándole las más de las veces cierta proclividad al delito, especialmente en las llamadas “fiestas religiosas” o “cívicas”, donde, por el abuso del alcohol, suele cometer infracciones a la ley penal en orden a la propiedad y las personas. Entonces un ordenamiento jurídico que desconoce cae inexorable sobre él, llevándole de tribunal en tribunal, de cárcel en cárcel, juzgado por una maquinaria administrativa cuyos resortes ignora, en una lengua que no entiende y que termina arrojándole en una prisión, donde le esperan los trabajos más penosos y el contacto con un medio de vicio y delincuencia, que acabarán la obra negativa de la ley, los tribunales y prisiones, para devolverle después de un ineficaz aislamiento, perdido definitivamente para su familia y su medio social y nacional.

En los países donde predomina la población indígena, el porcentaje de detenidos en prisiones y cárceles es cierto que es mayor que el de blancos o mestizos. Esto no implica una mayor criminalidad del indio; se trata simplemente de que no sabe usar los recursos que la misma ley autoriza o no dispone de los medios sociales o económicos que el blanco y el mestizo usan: por ejemplo, la libertad condicional, libertad bajo fianza, reducción de penas, influencias po-

líticas, familiares, etc. Como la mayoría de los problemas del indigenismo, éste también es un problema cultural y al que se debe buscar el remedio, adecuando la legislación a la realidad nacional de estos países, intentando una ordenación legal que permita la inclusión de la gran masa indígena en su vida jurídico-política, mediante leyes especiales, jurisdicciones agrarias, personal jurídico y administrativo que conozca las lenguas indias y, sobre todo, combatiendo las causas principales que inducen al indígena a la comisión de delitos, y que son el alcoholismo, el uso de estupefacientes y el analfabetismo.

La obra de los Gobiernos en los últimos años está encaminada a resolver estos problemas, habiendo sido grande la influencia de los escritores sobre temas indígenas, inspirados especialmente en la revolución agraria mexicana y con un matiz izquierdista las más de las veces. A principios de siglo la defensa de la propiedad comunitaria en México, Perú, Ecuador, Bolivia, etc., con grandes oscilaciones en sus resultados, ha dejado, sin embargo, un saldo positivo.

En muchos países, medidas de carácter eminentemente revolucionario en la obra de devolver la propiedad de la tierra a los indios, así como la de incorporarlos al quehacer político mediante la participación de la población indígena en tareas aleccionadoras, han suscitado grandes alteraciones y en algunos casos evidentes actos de injusticia, sobre todo en la clase media que se dedicaba a la explotación agrícola; pero el gran fondo de justicia de estas radicales transformaciones, destinadas a concluir con un sistema feudal y latifundista, y que permitirá una mejor distribución de la propiedad y de la riqueza nacionales, es positivamente mayor que los actos depredatorios aislados, a los que la Historia dejará marginados.

Es también conveniente no olvidar que la Iglesia no ha estado ausente en esta tarea de elevar el nivel jurídico-económico de las mayorías indígenas. En Chile, por ejemplo, la huelga de los campesinos de Talca fué defendida por el cardenal Caro en gestiones directas ante el Presidente de la República, para evitar que este movimiento fuera calificado de “comunista”. Monseñor Larrain explicó entonces la actitud de los sindicatos católicos diciendo: “La Iglesia defiende la justicia dondequiera que se encuentre, y todo lo justo que hay en las peticiones de los obreros de los Molinos (origen de la huelga), y hay mucho, ella lo aprueba; la Iglesia no sólo predica una doctrina social, sino que también procura que se ponga en práctica.”

El arzobispo de Guatemala, después de la caída del régimen de Arbenz, en una pastoral dirigida a los nuevos gobernantes, les decía: “No habéis expulsado a los comunistas de Guatemala para regatear el derecho de los trabajadores, ni menos para quitarles el derecho natural que tienen a la tierra que trabajan, ni para despojarlos de sus conquistas sociales justas; para derrotar al comunismo falta aún la batalla decisiva, la batalla por la justicia social distributiva...”

Este lenguaje de renovación en el tiempo que hoy utiliza la Iglesia para defender a los campesinos de Hispanoamérica es el mismo que durante siglos han propugnado y llevado a la práctica los misioneros. Donde el comunismo plantó su emblema de odio, había una cruz que agrupaba a todos los hombres de las poblaciones y el campo en América; es, pues, la principal tarea actual del quehacer hispánico restablecer por el camino de Jesucristo una unidad desgajada. Para ello tienen que unificarse esfuerzos en el campo de la educación social y romper con los absurdos prejuicios de raza y cultura que hoy marginan y diferencian a hermanos de una sola nación. Por la educación, el trabajo de las escuelas indígenas, los esfuerzos de la Unesco con nuevos métodos, como los antes citados del padre Salcedo, así como la mayor participación en la vida política de los indios en países con población indígena, como se lleva a cabo hoy en Bolivia con la reforma agraria y electoral, se habrán conseguido grandes progresos, que pueden traducirse en no lejano plazo en un mayor entendimiento y en un nuevo cruce de sangre entre los que se llaman “blancos” y los indios.

EL INSTITUTO JURIDICO DEL INDIO

EN el convencimiento de servir a estos principios, la delegación boliviana al Primer Congreso Hispano-luso-filipino-americano de Derecho Penal y Penitenciario, celebrado en Madrid en julio de 1952, presentó una ponencia, que fué aprobada por unanimidad, en la que se señalaba como tema “central y permanente” de todas las futuras reuniones del Congreso y del Instituto allí creado el problema del indigenismo y la necesidad de unificar esfuerzos en la búsqueda de soluciones. Asimismo, la necesidad de crear un organismo autónomo que se ocupara de estudiar la realidad social, cultural, económica y religiosa de las poblaciones indígenas de Hispanoamérica.

En el II Congreso, reunido en Sao Paulo en enero de 1955, se leyeron las respuestas a la encuesta preparada por el Instituto Penal y Penitenciario (H. L. F. A.) sobre la actual situación del indio en América, que circuló entre todos los Estados interesados, delegados, universidades, especialistas, centros especializados, etc., debidamente ordenadas por el incansable impulsor de estos trabajos, el excelentísimo señor doctor don Federico (Pasa a la página 54.)

La palabra, la imagen, la letra...

TEATRO

«FUERA ES DE NOCHE», de Luis Escobar, en el teatro Recoletos.

Tanto la calidad del drama «Fuera es de noche» como la personalidad de su autor, Luis Escobar, ofrecen incitaciones más que suficientes para dedicarles íntegramente el espacio que MVNDO HISPANICO destina al suceso más destacado del mes. Sin embargo, la circunstancia de que la citada pieza se haya estrenado en un nuevo teatro madrileño y el hecho de que el local con ella inaugurado revista peculiaridades inéditas en Madrid, justifican unas líneas previas sobre el mismo.

Carmen Troitiño y Manuel Benítez, directores del Teatro Club Recoletos, han dotado a Madrid con este local del primer «teatro de bolsillo» con que cuenta la capital de España. A un aforo de solamente doscientas ochenta y una localidades corresponde un escenario de dimensiones normales, y tanto la concepción general del pequeño teatro como sus detalles ornamentales han sido resueltos con evidente buen gusto. En un tiempo en que las grandes masas desertan—al parecer, de manera definitiva—del teatro, y éste ve considerablemente reducida su área, la creación de «teatros de bolsillo» puede constituir una inteligente acomodación a la actual coyuntura, y, en cualquier caso, la arriesgada aventura a que se han lanzado Carmen Troitiño y Manuel Benítez, con el solo bagaje de su desmedido amor al teatro, los hace acreedores a nuestra felicitación y nuestro agradecimiento.

Luis Escobar ha sido durante trece años director del Teatro Nacional María Guerrero, y durante este lapso trajo a España las gallinas de la moderna regiduría escénica con montajes que han quedado en la memoria de todos como ejemplares: «Nuestra ciudad», «El anticuario», «Los endemoniados» y tantas otras. Ahora se presenta al público español como autor, y, a juzgar por «Fuera es de noche», en nada desdice esta su nueva faceta de la anterior.

«Fuera es de noche» constituye acaso la primera pieza del actual teatro español que de una manera absoluta puede considerarse dentro de las modernas tendencias del teatro religioso. Con ello queda dicho que no se trata de una obra de buenos y malos con triunfo final de los primeros y castigo de los otros, ni acaece en ella milagro alguno. No. Se trata de un drama en el que el Bien y el Mal riñen su batalla, pero no personificados en determinados seres, sino sometiendo en ocasiones a un mismo ser a su doble y dispar influjo. Dentro del actual teatro religioso, es frecuente que los autores se valgan de la descarnada presentación del pecado y sus últimas consecuencias para lograr la finalidad catártica a que su obra aspira. Así lo ha hecho Luis Escobar, planteando muy hábilmente la acción en una zona suburbial, donde todo género de pasiones humanas se manifiestan casi totalmente exentas de hipocresía o enmáscaramiento. El ritmo dramático y la descripción de los tipos son impecables. Quizá de lo único que adolece la obra—y no sé hasta qué punto el defecto es grave—es de convencionalismo; convencionalismo en el lenguaje, impropio de la condición de algunos de los personajes que lo emplean, y convencionalismo también en los pretextos utilizados para hacer entrar y salir a los personajes según conviniera a la acción, por no haberse cuidado el autor de justificarlos debidamente.

De la interpretación dada a «Fuera es de noche» por la compañía titular del Teatro Club Recoletos hay que decir antes que nada, porque es de justicia, que supera en bastante a las mejores que hemos podido ver desde hace mucho tiempo. No cabe hacer distinciones: Enrique Diosdado, Carmen Seco, Mari Carrillo, Cándida Losada, Julio Núñez, Luisa Rodrigo, Rafael Bardem y Josefina Robeda están dando desde el escenario del Recoletos una lección, tanto individual como de conjunto, de arte interpretativo. Manuel Benítez ha dirigido con general acierto y muy cuidadoso celo la obra.

CINE

ALESSANDRO BLASETTI EN ESPAÑA.

Se encuentra actualmente en Madrid uno de los más importantes directores cinematográficos: Alessandro Blasetti. Y no, ciertamente, como mero turista, sino en calidad de director. Blasetti realiza en estos días en Madrid una película, en régimen de coproducción, cuyo título es «Salvemos el paisaje».

No es en modo alguno aventurado suponer que la presencia en España de Blasetti—su presencia activa—ha de resultar en muchos aspectos beneficiosa para nuestro cine. Y, desde luego, aleccionadora. Precisamente figuras como la del realizador de «1860», «Cuatro pasos por las nubes», «El sol», «Primera comunión» y un largo y valioso etcétera, justifican el sistema de coproducción, de tan deplorables consecuencias cuando en él se utilizan los servicios de mediocridades más o menos renombradas. Desde «El sol»—realizada en 1928, e incipiente expresión de la tendencia neorrealista, a la que años después dotaría de muy concretas peculiaridades el propio Blasetti en «Cuatro pasos por las nubes»—hasta «Nuestro tiempo» y «La Morsa», la aportación de valores inéditos al

arte cinematográfico del gran director italiano ha sido incesante. Y no sólo en lo que concierne a la práctica, sino también en la teoría, según ha probado una vez más en la breve e importante disertación pronunciada con motivo del homenaje que le ha tributado el Cine Club de la «Revista Internacional del Cine», en el curso de la cual Alessandro Blasetti ratificó su conocida postura respecto a los cometidos del escritor y del realizador en el cine, postura cuyos principios esenciales conviene destacar una vez más, para ejemplo y enseñanza de muchos profesionales.

Según Blasetti, es cierto que el cine ha entrado en su mayoría de edad en el instante en que la función del director comienza a gozar de autoridad y autonomía, pero también es cierto que el cine sólo puede entenderse como arte de colaboración, siendo inadmisibles en él los individualismos si no los justifica la genialidad (caso Chaplin). El realizador supone la inteligencia coordinadora que ha de dar forma a la materia que otro—el guionista—le da, y la labor de uno y otro responde a dos fases distintas de creación y entraña condiciones diversas y complementarias.

«Salvemos el paisaje» será, sin duda, una gran película. No en vano su director es Alessandro Blasetti, afortunado creador del neorrealismo, movimiento que en certera síntesis definió Marcel l'Herbier como «la revolución de la verdad».

JUAN EMILIO ARAGONES

LIBROS ABIERTOS

LAS MUJERES DE LOS CONQUISTADORES (La mujer española en los comienzos de la colonización americana), por Nancy O'Sullivan Beare.—Compañía Bibliográfica Española.—Madrid.—384 páginas.

La autora de este libro, profesora de Historia en San Francisco de California, ha llevado a cabo una empresa realmente necesaria, cuyos frutos han de verse pronto, por lo que el libro puede traer, además de su contenido de iniciativa, a nuevos

estudios sobre el tema. Es verdad que los historiadores de la Conquista no habían dado jamás importancia a la mujer. ¿No hubo más mujeres en la importante historia de los hombres que los tres o cuatro nombres tópicos y legendarios, donde la fantasía puso mucho más que el documento? Tenía que ser una escritora con el conocimiento y el caudal erudito de Nancy O'Sullivan quien cubriera esta falta. El libro ha sido escrito con una gracia y una amenidad poco frecuentes, y se han separado del texto unos importantes apéndices documentales, que se incluyen como suplemento del mismo y que constituyen una espléndida orientación para el estudioso.

DISCURSOS del excelentísimo señor don Joaquín Buxó de Abaigar, marqués de Castell-Florite, presidente de la Diputación Provincial de Barcelona.—Publicaciones de la Sección de Prensa de la Diputación Provincial de Barcelona.—Barcelona, 1956.—322 páginas.

No siempre la prosa oratoria resiste la prueba de la publicación. Textos preparados para la atención inmediata y entusiasta de un auditorio determinado, la mayor parte de las veces caótico y no especializado, tienen frecuentemente las exigencias que la vulgarización impone y no encuentran, al pasar a la letra impresa, suficiente consistencia o valor literario, que justifique su permanencia. Pero no ocurre así con este libro del marqués de Castell-Florite, que constituye una serie de capítulos interesantísimos, producto de la labor de un hombre de gran cultura y de claro dominio expositivo de los más variados temas. En cuatro partes ha agrupado sus discursos: Temas morales. Temas político-sociales, Temas culturales y Miscelánea, y en cada uno de los apartados el más exigente lector podrá encontrar unas páginas maestras y que tocan los más interesantes problemas contemporáneos. El libro está prologado por don Esteban Bilbao.

ORIENTACION POLITICA FEMENINA, por Matilde González Ramos. Colombia, 1956.—278 páginas.

La autora de este libro asistió en España al Primer Congreso de Cooperación Económica Iberoamericano, celebrado en 1953, y la síntesis ideológica de sus textos fué ya expuesta en una ponencia de sumo interés presentada al Congreso. Este y otros estudios de la autora, después de una dilatada labor, encaminada

siempre a valorizar la situación social de la mujer, han visto la luz en importantes revistas hispanoamericanas. Hoy, en una forma regular y orgánica, nos presenta este libro, donde se levantan a un plano de máxima actualidad problemas humanos y se obliga a la mujer a tomar conciencia de su importantísimo papel para la concordia entre los hombres a través de los pueblos y de las instituciones.

J. G.-N.



DE ESCULTURA E IMAGINERÍA

ELOGIO DE LA MAESTRIA

Por ENRIQUE PEREZ COMENDADOR



EL ilustre escultor español Enrique Pérez Comendador nació en Hervás, provincia de Cáceres, y desde los siete años vivió en Sevilla, donde fué discípulo de Joaquín Bilbao y de la Escuela de Bellas Artes. Fué pensionado en su juventud por el Ayuntamiento de Sevilla y la Diputación Provincial de Cáceres, y de 1934 a 1939 lo fué en la Academia Española de Bellas Artes de Roma. Desde 1941 es catedrático de Modelado del natural y Composición escultórica en la Escuela de Bellas Artes de Madrid. El día 20 de enero pasado leyó su discurso de ingreso en la Real Academia de Bellas Artes de San Fernando.

PARA esculpir hay que luchar con la materia, vencerla con el entendimiento y con el oficio, y esta lucha todos sabemos que supone siempre tiempo, esfuerzo, sacrificio. La victoria es la maestría. La mente bulle; la maestría reflexiona, imagina, entrevé, cuanto más claramente mejor, la idea; anótala sirviéndose del dibujo, base y fundamento de la plástica, parte del oficio, y con el barro en las manos hace la idea tangible, sitúala en el espacio.

La maestría plasma esta idea, la presencia que *in mente* se ha formado con la abstracción plástica que de la misma se hace, o sea, con el juego armónico de las masas y del espacio que contiene y envuelve el bloque; con el justo balanceo de las mismas, las proporciones nobles, la situación, dirección, longitud y anchura o volumen de las formas y de cuantos elementos componen el bulto redondo; con la agrupa-





Poderosa cabeza del monumento a Vasco Núñez de Balboa, en la Ciudad Universitaria de Madrid.



En la Diputación Provincial de la española Cáceres se encuentra esta soberbia escultura de Pizarro.



En Badajoz está este maravilloso Hernán Cortés. Y en Chile, en Concepción, este Pedro de Valdivia.



Abajo: Pérez Comendador hizo para Santa María de Cáceres este monumental San Pedro de Alcántara.

La excelente pintora Magdalena Leroux de Pérez Comendador es la compañera ideal del escultor.



ción racional de unos y otros. Y en este juego, en la armónica composición entran desde la falange de un dedo que se pliega o abre hasta el punto exacto que a la totalidad conviene, o un mechón de cabellos que zigzaguea y huye, hasta el entrante o saliente con el que se establece el juego de luz y de sombras. De modo que, bien entendido, en esta abstracción plástica, en esta ordenación de los elementos que componen e integran la obra, está el fundamento de la misma.

La maestría ama el temple y la fortaleza; no quiere repetir ni repetirse, trata en cada obra de remontarse a los orígenes, de repensar las cosas, de verlas con sus propios ojos.

Y cuando la escultura está esbozada, desbastada, la maestría la considera una vez y otra desde cada ángulo y en su conjunto; señala, indica, dónde hay que corregir, ahondar o quitar, dar más relieve a la forma. Y mazo en la diestra, hierro en la siniestra, se concentra, ora y ataca la materia. Su tensión es constante. La inquietud y el gozo se intensifican paulatinamente: trabaja a un tiempo el corazón (sentimiento religioso y estético), la mente (ordenación clara y aplicación del saber y de la experiencia) y las manos (destreza para ejecutar fielmente los dictados mentales y cordiales).

La maestría ataca día a día, semanas, meses, la materia; mas a veces, pese al sentimiento, al saber y a la destreza, la expresión entrevista, la forma soñada, se resiste; lo que va surgiendo no es aquello; la inquietud se hace angustia, sufrimiento, y en ocasiones, cuando la obsesión es mayor y la vigilia no permite sosiego, vuélvese junto a la criatura en génesis, ataca de nuevo y, ¡oh dolor y goce del alumbramiento!, la materia resistente, domada, se rinde, y las formas van ajustándose a la vehemencia creadora. Así, se da la paradoja de que cuando las cosas parece que no salen, cuando el espíritu, angustiado y anhelante, pena insatisfecho, es cuando mejor salen. A la inversa, cuando todo va fácilmente, y la maestría, flaca, se satisface demasiado de su habilidad y suficiencia, percátase, andando el tiempo, de que aquello no salió.

No; en escultura no se logra nada que valga o que se nos imponga sin esfuerzo, sin amorosa fatiga, sin tensión espiritual, sin alzar el vuelo.

Sin embargo, la maestría, (Pasa a la pág. 52.)

LINKER PRINCIPE, 4 - MADRID
TELEFONO 31 35 13

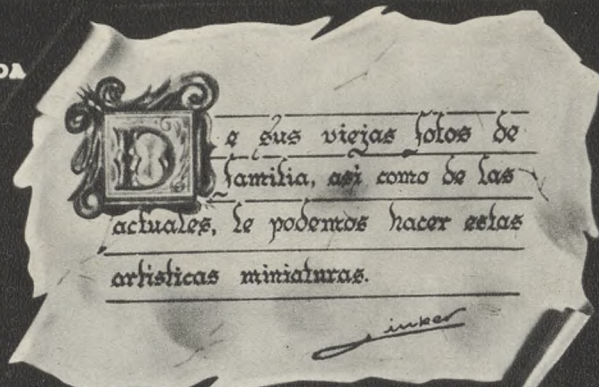
RETRATOS AL OLEO
ID. AL PASTEL
MINIATURAS
SOBRE MARFIL
MINIATURAS
CLASE ESPECIAL
DIBUJOS DE CUALQUIER
FOTOGRAFIA



MINIATURA TERMINADA
DE 80 x 100 mm.



ORIGINAL



MINIATURA TERMINADA
de 58 x 73 mm.



ORIGINAL

MINIATURES
PORTRAITS IN OIL
PASTEL
CRAYON
FROM ANY PHOTO

CONSULTENOS PRECIOS Y CONDICIONES
PREVIO ENVIO DE ORIGINALES

CONSORCIO NACIONAL ALMADRABERO, S. A.

FABRICACION DE
ATUN EN ACEITE DE OLIVA
SALAZONES DE ATUN
ACEITES VITAMINICOS
HARINAS DE PESCADO

BARBATE
SANCTI - PETRI
(CADIZ)

FACTORIAS EN

ISLA CRISTINA
AYAMONTE
(HUELVA)

DOMICILIO SOCIAL Y OFICINA CENTRAL:
AMADOR DE LOS RIOS, 6 · MADRID (España)

**NUESTRA ATENCION
Y AMABILIDAD**

*Son dos de las razones
por las que
nuestros pasajeros
recomiendan*

KLM

KLM
REAL CIA HOLANDESA
DE AVIACION

UNE 118 CIUDADES DEL MUNDO

Informes y pasajes en todas las Agencias de
Viajes y en KLM:

MADRID José Antonio, 59 Tel. 47 81 00

BARCELONA Paseo de Gracia, 1 Tels. 31 37 74 - 31 16 42

PALMA DE MALLORCA Pelaires, 109 Tel. 69 69

MARCELINO EN EL JAPON



Una de las características de «Marcelino Pan y Vino» en el Japón ha sido la atracción de familias enteras, que formaban gustosa y pacientemente en cola ante las taquillas del teatro Tokyo, donde se estrenó.

TAMBIEN ALLI LOS AYUDA A SER MEJORES

Por ENRIQUE RUIZ AYUCAR

El día 15 del pasado enero, *Marcelino Pan y Vino* apareció por vez primera en las pantallas japonesas. «Película española —decía Motion Pictures— que por todos sus aspectos será tema de conversación y comentarios.»

Hace unos cuantos años, cuando *La canción*

de Bernardeta empezó a proyectarse en los cines japoneses, la crítica se abría con estas palabras: «Película ininteligible para quien no sea católico.» Otra película de tema religioso, *Quo Vadis?*, fué objeto también de acerbas censuras. La película francesa *San Vicente de Paúl* no gustó. Y la americana *El mila-*

Nuestro colaborador el reverendo padre Enrique Ruiz Ayúcar, S. J., nos envía desde el Japón este interesante artículo sobre el éxito alcanzado allí por la película española «Marcelino Pan y Vino». Por los comentarios de los críticos cinematográficos japoneses que el padre Ayúcar transcribe en este trabajo, parece haberse cumplido en el Japón el ambicioso lema de esta magnífica cinta: «Marcelino Pan y Vino te ayudará a ser mejor.»

«Marcelino Pan y Vino» ha sido objeto de miles de artículos elogiosos a través de revistas y diarios de todo el mundo. Abajo vemos a la estrella del cine japonés Kaoru Yachigusa con Pablito Calvo en Cannes.



El extraordinario éxito de «Marcelino Pan y Vino» en el Japón lo dicen las 77.000 personas que acudieron a la exhibición de la cinta durante las dos primeras semanas de su proyección en el teatro Tokyo.

Ante el teatro Tokyo se alza Marcelino, que dió la mayor taquilla en la historia de esta sala.

gro de Fátima llegó al Japón y tuvo que ser devuelta a su país de origen sin haber sido exhibida ni en un solo cine.

«*Marcelino Pan y Vino*—leemos en el gran diario de Tokio *Asahi*—es la primera película religiosa que ha triunfado plenamente entre el público japonés.»

Esta singular resonancia de la película española en el alma japonesa ha constituido por nuestra parte el objeto de un estudio, del cual ofrecemos hoy un extracto a los lectores de *MYNDO HISPÁNICO*.

La base de nuestro trabajo ha sido la multitud de artículos y comentarios aparecidos en periódicos y revistas en los últimos meses y las cartas de contestación a la encuesta que los alumnos de español de la Universidad Sofía de Tokio repartieron entre los espectadores durante los días de estreno de la película en el teatro Tokyo.

INTERES DE LA PELICULA

Kenji Takahashi, profesor de Literatura alemana, escribe en el *Asahi*: «Los que dicen que las películas que no son eróticas no son interesantes, deberían ir a ver ésta. Por lo que a mí toca, puedo decir que es la película más interesante de cuantas he visto hasta ahora.»

IMPRESIONES GENERALES

La de «un bellissimo cuento humano» (Hisamitsu Noguchi); la de «una diáfana poesía bajo el cielo azul del mediodía de Europa» (*Shukan Tokio*). «Ya en la romería que sube al convento se siente algo místico... España, tierra ardiente, seca, que hizo nacer el misticismo» (*Eiga Geijutsu*).

En la encuesta leemos: «Al ver esta película me sentí como trasladado a un mundo de ensueños», «Sentimientos de diáfana belleza...», y asombro de que se puedan hacer cosas tan bellas en este mundo». Otro expresa así la impresión que le dejó la película: «Como

bocanada de brisa en los pulmones, después de la pesadez de un día en el ambiente cargado de la oficina.»

EL NIÑO

El pequeño protagonista español ha cautivado al público japonés:

«Niño sin artificio, una auténtica realidad viviendo en la pantalla» (*Eiga no Tomo*). «Cómo ha logrado Vajda usar este niño con tanta naturalidad, para mí es un misterio» (*Eiga Geijutsu*).

Y en la encuesta escribe uno: «Es tal la naturalidad de su actuación, que Pablito y Marcelino se han fundido en un solo niño.» Y otro confiesa que quedó tan embelesado por el candor de la criatura, que «no tuve tiempo para fijarme en sus valores cinematográficos».

Profunda impresión ha producido especialmente el rostro del pequeño actor. «La cara de un niño que emociona» es el título con que encabeza su artículo *Shukan Asahi*... «Aquellos hermosos ojos negros de la raza latina» (Omori Kazuko)... «aquel brillo de candorosa inocencia que conmueve el corazón del espectador»... «aquellas expresiones, imposibles de olvidar, cuando habla con el Cristo en el desván» (encuesta).

La estrella de cine japonesa Kaoru Yachigusa, que le conoció en Cannes, titula su artículo: «Mi amigo Pablito», y escribe que el Marcelino de esta película permanecerá para siempre imborrable en su recuerdo.

«Es no sólo su belleza e inocencia—escribe el crítico cinematográfico Hideo Tsumura—; es también un cierto atractivo divino. Decir que un soplo de Dios se ha posado en su rostro, no son palabras excesivas... Nosotros los críticos, que todo lo criticamos, ante lo extraordinario de este niño, no tenemos nada que decir... La realidad entra por los ojos... Su arte no es arte, es naturaleza. Como cuando contemplamos una rosa, ante la belleza natural que encierra, la crítica se paraliza. Así también aquí ahora. Este niño de seis años es eso: la belleza de una rosa.»

EL MUNDO EN TORNO A MARCELINO

«La humorística pureza y sencillez de la vida monacal—escribe *Star Graph*—, tan frecuentemente descrita en la literatura y cine extranjeros, en esta película, como tema, resulta algo delicioso, al mismo tiempo que eleva y purifica el corazón de los que vivimos en medio del mundo. La vida diaria de los monjes nos hace pensar en el verdadero origen y fin de la vida humana y despierta en nosotros ansias de algo mejor... Es muy posible que ustedes, impresionados por esta película, sientan de repente deseos de pelar por sí mismos las patatas y hacerse la sopa...»

Interminable sería aducir las citas ponderando la magnífica fotografía..., los juegos de luces..., la armonía entre el cuento, la casa y el paisaje..., la interpretación de los demás actores («caras, por otra parte, poco familiares al público japonés»)... Y la música..., sobre todo aquella canción «Marcelino, Marcelino...», que ha repercutido tan hondamente en la fina sensibilidad japonesa.

EMOCION

Un japonés que trabajaba conmigo me dijo un día, mientras leíamos las últimas cartas recibidas sobre *Marcelino*:

—Padre, esta película está conmoviendo el corazón del Japón.

Confieso que yo mismo muchas veces me conmoví con lo que leía. El material es riquísimo, pero la naturaleza de este artículo nos obliga a una corta selección.

«Hasta ahora—dice el comentarista del *Shukan Yomiuri*—no existe film con el que haya sentido una emoción tan profunda.»

«La película conmovió mi corazón de tal forma—dice otro articulista—, que aun ahora, varios días después, perdura en mí vivo su recuerdo. Apenas he visto películas españolas; por eso fué para mí (Pasa a la pág. 53.)



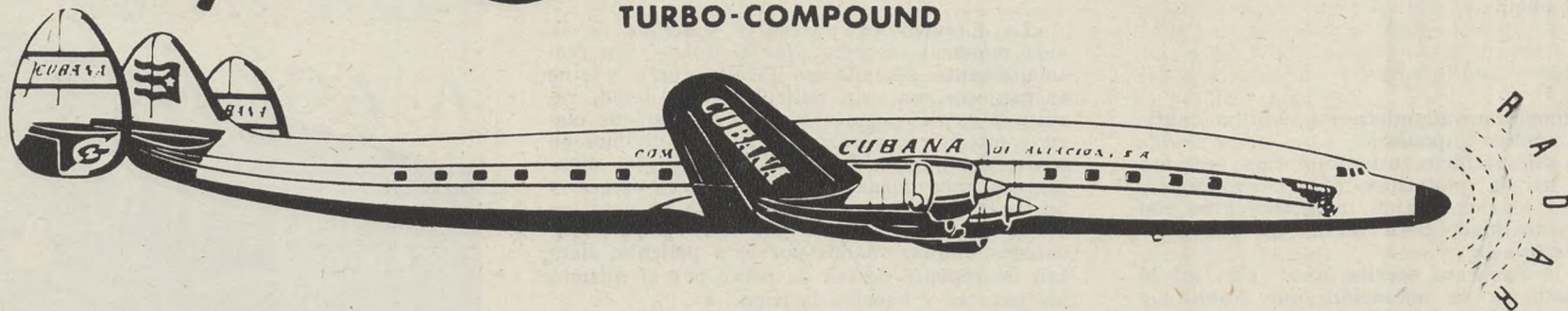
A La Habana y México por *CUBANA*



Ahora más cerca que nunca con los rápidos y lujosos

Super G Constellations

TURBO-COMPOUND



CUBANA DE AVIACION une así aún más los mundos hispánicos.

ESPAÑA, CUBA y MEXICO estarán más juntas con estas "alas cubanas", en que se combina felizmente la velocidad, el lujo y el confort logrado por los diseñadores del más moderno avión construido hasta hoy.

Dotados ahora de modernísimos equipos de Radar, los aviones de CUBANA pueden maniobrar convenientemente para desviarse de cualquier zona tempestuosa, disfrutando así de buen tiempo durante todo el vuelo.

¡El placer de viajar le espera a bordo de un Super G. Constellation de CUBANA!

Pida informes a su Agente de Pasajes o
a las oficinas de CUBANA de AVIACION:
Plaza de las Cortes, 4 - Teléfono 22-46-45 - Madrid



CUBANA DE AVIACION, S.A.



El ferrocarril directo Madrid-Galicia tuvo que luchar con la geografía española. Este es el puente más importante de los construidos: el de Martín Gil, sobre el Esla.

GALICIA TIENE YA FERROCARRIL DIRECTO A MADRID

El viaje de Vigo a la capital de España ha sido acortado en 165 kilómetros

HACE cerca de un siglo que existía el proyecto de unir Galicia y Madrid por un ferrocarril que evitara el desplazamiento por

Palencia y León, ruta obligada y retorcida. Una comisión de ingenieros fué encargada entonces de estudiar las posibilidades ferroviarias que

uniesen el centro de España con Galicia, comisión que redactó un informe donde, entre otras cosas, se manifestaba que no era necesario que

la línea partiese de Madrid, y que muy bien podría iniciarse en Medina del Campo, para dirigirse, por Zamora, a Orense, donde se bifurcaría para Vigo y La Coruña. Así nació el llamado «ferrocarril central» de Galicia. El proyecto quedó arrinconado y pasó el tiempo hasta 1926, fecha en que desempeñaba la cartera de Obras Públicas el conde de Guadalhorce, ilustre ingeniero, constructor del ferrocarril subterráneo de Buenos Aires. El conde de Guadalhorce ordenó la urgente construcción por el Estado del ferrocarril Zamora a La Coruña por Orense y Santia-

Reducción de distancias en la línea Madrid-Galicia

	A La Coruña		A Vigo		A Pontevedra		A Santiago		A Orense	
	Por León	Por Zamora-Orense	Por León	Por Zamora-Orense	Por León	Por Zamora-Orense	Por León	Por Zamora-Orense	Por León	Por Zamora-Orense
De Madrid	837	738	830	665	837	673	912	664	698	533
» Salamanca	708	520	780	447	708	455	783	446	568	315
» Zamora	727	454	713	381	727	389	796	380	581	249
» Valladolid	595	586	587	513	595	521	670	512	455	381
» Medina del Campo...	637	544	629	471	637	479	712	470	497	339

VUELE POR

"EL
Colombiano"

EN SUS LUJOSOS, MODERNOS Y
CONFORTABLES

Super G Constellation

Todos los VIERNES *directo a*

COLOMBIA Y TODA AMERICA

Ahora

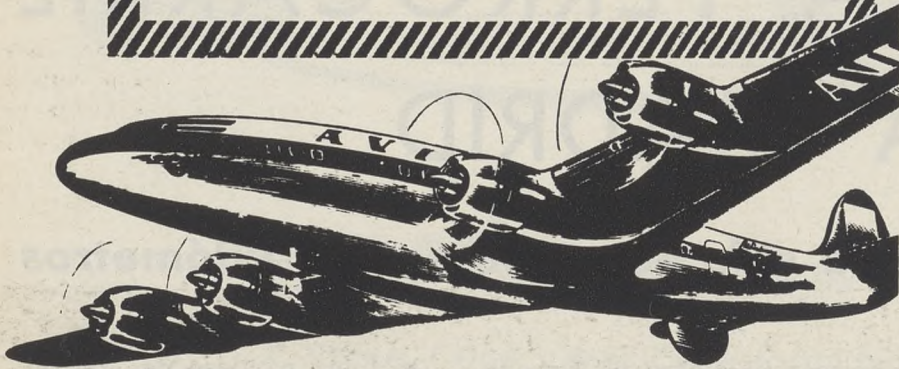
VIA

PUERTO RICO

Conexiones inmediatas para *Caracas*
Ciudad Trujillo, Quito, Lima, Panamá
Centroamérica



ANIVERSARIO



AVIANCA

AEROVIAS NACIONALES DE COLOMBIA
LA EMPRESA DE AVIACION MAS ANTIGUA DE AMERICA

Para más detalles, consulte a su AGENCIA DE ADUANAS,
o bien a nuestros Agentes Generales:

PAN AMERICAN

Madrid: Edificio España, Pl. España - Tel. 47 14 03
Barcelona: Mallorca, 250 - Tel. 37 00 03

go de Compostela, y al año siguiente, el 26 de junio de 1927, comenzaron las obras. Las vicisitudes de éstas siguieron el ritmo de la historia de España y estuvieron sujetas a las alternativas políticas. Las obras discurrieron lentamente, paralizadas en ocasiones, y siempre con una desgana incomprensible para una construcción que debía beneficiar a todos, tanto al tránsito turístico de esta hermosa región como a los imperativos económicos propios de un acortamiento de distancias. Fué a los dos años de terminada la guerra de Liberación cuando el Gobierno afrontó de nuevo el problema del ferrocarril central de Galicia, inyectándole tal ímpetu, que en un plazo de diecisiete años las obras han quedado formalmente terminadas, ya que sólo queda por cubrir el pequeño trozo de Carballino a Santiago.

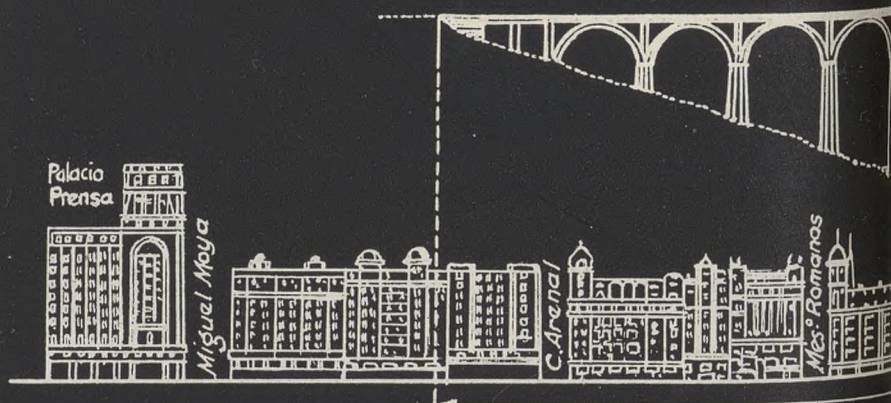
El acortamiento de distancias es verdaderamente trascendente. De Madrid a La Coruña había hasta ahora en ferrocarril 837 kilómetros, que han quedado reducidos a 738. Otro tanto ocurre con Santiago, cuya distancia pasa de 912 a 664. De todo ello se deduce que, en horas, Madrid se ha acercado a Galicia, o viceversa, cerca de cinco, lo que significa un gran aliento para quienes, usuarios de esta vía, padecían aproximadamente veinte horas desde que salían de Madrid hasta que llegaban al dulce paisaje gallego.

Técnicamente, la realización de la línea ferroviaria ha sido un alarde de maestría, y en la construcción se ha empleado importante cantidad de materiales. Con los metros cúbicos de sillería y mampostería empleados, 1.409.000, podría cerrarse la provincia de Madrid con un muro de cinco metros de al-

tura y medio de espesor. Así como la longitud de los túneles sumarían la distancia de Madrid a Segovia, o sea, unos 75 kilómetros. El hormigón —692.000 metros cúbicos— sería suficiente para construir un macizo tan grande como el Palacio Real. Las dificultades han sido de todos los órdenes, pues la geografía complicada ha obligado a salvar montañas, ríos, etc., con sus correspondientes dificultades. De los puentes construidos el más importante ha sido el de Martín Gil, sobre el Esla, viaducto que en el momento de su construcción fué el más grande de Europa y cuya alzada es en 30 metros superior al edificio de la Telefónica de Madrid, de 70 metros. Por todo ello, las obra realzan la pericia de los ingenieros españoles, considerados entre los primeros especialistas del mundo.

Para la economía de Galicia la nueva vía de comunicación representa un beneficio incalculable. La distancia existente anteriormente privaba de un comercio interesante y dirigía hacia otras zonas la producción gallega. Así como la región zamorana estaba virtualmente incomunicada, mientras la de Palencia y León pechaban con un excesivo recargo. El nuevo ferrocarril tiende a subsanar estas deficiencias y a dirigir por cauces naturales los intereses regionales. Otro aspecto que debe resaltarse es el relativo al turismo. Galicia es una región privilegiada en este sentido. Sus riquezas naturales y artísticas atraen a los visitantes españoles y extranjeros, pero las dificultades de desplazamiento, en primer lugar la excesiva distancia, retraían al turismo. El ferrocarril de que tratamos salva también esta anomalía y el acortamiento de las distancias llevará im-

SUPERPOSICIÓN IDEAL DEL VIADUCTO





plícito un aumento considerable del turismo a esa región, que así deja de ser la cenicienta de España para incorporarse al auge general de la nación. Santiago de Compostela y tantas otras ciudades cargadas de historia, piedras cruciales de la civilización cristiana, caen por obra de

este ferrocarril en la órbita del turismo, con la correspondiente revalorización.

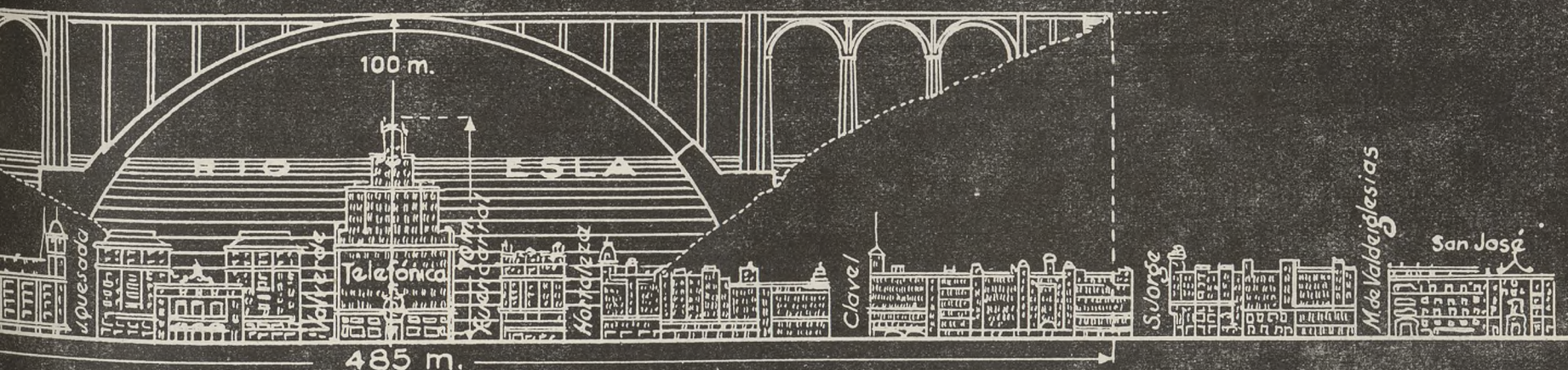
Así, pues, Galicia ha recibido un impacto positivo en su desenvolvimiento. La vieja aspiración gallega se ha hecho realidad, y en la época en que el tiempo se ha enredado en el rancio apotegma sajón

—«el tiempo es oro»—, ha ganado una batalla de cinco horas en su anhelo de acercarse a la capital y al centro del país. En todos los aspectos ha sido un notable éxito, que redundará con un aumento de la vitalidad de esta noble región española. El proyecto de una nueva carretera, en vía

de estudio, que acorta la distancia en cerca de 100 kilómetros entre Madrid y Galicia, sería el colofón que pondría a esta zona en un plano preferente, o al menos equivalente con las otras rutas del turismo, y beneficiaría la economía nacional.

J. M. G.

MARTIN GIL SOBRE EL RÍO ESLA, Y LA AVENIDA DE JOSE ANTONIO DE MADRID.



Un "Museo Goya" en Francia

(Viene de la pág. 33.) como en un santuario. Una primera sala contiene la serie completa de los 80 aguafuertes de *Los caprichos*, en la segunda tirada de Loys Delteil, obtenida con los cobres en buen estado, y buen número de *Los desastres de la guerra*. Alucinante introducción para la vasta y profunda «Sala de Goya» propiamente dicha, cuyo fondo se llena enteramente, en una estudiada perspectiva, con el enorme lienzo de *La Junta de Filipinas*. Esta tela mide 3,67 x 4,25, y es la obra más grande que Goya pintó. *La familia de Carlos IV*, en el Museo del Prado, no mide más que 2,80 x 3,36.

Alguien ha dicho que *La Junta de Filipinas* es una caricatura de la *Santa Cena* de Leonardo de Vinci. En el fondo de un vasto salón oscuro, detrás de una mesa cubierta de paño, Fernando VII se sienta con antipático ademán. Sus ministros están a ambos lados, con caras de aburrimiento o de sueño. Delante de todos ellos, dos grupos de asistentes a la Junta adoptan las posturas más vulgares e incluso irrespetuosas. Algunos miran al techo distraídos; otros dormitan descaradamente; varios cuchichean y sonríen entre sí. No parece que nadie en esta Junta se preocupe demasiado de los asuntos que se debaten ni de la presencia del monarca. La escasa luz que entra por un balcón lateral contribuye a crear una atmósfera de siesta burocrática. En este cuadro genial, como en tantos otros, Goya demostró que se podía ser en España pintor de la Corte sin adular lo más mínimo, antes al contrario, tanto a los cortesanos como a las personas reales.

Junto a esta pieza única, que fué comprada en Barcelona, en 1882, al precio de 35.000 reales, por el pintor castresano Marcel Bruguiboul, y donada diez años después a este museo, se encuentran otros tres Goyas de primer orden: el retrato de don Matías Allué, administrador de las obras del Pilar de Zaragoza, que se supone pintado en 1780; el autorretrato llamado *Goya con gafas*, que suele fecharse hacia 1792, y el retrato de un desconocido Francisco del Mazo, que parece obra de los últimos años del pintor, entre 1820 y 1823.

Los cuatro Goyas de Castres forman un conjunto extraordinario. Olvidados durante bastante tiempo, en 1936 fueron llevados a París para ser limpiados y restaurados. En 1938 constituyeron la base de la Exposición de Pinturas de Goya de las Colecciones de Francia, que tuvo lugar en el Museo de la Orangerie. A ellos se debe la fortuna del Museo de Castres, que ha ido mejorando cada año

sus instalaciones, terminadas en 1956, y suscita cada vez más el interés y el viaje de los amantes de la pintura.

MAS OBRAS DE ARTE ESPAÑOL

En la misma Sala de Goya se exponen una casaca bordada que vistió Carlos IV y una copia de la pintura de la calavera de Goya, por Dionisio Fierros, que se encuentra en el Museo de Zaragoza y recuerda el macabro misterio que rodea el enterramiento del pintor. Es sabido que el esqueleto de Goya apareció sin cabeza cuando lo desenterraron en 1899 en Burdeos, donde había sido inhumado en 1828. El cuadro de Fierros, realizado en 1849, cincuenta años antes de la exhumación oficial, fué autenticado por el marqués de San Adrián, amigo y modelo de Goya. Cabe preguntarse si entonces se manifestó de forma extraña el culto de la amistad. ¿Cuál habrá sido el paradero definitivo del fúnebre modelo de la obra de Fierros? Los restos de Goya descansan hoy, descabezados, en su panteón madrileño de San Antonio de la Florida.

El Museo de Castres guarda otras obras de arte español y no pocas de temas españoles debidas a artistas franceses. Conviene citar entre las primeras, *El aquelarre*, *El fusilamiento* y *La diligencia*, obras de Eugenio Lucas, junto a otros lienzos de Mariano Fortuny, Santiago Rusiñol, Zubiaurre, Beruete, Uranga, Durancaps, Zuloaga, López Mezquita y un importante dibujo de Picasso. A su vez, Pierre Roy, Yves Brayer, Edouard Julien, Decaris, Desnoyer, Couderc y otros artistas franceses están representados en el mismo museo con óleos y grabados relativos a Toledo, El Escorial, el Greco y otros asuntos españoles.

Las autoridades de Bellas Artes de Francia y el actual conservador del museo, Gaston Poulain, han querido crear, y han creado con amor, en Castres, un Museo de Arte Español. La antigua abadía benedictina guardaba las reliquias de San Vicente, mártir de Zaragoza. Quizá por un designio providencial, encaminado a mantener los vínculos entre las tierras de aquende y allende los Pirineos, Castres conserva ahora dignamente las obras de otro gran aragonés, nuevo motivo de peregrinación.

(Fotos cedidas por el Museo de Castres.)

Elogio de la maestría

(Viene de la pág. 43.) pudorosamente, elegantemente, oculta el esfuerzo, la fatiga y la destreza, deja libres al aire las alas y desnuda la llama. Hace que lo que mucho costó y dolió aparezca claro, ordenado, natural y fácil, como cosa de juego. En ello estriba su fuerza y el secreto triunfal del espíritu sobre la ruda materia.

Sabidísimo es que la maestría también se sirve del modelo, de lo que llamamos el natural, que copia sin copiar y lo tiene ante sí como documento vivo, que utiliza y transfigura en el ser imaginado. Esto, tener el modelo vivo ante los ojos y no copiarlo, sino servirse de él para crear otra criatura, para descubrir, sacar de él vida y belleza, elevándose sobre la vulgaridad y la contingencia, es una de las grandes cosas del verdadero arte. Ello no quiere decir —bien se entiende— que el escultor

sea capaz de superar la obra del Sumo Hacedor, pues mirando con atención y amor, siempre vemos que el natural es más hermoso que cuanto a nosotros nos es dado hacer. Sí, hay un modo de ver y entender, una interpretación personal, por la que el artista suele calar más hondo, y con su maestría dar así a los demás una síntesis, que, cuando está lograda, puede parecer más hermosa que el natural mismo, pero que, en realidad, no es sino un reflejo de lo que la naturaleza y la vida pueden ofrecernos.

Así como la pintura obra con todo el universo mundo y puede representarnos verosimilmente incluso los elementos: aire, fuego y agua, sin recurrir a la abstracción o al símbolo, la escultura está sujeta a una gran limitación, limitación en la que estriba su grandeza. Válese sólo de las formas naturales tangibles y de las

cosas que pueden tomarlas; por ejemplo, las telas. Ni el fuego, ni el aire, ni el agua, ni la luz, ni tantas otras maravillas de la creación, pueden representarse en la escultura si no es en abstracción o en interpretación imaginaria, y, de solito, representándose valiéndose de la figura humana. La figura humana, la animal y el ropaje. Con esto y con poquísimos elementos más obra la gran escultura.

El ropaje siempre fué piedra de toque para la maestría. Cuando sobre un inerte maniquí colócase un plegado, fácilmente arrastra a la fría y académica teatralidad. Mas la maestría intuye, observa, sabe cómo los cuerpos, envueltos por túnicas o corberas, se mueven, cómo las telas se adaptan a los cuerpos en cada movimiento, en la marcha o en el reposo; comprende, pues, la mecánica del plegado y lo interpreta de un modo rítmico y orgánico; hace que, manteniendo el ropaje, adivinemos un cuerpo que nos dará con precisión las proporciones, el movimiento, la actitud de cada parte y un armazón firme y seguro sobre el que, como en la vida, las telas jugarán adaptándose a él, tomando a veces su forma, repito, y haciendo el plegado, si imaginado y artizado, verosímil, como quiere la maestría que toda la obra sea.

Obvio es que en la última etapa de la creación, cuando las formas se hacen claras y rotundas, cuando tornan palpantes, cuando la estructura y el modelado de cada parte han de ser justos y expresivos, recurrese de nuevo con frecuencia al modelo vivo. Un acento, una mayor simplicidad, nos lo da mejor la vida misma, ante la que la verdadera maestría se rinde siempre humildemente, pues el escultor, el maestro, no es un dios; es un hombre sujeto a las limitaciones y flaquezas de los demás hombres, y sólo merced a los dones que del Altísimo recibe puede crear en la dura e inerte materia seres con apariencia humana e insuflarles un como hálito de vida. Dios crea de la nada; el escultor, por superlativa que sea su maestría, necesita mirar, vivir, tocar, apoyarse en la obra de Dios, para labrar algo digno de ser erigido.

Por esto, cuando vemos que cierto intelectualismo pretende, exige, sin otra opción, que el artista prescindiera de la naturaleza, del hombre, que le enmiende la plana al Creador y saque de sí mismo criaturas nuevas, formas nuevas, no hace sino conducir a la deformación, a la monstruosidad, al primitivismo deliberado y, por ende, falso; a un arte que, según palabras de Pío XII, «perdiendo su valor de signo, viene a proporcionar a los sentidos nada más que un goce físico, sin que pase de ahí, y la obra toma el significado de un juego sutil y vano». Juego que pretende dar como criatura, por ejemplo, entrelazados de alambre y tiras de chapa con utensilios de toda índole, cantos rodados o piedras con referencias a formas prehistóricas, geológicas, a osaturas y elementos naturales de los más rudimentarios, puliéndolos o buscando en ellos una calidad más o menos desenterrada, como si ello fuera un refinamiento; a veces, un hilo—sumo encuentro genial—del que pende una piedrecita. A estas pretendidas criaturas las llaman «Idilio preadámico», «Perspectiva sonora» o «Reino de los cielos».

¡Reino de los cielos! Cuando la escultura tiene como fin primordial acercarnos a él, infundiéndonos sentimientos de piedad y virtud, o elevarnos con la presencia de la imagen representada hasta el arrobamiento o el delirio místicos; cuando ha de ser venerada y, en suma, edificar a los creyentes, se dice que es imaginaria. Esto es un lugar común, mas también vale la pena de meditarlo.

Contribuir a acercarnos al reino de los cielos es la función inmanente

más elevada que puede tener una obra humana. Es tanto, al menos, como la predicación; de ahí que todas las religiones, salvo la musulmana, desde la más remota antigüedad se hayan valido principalmente de la escultura para representar ideal y realmente a sus dioses, a los personajes divinizados, a los santos, a los que en vida con su virtud o piedad fueron edificantes; y aun se erige la imagen, «da apariencia semejante viva y eficaz» de los que tuvieron otras virtudes humanas, aunque, no siendo sacras, no se las llama talmente imágenes, sino estatuas o simplemente esculturas; pero siempre el gran escultor, aun en este último caso, trata de remontarse y representa a sus personajes—muchacha atleta, guerrero, artista, filósofo o estadista, etc.—con apostura como de dioses. Y es que esto de representar dioses supone el más alto destino de la escultura. Por ello hemos dicho y repetimos que la gran escultura siempre fué imaginaria.

Los colosales egipcios, a veces en parte hombres, en parte animales, ¿qué son sino imaginaria? Aquel mundo maravilloso de seres de piedra y de leño, que nos hablan con pureza escultórica no superada, sin énfasis y sin gesto, sin recursos seudoplásticos; aquellas piedras y leños que por primera vez labró el hombre con pleno sentido de la belleza, con canon, ¿qué son sino imaginaria? Monumentales, aun los de pequeñas dimensiones, solemnes y majestuosos, repiten litúrgicamente, aunque, claro está, no siempre con fortuna, a través de los siglos y aun milenios, las creadas en la gran época menfítica, allá entre las tercera y quinta dinastías.

Conocemos buena parte de los bulbos redondos de todos los tiempos que han traducido los más elevados —los más grandiosos— gestos y sentimientos de los seres y de las cosas, y, sin embargo, no han alcanzado el ápice del gran arte escultural, o sea, «la ley soberana de la belleza de las construcciones, antes que el arte por el gesto; la sublimidad y emoción de las estructuras justas, antes que la mímica del gesto» (1).

En estas estatuas, en estas imágenes, los planos se concentran como nunca después; los perfiles son totales y sólidos; la forma exterior depende del esquema de la armadura interior del ser representado como nunca después. Es más que la imitación de la figura humana; es su síntesis plena, equilibrada, armoniosa. Así fué, sin duda, la presencia de los dioses.

Imaginaria, gran escultura. Así fué el arte brahmánico, y el budista, y el griego. Y así en nuestra era hasta el Renacimiento, en que ya el gesto, la ciencia o el conocimiento anatómico y tantas otras cualidades menos escultóricas dominan sobre la gran síntesis estructural y formal, que, ¡ay!, va cobrando hermosura según retrocedemos en el tiempo.

Si esto, indubitablemente, es así, ¿por qué se trastruecan las cosas, de modo que la escultura no sacra venga a ser lo noble, y a la imaginaria sagrada se le da un sentido peyorativo como de un arte menor?

Ardua es la cuestión.

Creemos que, penetrada siempre, en las épocas de grandeza, de un profundo sentimiento religioso, la escultura sirve principalmente al culto, y del semblante y continente todo de la efígie que plasma emana ininterrumpidamente la dignidad requerida de cuantas cosas alberga el templo.

Mas, llegado el Renacimiento, el intelecto, si no se superpone en la plástica a las demás fuerzas vitales, las frena, y, atrevámonos a decirlo, si ciertamente es una cúspide, también comienza para la escultura el descenso. Es liberada, diríamos, de su secular y ecuménico servicio re-

(1) Bourdelle.

ligioso; ya la belleza formal campea por sí misma, olvidando, sin sentirlo, que la figura humana es la imagen de Dios, y, poco a poco, se llega a representar preferentemente la hermosura de su animalidad. Apresurémonos a dejar sentado que si esto es así, durante el Renacimiento y aun siglos después no llega a perderse esa dignidad requerida de cuantas cosas alberga la casa de Dios, y más bien lo que se establece es un equilibrio maravilloso, que, si conduce a las almas a placeres estéticos sublimes, no siempre les infunde sentimientos de piedad y virtud o esa misteriosa conmoción que experimentamos ante la celestial expresividad románica y gótica, ante la pureza griega, la solemnidad y pureza egipcia o la bárbara fuerza ancestral asiria.

Mas limitémonos a nuestros tiempos cristianos, lo que nos conducirá a discurrir algo sobre nuestra famosa imaginaria.

Cuando el racionalismo y la Enciclopedia enfrían a los hombres, se dice que la escultura vuelve a ser pagana, y, en verdad, como hemos visto, no es ni siquiera eso, pues el paganismo, aunque politeísta, fué una religión. Lo que se hace, repetimos, es irse despojando del sentimiento religioso de que había estado penetrada a través de los milenios. Entonces, si se admira y ensalza la belleza formal de las deidades antiguas, se menosprecia la belleza total de muchas esculturas que, dentro de la gran línea tradicional, reciben culto en nuestras iglesias. ¿Cómo, si no fuera así, el sevillano Cristo de la Clemencia, vulgo de los Cálices, de una calidad escultórica en nada inferior a un buen Praxiteles, permanece sin el universal renombre del acicalado Hermes de Olimpia, por ejemplo, precisamente en el siglo en que comienza el auge del criticismo y el historicismo?

¡Ah! Trátase de una imagen sagrada, y esto es ya lo peyorativo para la escultura. Así fueron trastocadas las cosas. Hasta aquí se llegó en el error. Y este error engendra un círculo vicioso. Ni el gran escultor se dignaba hacer imágenes ni los que han de encargarse se suelen dirigir al gran escultor. En la pendiente surgieron los santeros, los que, en vez de crear santos con sabiduría y amor, los fabrican sin pericia alguna y con mucho afán de lucro. Y más abajo, las fábricas de imágenes, los llamados talleres de arte, la industria

en serie exclusivamente comercial.

Hoy puebla—allana diríamos—nuestros templos. Este allanamiento a los que ponemos muy alto las cosas sagradas y a su lado el arte, a los que creemos y miramos, nos conturba y desazona tanto o más que el pseudoarte deformador a que antes nos hemos referido.

Pese a la clara y terminante instrucción de la Sagrada Congregación del Santo Oficio, nuestros templos, criptas o monumentos religiosos siguen superpoblándose de tal imaginaria comercial o escultura fabricada.

Nuestra civilización es ya muy vieja; tenemos mucha tradición detrás, y por ello no podríamos, aunque lo quisiéramos—que no lo queremos—, resignarnos con la vulgaridad, plebeyez y falta de gusto, con la ausencia total de arte y de espíritu que revelan tales imágenes.

Cuanto más alta la representación, cuanto más trascendente el mensaje—ya lo hemos dicho—, mayor claridad y emotividad, más arte hemos de exigir en la configuración de la efigie sagrada. No; no podemos resignarnos a creer, aunque se haya afirmado que lo que importa para el culto es la representación, que da igual una vulgar imagen de fábrica que las de Berruguete o Montañés, o que otras dignísimas obras de algunos de mis compañeros vivos. Ello equivaldría a no creer que Dios dota a los hombres de muy distintos talentos y a suponer que el estudio, el espíritu y el amor no conducen a nada.

No es posible—es superior a nuestra voluntad—que los que hemos recibido del Altísimo alguna luz nos postremos del mismo modo ante una figura concebida y ejecutada sin probidad ni conciencia artísticas que ante la obra que contiene en sí la transposición de las formas y sentimientos más puros y elevados del hombre, creado a imagen y semejanza de Dios.

Roma mantiene la tradición, la quiere, y rechaza lo insólito para el culto. Pero no por ello deja de acoger y aun amparar la novedad o, si queréis, la sana modernidad. Quiérese que cada vez que de una imagen sagrada se trata se conciba con la mayor originalidad, como es consustancial con el arte, pero que se construya sobre bases sólidas y duraderas, elaboradas por sucesivas generaciones, las que resisten los embates del tiempo y de las modas.

E. P. C.

que separarán dos calzadas de tráfico pesado. Estas dos últimas, una para cada dirección, tendrán 10 metros de ancho. Queda completada la vía con dos aceras de cinco metros cada una. Debajo de ellas van dos colectores y dos galerías de servicios.

Varios millones se han invertido en esta vía del Abroñigal. Por cierto que a profundidades de 20 metros se han encontrado las galerías de toma de agua de los antiguos «viajes» que abastecían de agua a Madrid.

SEGUNDA CIUDAD INDUSTRIAL

Madrid se ha convertido también en la segunda ciudad industrial de España. Ha sido comparada la ciudad con el niño que, al crecer, pierde casi totalmente su antigua fisonomía y se le «pone» una cara circunspecta, como si se hubiera tragado un botijo. La verdad es que la fisonomía no la ha perdido, porque le quedan sus barrios entrañables y sus rincones evocadores de la calle del Sacramento y de la plaza del Cordón, y tantos y tantos otros que los hispanoamericanos de visita en la villa conocen de pasearlos lentamente a medianoche. Pero sucede que miles de personas—tanto visitantes como residentes—conocen sólo el Madrid industrial, comercial y representativo.

Inmediatamente detrás de Barcelona se encuentra Madrid como capital industrial de España, con 22.000 industrias, entre ellas 5.400 empresas metalúrgicas. Ya en 1930 comenzaron los cambios, pero singularmente la industria madrileña se ha agigantado a partir de 1946, y cuenta con muy importantes factorías de producción

minerometalúrgica, manufacturas metálicas, radioeléctricas, aeronáuticas, etc.

MADRID, CIEN MIL AÑOS

Mientras tanto, quince posadas abiertas hace cuatro siglos existen todavía en Madrid. Durante más de trescientos cincuenta años, sus habitaciones han servido de alojamiento a unas quince generaciones. Aquí la fantasía podría dejarse a rienda suelta... Capitanes que vinieran de América, soldados de Flandes, clérigos, conspiradores, arrieros... Pero sujetemos la imaginación y quedémonos con los hechos. Son bellos y evocadores los nombres de estas posadas: San Isidro, San Pedro, el León de Oro, el Dragón, el Mesón del Segoviano, y la más famosa de todas, la posada del Peine, a medio minuto de la Puerta del Sol.

Hablábamos de cuatro siglos. Es una cifra muy respetable, pero no como para impresionar a un madrileño, sobre todo cuando se ha enterado de que su ciudad tiene más de cien mil años, ya que el valle del pequeño y modesto «aprendiz de río» Manzanares fué siempre el centro económico y de comunicaciones de la Península y paso obligado de cazadores y ganaderos. No olvidemos que la provincia de Madrid posee el más rico yacimiento de Europa en paleolítico inferior.

«Madrid, castillo famoso...», dice el romance inolvidable. Madrid, ciudad resucitada y fantástica, con cuatro siglos de historia viva y entrañable, se asoma ahora al espejo del mundo y se ve a sí misma, antigua y hermosa, joven y madura, inquieta y satisfecha...

M. C. H.

Marcelino en el Japón

(Viene de la pág. 47.) una verdadera sorpresa esta tan espléndida producción» (*Yomiuri Shimbun*).

Hideo Tsumura, en *Eiga no Tomo*, después de confesar que él es un hombre seco y duro, e insensible ante lo religioso, continúa: «En este mundo, aun las mejores películas carecen en absoluto del poder de conmover... En cambio, esta película, tan sencilla e ingenua, cautiva de una manera misteriosa el corazón del hombre.»

Las contestaciones a la encuesta abundan en expresiones semejantes:

«Al acabar de ver la película, las lágrimas bañaban mis mejillas. Nunca hasta ahora, con ninguna película, he sentido una emoción tan profunda.»

«Creo que desde la pantalla es imposible conmover al espectador tan intensamente como lo logra esta película.»

«El otro día vi *Marcelino Pan y Vino*. Me conmovió profundamente. La sala estaba abarrotada de gente. En sus rostros se reflejaba una honda emoción, muy distinta de la que hemos visto reflejada en ellos otras veces.»

PURIFICACION

Más sorprendente todavía ha sido este efecto purificador de la película en el corazón de los japoneses, despertando en su interior deseos más puros de algo mejor.

«Yo, al ver la película, quedé pensando en lo que el hombre tiene de divino y de pecador... Tiene esta película un poder extraño

de purificar el corazón de quien la ve» (*Eiga no Tomo*).

«Aun los que nada tienen de creyentes o religiosos, sienten que su alma se purifica...» (*Mainichi, Tokio Shimbun*).

Caso curioso es el del director de un Banco de Tokio. Escribe en el periódico *Nippon Keizai Shimbun* que fué a ver la película, y al terminar, profundamente conmovido, a pesar del compromiso contraído con un amigo de verse aquella noche en un café, «embargado por la emoción, paso a paso volví a mi casa».

En el *Tokio Shimbun* leemos: «No soy católico, no tengo nada que ver con la religión. Sin embargo, al ver esta película y contemplar el milagro de Dios obrado en aquel niño, un sentimiento interior de purificación estremeció mi alma..., y, sin saber cómo, las lágrimas empezaron a correr por mis mejillas. Yo mismo me he quedado asombrado de estas lágrimas. Sin duda, ellas también fueron milagrosas.»

LA SEGUNDA PREGUNTA DE LA ENCUESTA

La segunda pregunta de la encuesta que se repartió a los espectadores era: «¿Le gustaría a usted ver más películas como ésta?»

La respuesta afirmativa es unánime. Unos piden que se importen muchas películas de esta clase, otros que, por lo menos, sean la mitad de las de *gangsters* que se exhiben en las pantallas. Hay quien manifiesta que las películas americanas le resultan insípidas; quien suspira porque el Japón sea

Madrid se ha multiplicado por diez

(Viene de la pág. 16.) dencial y una tercera comercial.

Otro de los barrios que últimamente han surgido en Madrid es el de la prolongación de General Mola, casi en Chamartín. Viven en este barrio 20.000 personas, es decir, una población superior a la de Guadalajara (España). Cuatro glorietas—digamos para los lectores de Iberoamérica que «glorieta» es una denominación madrileña equivalente a «plaza»—y más de veinte calles se incorporan así a la toponimia de la ciudad.

Por cierto que estas calles y plazas han sido bautizadas con los nombres entrañables de las naciones hermanas de América: glorietas del Perú y República Dominicana, calles de Chile y Costa Rica, etc. Siempre hemos pensado que los chilenos, los costarricenses, los peruanos y los dominicanos residentes en Madrid deberían darse una vueltecita por estas calles, que, por lo menos en el nombre, les recuerdan a su lejana tierra. Y si lo hacen en verano, cuando la «kermesse» del barrio está en su apogeo, me agradecerán el consejo al contemplar

algunos ejemplares de madrileñas que reinan por este sector.

Además de los «satélites» citados, hay que añadir el de Peñagrande, estudiado para 30.000 habitantes; Manoteras, 15.000; Cannillas, 15.000; Palomeras, 50.000, y Carabanchales, 60.000.

LA VIA DEL ABRONIGAL

También en cuanto a vías de comunicación la ciudad se está transformando radicalmente.

La avenida del Abroñigal será como la Castellana: 12 kilómetros de longitud, siguiendo la vaguada del antiguo arroyo, desde la carretera de Irún hasta la de Andalucía, cruzando los accesos en pasos a diferente nivel. Verdadera cintura de Madrid—se ha dicho—, limitará la edificación de altura y separará el núcleo de la capital de los poblados satélites. Va a tener 71 metros de anchura, con una calzada central de 21 metros para seis circulaciones de tráfico ligero—tres en cada dirección—, y estará limitada por dos paseos de 10 metros de ancho cada uno,

un día también capaz de producir películas como *Marcelino*; quien hace responsable al cine actual, nacional y extranjero, de la ruina moral del país, y afirma que «con películas como ésta se arreglaría nuestra sociedad en poco tiempo».

Por último, hay uno que se dirige a los productores de cine que, llevados de un afán puramente comercial, explotan sin escrúpulo temas y pasiones de la más baja ralea para atraer a los públicos. «El éxito de *Marcelino*—dice—obliga a recapacitar y a una revisión incluso de los valores comerciales.»

EL CINE ESPAÑOL EN EL JAPÓN

De hecho, después de la guerra, el cine español era aquí casi desconocido. *La muerte de un ciclista*,

ta, que corrió el año pasado por las pantallas japonesas, se presentó como italiana, quizá por razones comerciales. Con motivo de la aparición de *Marcelino Pan y Vino* y el éxito alcanzado; varias revistas han repetido la frase de que España «ha roto un largo silencio».

Hisamitsu Noguchi, conocido crítico cinematográfico, escribe: «Yo apenas he tenido ocasión de ver cine español, aunque sí muchas películas que han tenido como escenario España... *Marcelino Pan y Vino* ha despertado en mí grande interés por la cinematografía española.»

Y otro crítico, en *Eiga no Tomo*: «Yo es la primera película española que veo. Pero ya antes tenía para mí que al cine español no se le podía tomar a humo de pajas.»

La misma sorpresa ante el cine

español, como ante un descubrimiento, advertimos en la encuesta. Muchos manifiestan el deseo de nuevas películas españolas. Uno concreta: «Por lo menos cinco cada año.»

También aparece frecuentemente la curiosidad por conocer la vida, el paisaje, la música, el ambiente de España... «ese ambiente verdaderamente envidiable (*urayamashii*)», como leemos en un artículo del *Asahi*. «Me gustaría—escribe uno en una carta contestación a la encuesta—que este aire y aroma de España se difundiese más por el Japón mediante la importación de nuevas películas.»

No ha faltado tampoco el que, después de ver *Marcelino Pan y Vino*, se ha decidido a estudiar español... Ni el catecúmeno que el día de su bautismo escogió por nombre Marcelino.

CONCLUSION

A lo largo del artículo habrán observado los lectores que, más que yo, les han hablado los japoneses. Así la visión real habrá resultado más nítida y transparente. Quizá se habrán admirado de que en este lejano Japón, tan diverso de España cultural y religiosamente, *Marcelino Pan y Vino* haya tenido tan profunda resonancia. Hay quien aquí ha pensado que películas como ésta «sólo España las puede producir»... Si es verdad o exageración, no lo sé. Lo que sí creo es que la proyección vital de España también tiene un campo fecundo y prometedor en este país del Extremo Oriente.

Universidad Sofía, Tokio, 1957.

Los problemas de los indígenas de América

(Viene de la página 41.) Castejón, magistrado del Tribunal Supremo de España, y la ponencia general redactada con los mismos datos por el autor de este escrito. Se creó el Instituto Jurídico del Indio, cuyo objetivo principal es incrementar por todos los medios el mejoramiento social y jurídico del indio en todos los países, sirviendo de centro de estudio, fomento e intercambio de noticias y experiencias; en él se acogen las soluciones que obtengan los Gobiernos, centros especializados, organismos nacionales e internacionales, especialistas, etc., en relación con el problema indígena. También se estudian en él de modo preferente los mejores sistemas de la lucha contra el alcoholismo y el analfabetismo entre los indios y otras medidas destinadas a salvar el valioso y variado folklore, arte e idiomas de los indios americanos.

Como homenaje a la gran labor realizada por el excelentísimo mariscal don Cándido Mariano de Silva Rondón en favor de los indios de su patria (Brasil), el Congreso le eligió presidente honorario, y al delegado de Bolivia presidente efectivo del Instituto Jurídico del Indio. En Madrid, el 22 de enero de 1957, en la sala de juntas del Instituto de Cultura Hispánica, y bajo la presidencia de los doctores don Federico Castejón y don José Beza Dos Santos, se celebró la sesión constitutiva del nuevo Instituto, posesionándose de su cargo el presidente efectivo, y se procedió a la formación del Comité Ejecutivo del mismo.

A ella asistieron los representantes de los países hispanoamericanos en España, así como los de los Estados Unidos, Inglaterra, Holanda, Haití y Canadá, así como los especialistas y directores de las instituciones dedicadas al estudio de los problemas del mundo hispánico.

El Comité Ejecutivo del Instituto Jurídico del Indio está formado por el presidente y los delegados del Instituto de Cultura Hispánica, Instituto Penal y Penitenciario (H. L. F. A.), Escuela de Estudios Hispánicos Contemporáneos, Seminario Indigenista de la Universidad Central de Madrid, Consejo Superior de Protección de Menores de España, Seminario Indigenista del Colegio Mayor Nuestra Señora de Guadalupe, Oficina de Cooperación Intelectual y una secretaría del Comité. En la sesión de constitución se acordó también invitar a formar parte del Comité Ejecutivo a la Oficina Iberoamericana de Educación. Además de los países hispanoamericanos y los nombrados, especialmente forman parte del Instituto, con los representantes de las instituciones que se citan, los miembros cooperadores en la encuesta que se distribuyó para la preparación de trabajos y ponencia general del II Congreso, de Sao Paulo.

El propósito principal del Instituto Jurídico del Indio de centralizar y redistribuir noticias, experiencias, soluciones y estudios en favor del indio entre todos sus componentes no implica intención alguna de interferir el trabajo de otros organismos nacionales e internacionales dedicados a este mismo tema ni pretende dictar normas que afecten a la política interna de los países interesados. Quiere contribuir a la unificación de esfuerzos en esta tarea urgente y principal de la hispanidad, lejos de cualquiera postura historicista de leyendas negra o rosa, enfrentándose con el problema actual del indigenismo y buscando los mejores caminos que permitan la identificación social, político-jurídica y económica del indio a la realidad nacional de sus países, procurando salvar la inestimable riqueza folklórica, costumbres y lenguas indígenas, continuando así los mejores trabajos que desde los primeros días del Descubrimiento realizó España, la vida republicana y la ingente labor misional en fa-

vor de los indios. Quiere de este modo el Instituto servir lealmente a la obra de conseguir la identificación del indio americano a las formas de vida occidentales, liberándole de su ostracismo y situación de abandono y necesidad en que actualmente se encuentra.

Santiago de Compostela-Madrid, abril de 1957.

NOTA.—Para este trabajo se han utilizado las valiosas informaciones recogidas por el Instituto Indigenista Panamericano, la OIT, UNESCO, OAA, OMS; las importantes obras en realización de la Misión Indigenista Andina que, en colaboración con las Naciones Unidas, lleva a cabo la OIT en Bolivia, Perú y Ecuador; las detalladas respues-

tas al cuestionario publicado por el Instituto Penal y Penitenciario (H. L. F. A.) entre sus miembros, y que se han recogido, con otros trabajos y las ponencias a los dos Congresos de Madrid y Sao Paulo, en el libro publicado bajo el patrocinio del Instituto de Cultura Hispánica con el nombre de "Estudio jurídico penal y penitenciario del indio", etc., etc.

OPORTUNIDADES COMERCIALES

IMPORTANTISIMO invento para la ganadería. Necesitamos agentes todas Repúblicas americanas. Trust. Apartado 6.015. Barcelona (España).

Correspondencia alemán por club INTERNACIONAL. Lübeck, Alemania. Elsässer Str., 5. (Coupon reponse international. Franco de porte.)

DISCOFILIA. Revista de discos. Fernández de los Ríos, 24, Madrid (España).—Interesa intercambio con profesionales y aficionados de todo el mundo.

Cachorros (pastor alemán). Pedigrees oficial, pura sangre. Adolfo Cofiño. Cruz, 25. Madrid (España).

Estudio científico de belleza **LADY CHIC.** Av. de José Antonio, 55. Madrid (España).—Le ofrece no un embellecimiento pasajero, sino el producido por la salud, obtenido científicamente.

Interesa relacionarse con importantes firmas importadoras y exportadoras para representarlas en España y ser representadas en las Repúblicas americanas. Diríjanse a **INDUSTRIAS HERGAR.** San Vicente, 94. Valencia (España).

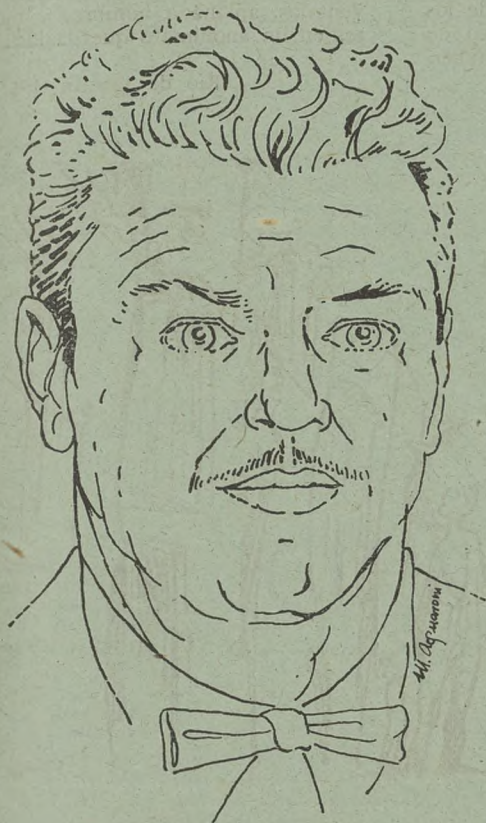
EXCLUSIVAS PAVON. Calvo Sotelo, 11. Orense (España).—Cincuenta años de experiencia. Garantías a satisfacción. Se ofrece para administrar y vender bienes en España de residentes extranjero, para colocar capitales, vigilarlos y mejorarlos. Referencias bancarias.

José de Pablo Muñoz. Abogado y agente de la Propiedad Inmobiliaria. Montero, 34. Madrid (España).—Consúltelo sobre compra-venta de toda clase de fincas. Garantiza una inversión segura y una renta máxima.



Las notas para insertar en esta sección deberán remitirse directamente a la Administración de **MVNDIO HISPANICO**, Alcalá Galliano, 4, Madrid. Tarifa: 5 pesetas por palabra. Tratándose de suscriptores, bonificación del 25 por 100.

CUATRO CUENTOS DE SANZ LAJARA



José María Sanz Lajara es uno de los escritores más conocidos y leídos hoy en América. En todas sus obras late un estilo ágil y vigoroso y existe una preocupación esencial por las realidades de América y sus hombres en los más diversos países y aspectos de «la otra orilla». Su patriotismo dominicano rima perfectamente con su acendrado amor a España. Escritor ávido de realidades, viajero alegre y sagaz, y sutilísimo observador, Sanz Lajara posee un singular hechizo vital. Nacido en Ciudad Trujillo en 1917, se educó en el colegio madrileño de Chamartín, cursó estudios en la Academia Militar de Puerto Rico y se doctoró en Derecho internacional en la Universidad Nacional de Santo Domingo. Tras nuevos estudios de Derecho internacional en la Universidad de Columbia, en Nueva York, entró en la carrera diplomática dominicana en 1940. Sirviendo a su país ha recorrido toda América, y desempeña actualmente la Embajada de la República Dominicana en el Brasil. Además de innumerables cuentos y artículos de prensa, ha publicado los siguientes libros: «Un abordaje» (1931), «El misterio del golfo» (1934), «Cosmopolita» (1937), «Colopaxi» (1949), «Caonex» (1950) y «Aconcagua» (1951).

1

MEXICO

LOS PACOLOLA

El día en que nació Lola, no se sabe aún si por mera coincidencia, subió el precio del cacao en todos los mercados internacionales; el día en que nació Paco, quizá por casualidad, faltó vinagre en todas las tiendas de provisiones de su pueblo.

Lola, hija de rico hacendado y romántica poetisa, pasó su niñez en Cuernavaca, esa ciudad mexicana bordada casi en la falda de la sierra con casitas de tejas rojas, calles retorcidas y música de mariachis que no duermen nunca. De niña—recuerdan quienes la conocieron bien—Lola nunca jugó con muñecas ni tuvo momentos de solaz en el jardín de su casa. Fué, desde un principio, una criatura venida al mundo única y exclusivamente para usar el paladar. Y lo usó con tanto deleite, que ya a los seis años de edad parecía uno de esos globitos que venden en las fe-

rias o en los parques y que si los niños sueltan se van volando por los cielos.

Paco, hijo de un militar amargado que jamás pasó de teniente y de una acapulqueña que soñaba con su playa distante, fué confundido por la partera con un bastón, por lo flaco, y esta flacura, en vez de desaparecer, continuó con los años hasta perfilarlo por todos lados, como una varilla de acero. Las comadres de Cuernavaca refieren que un día de lluvia su madre, colocándole en la cabeza una escoba, lo usó para barrer el patio de las aguas inundantes.

Paco y Lola fueron a la misma escuela, y mientras Paco se chupaba los dedos, quizá en la creencia de que la saliva era alimento, Lola se relamía con caramelos, indicio de que la niña era precoz. Paco estudió en Ciudad de México y Lola en Guadalajara, pero Paco tuvo que abandonar la

Universidad porque los profesores tenían dificultad en ver con quién hablaban, y Lola regresó de Jalisco porque un alcalde, viejo politicastro marrullero, consideró que aquella gorda enorme desentonaba con las clásicas bellezas de la tierra de María Félix.

Y así fué como, jóvenes ambos, Lola y Paco se encontraron en Cuernavaca sin tener dónde ir y con una amargura infinita hacia la vida y la humanidad en general. Eran dos jóvenes deformados físicamente, pero con dos corazones de oro.

Vivían relativamente tranquilos: Lola engullendo bombones en cantidades astronómicas y Paco chupándose los dedos o tocando una guitarra que le regalara un tío compasivo, por ver si el muchacho se agarraba en algo y el viento no se lo llevaba hasta la cumbre del Popocatepetl.

Con los años murieron los padres de ambos, y Lola puso con el dinero heredado una confitería, especializada en bombones con entrañas de licores, y Paco, casi en la misma calle, una tienda de alfileres, negocio muy cómodo para él porque podía a voluntad esconderse entre la mercancía cuantas veces veía acercarse algún amigo importuno o un acreedor a destiempo.

Lola siguió engordando hasta convertirse en una curiosidad turística que los norteamericanos retrataban tan pronto llegaban a Cuernavaca, y Paco enflaqueció más todavía, acercándose peligrosamente a la invisibilidad. De ahí que los guías comenzaran a llamar a la calle de los dos infortunados como la de los Pacolola. Luego alguien compuso una canción ranchera acerca de un elefante y un puñal, y la gente en seguida la denominó Canto de los Pacolola.

—Aquí—le anunciaban a uno en los grandes hoteles de Ciudad de México—, después de ver las pirámides, hay que ver a los Pacolola.

—Y eso ¿qué ser...?—preguntaban los gringos.

—Pues la mujer más gorda, más gorda, del mundo, y el hombre más flaco, más requeteflaco, de México y del mundo, mano...—solían decir los cicerones de las agencias turísticas.

Pasaron los años, y con ellos crecieron la hacendilla de Paco y Lola hasta convertirse en verdaderas fortunas, la fama de los dos desgraciados y un sentimiento de mutua comprensión y ayuda entre ambos, cada vez más señalados por el infortunio de la curiosidad populachera.

Una noche de diciembre, Lola, vestida y acicalada para irse a la iglesia a rezar una salve y tres credos, tropezó con Paco, que venía de ver en el cine una película de vaqueros.

—Lola, ¡está usted rechula!

—Vamos, Paco, lo que estoy es muy gorda.

—No, Lola, se ve usted esta noche pero que muy bien...

—Andele, Paco, y no sea mentiroso. ¿Está tomado?

Y el diálogo, sin ellos darse cuenta, los llevó por las callejas y los empujó hasta la plaza, donde ni cuenta se dieron del saludo de amigos y amigas, ni de la luna, chata y pícara, que desde el cielo quería también enterarse de la conversación.

Paco y Lola se casaron un mes más tarde, con el beneplácito del síndico, del alcalde y del gobernador. Y del cura y del jefe de los mariachis de Morelos. Y de las palomas, que en bandadas revoltosas concurrieron al atrio de la iglesia a ver a la gorda y el flaco uniéndose sus tristes destinos. Fué un acto conmovedor, pero no hubiese resultado memorable si el señor cura, al pronunciar las palabras bíblicas, no se equivocara, preguntando a Paco:

—Paco del Castañedo, ¿toma usted a este globo, digo a esta mujer, como su legítima esposa?...

Pero Paco, inmortalizándose, como Romeo o como Fausto, replicó:

—Sí, padre, la tomo, aunque usted la crea un globo.

Y volvieron a transcurrir los meses y los años, registrándose un curiosísimo fenómeno: Paco comenzó a engordar y Lola a perder peso. En un principio, la gente no se dió cuenta, hasta que en una oportunidad un turista suspicaz señaló con desagrado:

—Estos Pacolola ser puro cuento... Ninguno excepcional.

Y Cuernavaca entera cayó en la cuenta de que, en efecto, el amor había transformado a los esposos y que ya ambos ni eran el hombre más flaco de México ni la mujer más gorda del mundo, ni siquiera de Morelos, pues con los tacos y las tortillitas y los huacamoles mujeres más rechonchitas existían que Lola y hombres más verdes y más flácidos que Paco se consumían en los bancos de la plaza.

Perdieron, pues, los Pacolola su fama internacional y huyeron de su callejuela los turistas, algunos de los cuales, con detrimento del fisco de Cuernavaca, continuaban, sin detenerse, hacia Tasco o Acapulco.

Más en la casita bermeja donde Paco y Lola tenían su nido de amor, una pandilla de mocosos y mocosas atestiguaban que aquel matrimonio era feliz y que el mundo ni las gentes le interesaban un bledo.

—Es que, manito—decía un político con ambición de llegar a diputado—, no sabemos organizar el turismo en este país. Hemos abandonado a los Pacolola a su suerte en vez de resguardarlos en jaulas para la admiración del mundo entero.

Claro está que algunas de las hijas de los Pacolola engullen bombones y pastelería que da miedo y unos cuantos de los hijos se chupan el dedo, pero de nada les vale: la prosperidad sólo recordará a sus padres, a Paco y Lola; a él por ser el hombre más flaco del mundo, de soltero, y a ella por ser la mujer más gorda de México y del mundo, también cuando era soltera. Porque la verdad es que el matrimonio, con todas sus ventajas, aplanó a hombres y mujeres en un anonimato que da lástima.

Río de Janeiro, 1956



2

CHILE

LOS OJOS EN EL LAGO

SALÍ del Llao Llao. La noche comenzaba a enfriar y el lago parecía de vidrio, un espejo recortado por los cerros abruptos. El viento me golpeaba en la cara y los grandes árboles parecían incitarme a la caminata nocturna. Tomé el senderillo que bajaba hacia la orilla del lago y muy pronto las luces del hotel y el ruido isócrono de la orquesta, que hacía música de baile, quedaron atrás. De muy lejos oí el suave bramido de un motor de yate que cruzaba el Nahuel Huapi. Estaba al fin solo frente al Ande, con esa agradable soledad que dan los propios pensamientos.

—¡Eh, patrón!

La voz venía del lago, del agua o de la noche, quizá de la montaña misma. Me detuve y hurgué en la oscuridad.

—Aquí, patrón, aquí—repitió la voz, cascada y ronca.

A pocos pasos de distancia distinguí al fin al vejete, sentado en la grama, con una humeante pipa en la boca, tocado de gorra, vestido con suéter y calzones estrechos. De no haberme hablado, pude confundirlo con un tronco más.

—Buenas noches—saludé.

—Muy buenas—me dijo, y en seguida, sin

sacarse la pipa de la boca, me invitó a sentarme a su lado.

—Me aburría—expliqué innecesariamente—; no hemos venido a Bariloche para llevar la misma vida que en Buenos Aires. ¿No le parece?

—Me parece, patrón—asintió—, pero muy pocos lo comprenden así. La gente huye en el verano de las ciudades y se viene al campo o se va a la playa a hacer exactamente lo mismo que en las ciudades. Bailan, beben, trasnochan, se fatigan más todavía.

—Habla usted—le dije—como si nos criticara.

—¿Criticar, patrón? ¿Quién soy yo para criticarlos a ustedes, los señoritos? Además—y el tono de su voz adquirió de pronto una sorna tenue—, de los patrones vivo yo. Me pagan bien por llevarlos a pesar, por recorrer los lagos, por trepar a los cerros.

Callamos largo rato. De pronto perdí yo todo interés en conversar, y la contemplación de las montañas, bajo el luar de febrero, me fué más grata que la charla aguda del vejete de la pipa. Motas de nieve inderretible, prendidas en las cumbres, se enjuagaban con la claridad de la noche indescriptible. Temblé

repentinamente con un escalofrío, confundido quizá con la grandeza de aquel paisaje fueguino que jamás olvidaré.

—Le conmueve—oí al anciano a mi lado— a usted, a mí, a todo hombre con alma, con corazón o con recuerdos. Este paisaje lo hizo Dios para recordarnos cuán pequeños nacimos y cuán pequeños moriremos.

—Cierto—respondí, sin quererlo—, me conmueve en extremo. Estos cerros tajantes, como cortados con cuchillo; esta luna translúcida, estas aguas sin fondo..., no puedo compararlos con nada...

—Por eso, patrón, estoy aquí—dijo el viejo—, y si no le molesta, le cuento.

—Cuénteme usted—asentí—, que me interesa.

—De mozo, patrón—comenzó el viejo, vaciando la pipa y volviendo a llenarla de tabaco, que había sacado hábilmente de una bolsa—, de mozo fuí rico, tuve mujeres, todas las que quise... Viajé desde el Plata hasta la India, desde Nápoles a Vladivostok, desde Islandia hasta Borneo. Era yo uno de esos marineros para quien la única felicidad está en el mar y no en tierra, para quien un amor o unos besos saben mejor recordados desde la

popa de un buque, cuando la estela, al ensancharse, nos va alejando de tierra más y más, separándonos para siempre de un momento inolvidable.

—Buena vida la suya—no pude dejar de decir.

—Pues fué, patrón, fué así no más..., durante años, de mocedad y de madurez, sin cansarme de ella nunca. Amé mucho, patrón; hasta que de puro cansado el corazón no era mío. Y siempre quería más, como si en cada playa la mujer fuera más hermosa que en la anterior.

El viejo mordía ahora la pipa duramente, pues sentí sus dientes rechinando sobre la madera y el humo, a borbotones, saliendo de la poza y calentándose la cara. Le miré fijamente. Me parecieron sus ojos, bajo las cejas gruesas, dos ascuas encendidas por un fuego misterioso.

—Mas un día, patrón, llegó una playa, y en ella, una mujer. ¡Je, je! Como si no hubiera millones de mujeres en el mundo esperándome, me enamoré de una solita. Como un borracho, necesitaba sus besos y los de nadie más; como un imbécil, me la enterré aquí—y se golpeó el pecho—y no me la pude sacar. ¡Y traté! Agarré un carguero y me largué a Australia, me bebí mil botellas de whisky, trasnoché durante meses, me hundí en una orgía que me hiciera olvidar. En vano. El hombre nace, ama y muere una sola vez. Es ley, patrón. Quien diga lo contrario, miente.

—Sin embargo, todo hombre civilizado se

jacta de haber tenido muchas veces el corazón empeñado—me atreví a disentir.

—De la boca afuera—contestóme el viejo—somos tenorios; de la boca adentro llevamos todos prendidos a una novia buena y dulce que nos amó de muchachos o a un amor duro y difícil de la madurez, pero, convénzase, patrón, sólo se ama una vez.

Las palabras roncadas y despaciosas del anciano iban cayendo musicalmente en mis oídos, mientras la noche danzaba sus galas con el Ande y los lagos. El zumbido del yate retornaba, vibrando entre los copudos eucaliptos, los olmos y los cedros.

—Un día, patrón, me convencí de lo inútiles que eran mis esfuerzos en olvidar a Irmgard, y regresé, más viejo en mis canas, más enclenques mis rodillas de alcohólico, todo lleno de parches y el corazón resquebrajado.

Miré al viejo y no sé por qué presentí dos lágrimas en sus entrecerrados ojos. Evité así su mirada y le alenté a seguir.

—La historia ya no se alarga, patroncito—prosiguió—, porque cuando volví a por ella mi Irmgard estaba muerta. ¡Muerta, patrón, muerta como los ruiseñores que mata el frío del invierno! Sólo que a Irmgard la mató mi amor. ¡Y yo de bruto huyendo de ella! ¡De bruto, patrón, de brutísimo...!

—Pero entonces, ¿por qué vino usted tan lejos? ¿Qué le hizo buscar a Bariloche y el Nahuel Huapi como refugio?—pregunté.

—Porque en las aguas de los mares y de los ríos que he conocido siempre me imaginé ver reflejados los ojos de las mujeres que me

amaron, y en las aguas del Nahuel Huapi sólo se reflejan los ojos de mi Irmgard.

—¿Únicamente los de ella?

—Sólo los de ella, patrón, solitos y tristes, como invitándome a seguirla en la muerte.

En lo alto del cielo, por encima de la cordillera gigantesca, explotó un trueno lejano, que fué luego huyendo por el horizonte. La luna, tímidamente, se acostaba en dirección de la pampa.

—¿Se llamaba realmente Irmgard la moza de sus amores?—pregunté.

—¡Ah, patrón!—aclaró el viejo, alargando interminablemente las palabras, como si le dolieran—, eso es cosa mía y de mi corazón. El nombre de Irmgard me ha gustado siempre, pero el nombre de mi amada no se lo digo a nadie.

—¿Y por qué?

—Porque a lo mejor es esa la condición para que yo vea, noche a noche, sus ojos en el lago. Es nuestro secreto, que me llevaré a la tumba, cuando Dios me pida estos huesos prestados o cuando yo suba detrás de la luna, en el humo de mi pipa.

Me levanté y quise dar unas monedas al viejo, que fueron rechazadas. Di las buenas noches y caminé de vuelta al hotel, donde las luces del comedor y del salón de baile se apagaban. Subí por el jardín, y, antes de retirarme, contemplé por última vez el Nahuel Huapi. Los ojos en el lago no quisieron mirarme...

Río de Janeiro, 1956.

3

TEXAS

CITA EN EL CREPUSCULO

HABÍAMOS salido temprano de Houston, llegado a San Antonio a mediodía, hecho un frugal refrigerio, y ahora enfilábamos con el auto, las suaves llanuras calcinantes que se extienden hasta Monterrey, confiando dormir esa noche en Laredo, a orillas del río Grande y en la puerta misma de la frontera.

La tarde estaba calma, presidida por un sol de fuego, trepado en lo más alto del cielo. La carretera, casi recta, se perdía a lo lejos, a ratos enmarcada por raquíticos árboles, las más de las veces sola, perdida en el desierto como un ánima en penitencia.

La velocidad, única compañera en las grandes distancias de Tejas, me empujaba el auto, haciéndolo casi volar sobre el mar de la planicie sin límites. De vez en cuando aparecía en la distancia otro auto o camión, se nos acercaba con rapidez vertiginosa, veíamos claramente y durante unos segundos a su conductor y acompañantes, se bambolecaba el nuestro un segundo con el golpe de viento y de nuevo quedaba limpia la tira de asfalto, como trazada por Dios en un firmamento.

Atravesamos varios poblados: la carretera se ensanchaba, unos cuantos semáforos, dos o tres bares, casitas de techos verdes con antenas de televisión clavadas en postura de oración, ausencia de plazas, una farmacia, dos iglesias y vaqueros, vaqueros de calzones angostos y botas lodosas, de sombreros anchos y espuelas fosforescentes; vaqueros altos, vaqueros gordos, vaqueros en Cadillac y vaqueros en Ford, vaqueros durmiendo en la grama o bajo los árboles, vaqueros sucios de petróleo, vaqueros dueños, domadores y señores de la llanura, sus bestias, sus frutos y sus entrañas; vaqueros rubios y vaqueros morenos, vaqueros hablando inglés y español, porque en México y los mexicanos venidos de allende el río, siglos atrás, España

sembró su sangre y la dejó para una eternidad.

Atardecía cuando nos detuvimos en Cotulla. Cinco millas arriba, por el cielo color de rosa, un avión iba dejando el chorro blanco de sus motores, congelados por el frío terrible de la estratosfera, y así quedaban, como nubes extrañas, finas esponjas alargadas, que se mecían a lo largo del horizonte. Nosotros contemplamos el

espectáculo novedoso, pero los vaqueros ni siquiera alzaron las cabezas, acostumbrados a las diarias maniobras de las escuadrillas de Randolph Field.

Entramos en un restaurante. Un electrola vomitaba estridentes acordes rancheros, y en el bar, cuatro hombres y una chica de soberbia belleza sorbían con lentitud chopps de cerveza congelada. Humo de cigarrillos se

escapaba por las ranuras del acondicionador de aire. Pedimos cerveza y sandwiches, mientras afuera nos cargaban de gasolina el coche, nos revisaban los neumáticos y los demás órganos de cuyo perfecto funcionamiento dependía el caballo de Detroit para continuar su viaje.

—¿Van para México?—inició, a título de saludo, la despampanante camarera que nos atendió.

Yo deseé decirle que México podía esperar, con tal de que ella me atendiera indefinidamente; pero haciendo un esfuerzo, respondí que, en efecto, para México íbamos.

—¿Primera vez por aquí?—intervino uno de los hombres, también vaquero, de los que se sentaban frente al bar.

—Primera vez—respondió uno de mis amigos.

—Entonces ustedes deberían ver a «Red Boy» antes de proseguir viaje. No sé por qué imaginé que «Red Boy» debía de ser algún fenómeno local semejante a Nostradamus, o un pozo de petróleo, o un toro con tres cuernos.

—¿Quién es «Red Boy»?—preguntamos a coro.

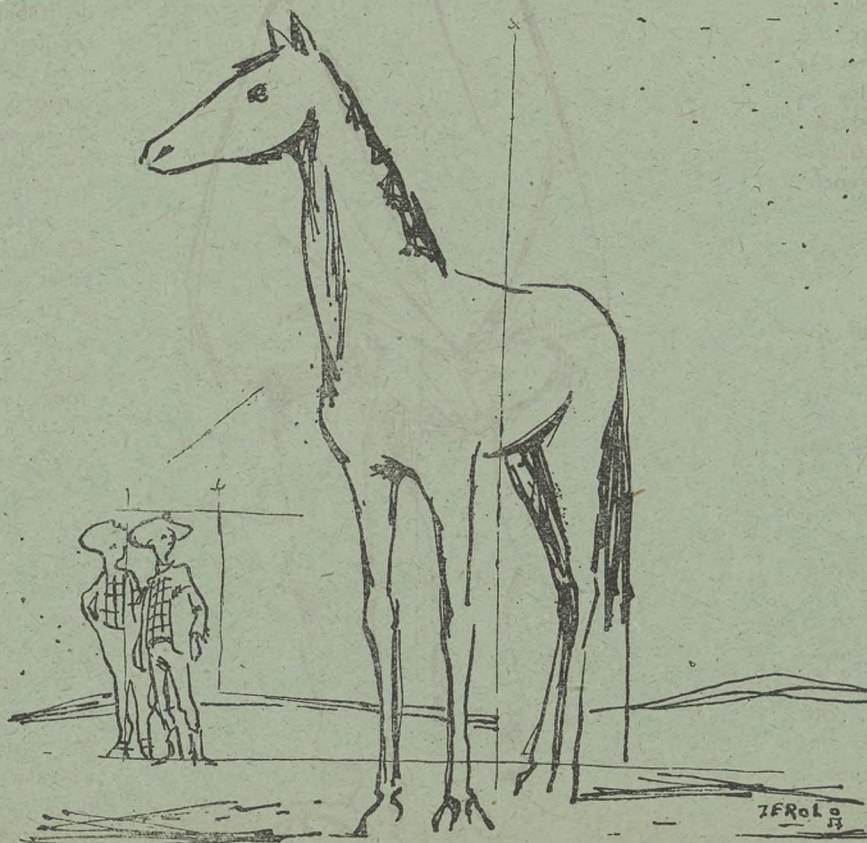
—«Red Boy»—aclaró otro vaquero, volviéndose hacia nosotros y ladeando su sombrero sobre la frente—es el caballo más inteligente de Tejas.

—Lo que es decir del mundo—corrigió quien había hablado primero.

Sonreímos. En Tejas—y lo saben los chicos en las escuelas—la exageración es un culto general, permitido, legalizado y aceptado. A nadie sorprende, pues, que un tejano, dondequiera que pueda estar, rechace cuanto ve, «porque en Tejas lo hay mejor». Así, esta vez nos intrigó «Red Boy» y resolvimos ver con nuestros propios ojos al caballo «más inteligente del mundo».

—¿Dónde está «Red Boy»?—pregunté.

—Simple, hombre, simple—me contestaron—; tan pronto salgan de Co-



tulla, a una milla del pueblo, verán un letrero que dice: «Red Boy». ¡Pues ahí está el caballo!

—¿Esperádonos?—pregunté, con alguna ironía.

—No—me dijo el vaquero—; ustedes son quienes tienen que esperarlo a él—y mirando su reloj de pulsera, agregó—: Llega junto a la carretera exactamente a las seis y veintidós minutos y regresa al rancho Double V a las seis y treinta minutos, siempre a tiempo.

—¿Cómo!—exclamamos todos.

—Sí, señores—dijo entonces la camarera, mientras recibía el importe de nuestra consumición—; a «Red Boy», cuando potrillo, le mataron unos cuatros a la madre, la yegua «Red Girl», a las seis y veintidós minutos de una tarde de verano, junto a la poza que ustedes verán. Y tarde a tarde, sin que cercas ni patrones puedan impedirlo, «Red Boy» viene a la poza, se mira en el agua, relincha y llora y regresa a casa.

Nos levantamos, salimos del lugar

y proseguimos carretera adelante, dejando a Cotulla a los pocos minutos, bostezando bajo el calor. Efectivamente, a una milla de distancia divisamos al letrero anunciado y yo detuve el automóvil frente a él. Ya había dos o tres coches más aguardando, al parecer, el mismo espectáculo en pos del cual también íbamos nosotros.

El crepúsculo se anunciaba sobre el desierto. El firmamento se tornaba rojizo, y en él, aun por encima de las esponjas blancas del avión desaparecido, asomaban las primeras grandes estrellas que luego presidirían la noche, seca y caliente, amiga de las serpientes, del cacto y de las arañas nómadas. Nadie hablaba en nuestro grupo. El reloj marcaba las seis y veinte minutos y nuestros ojos estaban clavados en la llanura, todavía escépticos ante la extraña aventura prometida.

Pero no esperamos mucho. Segundos más tarde, anunciándose con polvareda de cascos enloquecidos y ga-

lope salvaje, apuntó a unos trescientos metros de nosotros el más soberbio caballo que he visto en mi vida. Con la cabeza izada como una bandera, los ijares cubiertos de sudor, el bello espumeante y las crines irritadas por la carrera, allí venía «Red Boy», dueño y señor, incontenible...

Cuanto acaeció de inmediato es para quedarse en el magín como una pesadilla: «Red Boy» frenó su galope ante una raquítica poza de aguas estancadas que había cerca de la carretera y se lanzó al suelo, como arrojándose, al igual que esos caballos amaestrados de los circos; asomó su noble cabeza sobre el agua y se miró en ella unos largos minutos interminables, durante los cuales no se movió en él un solo músculo. Después emitió un relincho quejumbroso, lastimero, electrificante. Y en seguida, volteando sus cascos al sol moribundo, emprendió nuevo galope, hasta borrarse su noble figura en la ardiente pradera tejana.

Nosotros quedamos clavados de

asombro junto a la cerca, y poco a poco, sin hacer casi ruido, nos fuimos entrando en los autos, arrancamos los motores y emprendimos nuevamente camino. Sólo después, cuando habíamos recorrido millas y más millas, cuando el primer ejército de sombras engendraba la noche y allá, parpadeando donde la carretera parecía agonizar, divisamos las luces de Laredo, alguien dijo a mi lado:

—¿Fue sueño o realidad? ¿No será humano este «Red Boy»?

Y a mí se me ocurrió que la cita del caballo en el crepúsculo había tenido el dolor de una herida incicatrizable y la angustia de la muerte misma. Sin lágrimas, sólo con aquel su relincho doloroso, «Red Boy» cumplía la incoercible ley del amor hacia la madre.

Y llegamos a Laredo y dormimos esa noche, por cierto con bastante angustia, dispuestos a entrar al día siguiente en la tierra milenaria de Moctezuma...

Río de Janeiro, 1957.

4

ECUADOR

CUENTOS DE PEDRO

—¡Pedro!

—¡Mande el señor!

En el marco de la puerta ha aparecido una figura media, rechoncha, toda vestida de blanco, calzando alpargatas, de lacio pelo negro y tez amarillenta, aunque veteada por los rosetones que los vientos de los Andes siempre ponen en la piel de los cholos.

—Tráeme un vaso de agua.

—Seguido, señor.

Al ratito vuelve con el agua, pero se queda en la puerta, no osando entrar a mi habitación.

—Dame—le digo.

Me pasa el vaso, y en seguida, como si mi presencia le intimidara, vuelve a colocarse en el umbral. Le miro a hurtadillas. El rostro incaico me es tan impenetrable como el día en que le viera por primera vez. De pómulos salientes y nariz grande, no crece en sus quijadas pelo alguno. La frente es ancha, y bajo ella hay dos ojillos eternamente semicerrados, que jamás se posan en mi persona. De vez en cuando los he visto brillar, al mismo tiempo que los dientes quedaban al aire; pero no puedo asegurar si su brillo ha sido de alegría, de burla o de obediencia. Quiero hacer conversación.

—¡Pedro!

—¡Mande el señor!

—¿Dónde fuiste anoche?

No contesta. Y se retuerce como si una alimaña le hubiera picado.

—¿Te divertiste mucho?

—¡Jel, jje!

Es una risita aguda, como el sonido de una flauta, pero no dice absolutamente nada.

—¡Pedro!

—¡Mande el señor!

—¡Por Dios, hombre! ¿Es que no me quieres contar tus aventuras?

—Como mande el señor...

Y comienzo a encolerizarme. Me parece mentira que ese hombrecillo dúctil y sumiso, para quien mi voz es un mandato y mis órdenes obligaciones, se niegue a conversar conmigo. Así me callo unos minutos, en los cuales me dedico a jugar con el vaso que tengo entre las manos. Pero no dice palabra. Créo que ni se atreve a respirar. Al fin le espeto:

—¿Bebiste chicha en la fiesta?

—¡Si manda el señor!

—¿Qué manda el señor? Déjate de pamplinas y contéstame.



—Sí, señor.

—Sí, señor, ¿qué? ¿Bebiste o no bebiste?

—Bebí, señor.

—¿Mucha chicha?

—¡Jel, jje!...

—¡Pedro!

—¡Mande!

—¡Basta!—le atajo, exasperado—. Puedes retirarte.

—Como mande el señor.

Y Pedro toma el vaso vacío, se inclina y sale al trote de mi despacho. Y yo vuelvo a meditar sobre Pedro y sus ancestros, único consuelo ante mis fracasos con este cholo bendito.

Pedro es herencia. Lo encontré mi antecesor a su llegada a Quito y me lo dejó, con muebles y casa. Pedro es casado, por la Iglesia; pero no conozco a su mujer, pues nunca visita el lugar donde trabaja el marido. Pedro es indio, aunque estoy seguro que hace siglos entró en su estirpe un poco de sangre española. Por motivos que desconozco, un día Pedro dejó algún páramo bravo en la cordillera andina y vino a ganarse el pan a la capital. Los años y el roce con señores que oyen la radio, conducen autos y se bañan todos los días, han civilizado a Pedro. Y aclaremos: ¡Civilización hasta cierto punto!, pues Pedro ni sabe leer ni le importa. Pedro, este Pedro que se da un duchazo frío todas las madrugadas, que es de lo más parlanchín en la cocina, entre los otros sirvientes, pero que me respeta hasta los lindes de la idolatría, está de nuevo ante mí.

—¿Qué quieres?—y hay en mi voz un poco de cólera todavía.

—La señora me manda a la ciudad a un recado. Que si el señor desea algo...

—Sí; cómprame los periódicos de la tarde. ¿Cómo vas a conocerlos si no puedes leer?—le digo con sorna.

—Pregunto, señor.

Y Pedro se va, con pasitos cortos y menudos, removiendo sus alpargatas el polvo del camino. Me sosiego. De lo contrario, le entraría a palos a Pedro. Lo que sería igual. No tengo la menor duda de que Pedro tendría tiempo para entreabrir sus ojillos en mitad de los golpes y desbaratarme con un tímido «¡Como mande el señor!»

¡Chumado Pedro!

HE seguido haciendo conjeturas sobre nuestro sirviente, el cholo Pedro. Como no hay forma de que hable cinco palabras corridas conmigo, me entero de sus cosas a través de la criada. ¡Con ella y los otros servidores sí se suelta de lengua este hermético Pedro de mi historia!

Así he sabido que su mujer es india pura, de las que no conocen otras prendas de vestir que las largas enaguas, la pollera color rojo o marrón, el anaco de tosca bayeta, el rebozo grande y compacto y el poncho, rojo también, enrollado eternamente, hasta los senos cuando el sol calienta durante el día y hasta el borde de los ojos cuando las noches andinas estremecen a las cholitas con sus fríos latigazos.

Pedro es dueño de una choza de adobe, un pequeño cortijo, cinco chanchos gordiflones y llenos de churre pegajosa, una vaca pardiblanca, dos docenas de gallinas y un gallo canejo. Su propiedad, adquirida durante años de duro servicio en las rancias mansiones de Quito, está vinculada en las cercanías del poblado que unos llaman Calderón—añejo nombre que extraño en estas regiones incaicas—y otros, quizás más aferrados a las leyendas del Ecuador que al glorioso héroe de la batalla del Pichincha, denominan Carapungo.

Tanto mi antecesor como los otros criados de la casa me han advertido que Pedro, sin pedir permiso y sin avisarlo, suele desaparecer a veces, durante días seguidos, prendido a una juerga, donde el aguardiente de Pisco, la chicha y otros brebajes estupefacientes que desconozco hacen de él y sus acompañantes los más felices mortales del altiplano. Y por eso he llamado hoy a Pedro, de forma que nos entendamos, si es posible.

—Pedro, quiero hablar contigo.

—¡Mande el señor!

—Me dicen que de vez en cuando te metes en chupandina y desapareces de la casa.

—¡Je!, ¡je!—ríe nerviosamente.

—Bien—le digo, esforzándome por no reír a mi vez—; quiero que, por consideración a la señora, tengas la bondad de avisarme con tiempo.

—¡Como mande el señor!

—¿Te recordarás?—insisto.

—Sí, señor.

Luego me entero que Pedro ha comentado en la cocina de lo amable que es el nuevo señor. A mí, ¡ni las gracias!

Pasan días, y Pedro, siempre obediente, es un dechado de virtudes.

Jamás protesta; hace lo que le dicen, y es su presencia la del servidor incapaz de proporcionar un quebranto en la armonía del hogar. Hay ratos en los que llegan a mí las risi-

tas de la servidumbre. Y adivino a Pedro haciendo una de sus pintorescas historias, por una de las cuales sería capaz de doblarle el salario. De todos aquellos que entran y salen por la cocina, llego a saber que Pedro es hombre de churrasquear en noches de luna, atiborrarse con dos o tres pilches repletos de mote de sabroso maíz y luego empujarse veinte o treinta tragos de chicha.

Y Pedro se me hace cada vez más legendario, más inaccesible, como si el hermetismo del inca separara con abismos insondables a su mundo de ponchos y cushmas, de pilches y pis-

cos, de soroches y de cholitas, de este mundo mío, lleno de calles asfaltadas, de libros voluminosos, cigarrillos rubios y mujeres complicadas y difíciles. ¿Cuál de nosotros dos es más feliz? Quizás no lo averigüe jamás. Un día llegará en que abandone el altiplano con mis maletas espirituales de trotamundos, y Pedro quedará, con su risita inexplicable y sus afectos escondidos entre los pliegues de su rostro amarillo, refiriéndole a otros de un señor amable que quiso hurgar en sus secretos. A la postre, pienso con amargura, seguiremos iguales, sin que mis astucias doctorales logren triunfar sobre los siglos de sufrimiento y de hermetismo que Pedro recibiera de un Atahualpa o un Duchicela.

Anteayer era día libre para Pedro, que este cholo lleva la civilización hasta ese límite. Volví a advertirle:

—Pedro, recuerda tus promesas.

—Sí, señor.

—¿Dónde piensas ir hoy?

—No sé, señor.

—¿Te quedas en Quito o vas a Carapungo?

Sus ojillos parecen brillar por un segundo. Quizás fué mi imaginación, quizás no. Pedro no contestó.

—¿Me has oído?—le repito.

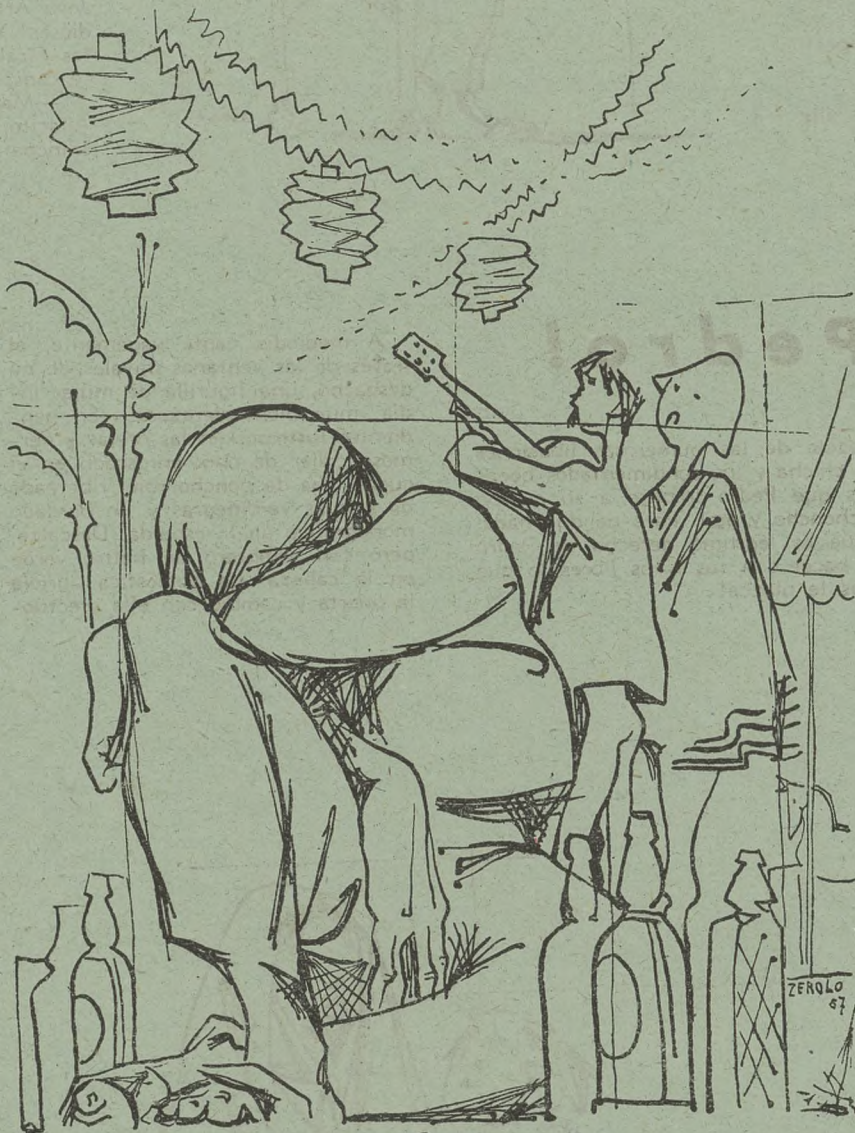
—Le oí, señor...

—Entonces, ¿estás seguro de que no sabes dónde irás esta noche?

—Sí, señor.

Y lo dejó ir. Ha triunfado nuevamente Pedro sobre mí. No pienso más en él hasta la mañana siguiente. Al levantarme y tocar el timbre para que me suban el café, nadie aparece. Horas más tarde sabemos todos en casa que Pedro, el Pedro de mis congojas, se ha ido nuevamente de juerga, en la forma que a él más le place, sin avisar a nadie ni cumplir con su promesa para conmigo.

Ya han transcurrido cuarenta y ocho horas desde que Pedro se fué. La otra sirvienta chola de la casa ha dicho entre risitas que Pedro debe estar en las fiestas de Calderón, bien «chupado» de chicha, con el gran demonio en el cuerpo. Ya no hay otro remedio que sonreír, resignado. No me cabe la menor duda de que Pedro llegará mañana o pasado, o cuando le dé la realísima gana, sin compunción en su rostro indescriptible, todavía apestoso a aguardiente, o con alguna cortadura misteriosa en las mejillas. Le pediré agua o café, y podría jurar que solamente me dirá, por toda excusa: «¡Como mande el señor!»



¡LUEVE! Es una lluvia menuda, haragana; es un diluvio monótono, que se desgaja del cielo con acidia y va erizando de frailecicos barrigones a las charcas del parque y a las pozas en la montaña. Desquiciadas así las formas eternas de la ciudad, lloran las torronas bajo el aguacero, inundanse las gárgolas hasta la reventazón y vase colmando de húmeda tristeza el laberinto de recuestos, plazas y viejos barrancos que es Quito.

Antaño, pienso yo desde mi ventana, esa clase de aguaceros hizo apresurar la marcha a los enjutos hidalgos, calados ropilla y gregüescos, chorreantes chambergo y gorgueras; hogaño condimenta lodo del polvo andino y deja en los transeúntes de impermeable de caucho, terno inglés y zapatos de piel de becerro una muy honda sensación de impotencia y un perecedero sabor a cosa inútil.

Pero antaño como hogaño, esta lluvia dolorosa del altiplano no ha tenido ni tiene sentido para la multitud estoica de indios. Semicultos tras sus ponchos y sus sombreros de lana prensada, véolos avanzar callejuela arriba o callejuela abajo, para luego desleírse, con encorvamiento de siglos, tras las runflantes fachadas de las iglesias o los muros indescifrables y eternos de los monasterios. Y cuando la calle no trepa y es ancha y abierta, oscilan como sierpes, vacilantes y un tanto alicaídos, pero insensibles a las gotas que están vomitando a coro las nubes. Y Quito se envuelve en agua, como en un lienzo translúcido y pegajoso, sin que el sol pueda violar estas mu-

rallas húmedas, pobladas de melancolía y hacedoras de nostalgias.

¿Dónde se ha escondido el verde prado, tan lucido en la mañana brillante de los Andes? ¿Quién ha borrado los rocosos costillares del Pichincha? ¿Qué se hicieron los azules cielos de esta hoyía feliz? ¿Cuáles de aquellos soberbios montes han caído en alud sobre indefensos caminantes? ¿Dónde, dónde la bucólica placidez de estas regiones? ¿Es que la lluvia insaciable fulminará acaso derrumbes a la hazañosa ciudad y a la fortaleza poderosa, al desfiladero abrupto y al femenino valle?

No así las cosas que viven en mi humana fantasía de encastillado. Pronto, en un rato, quizás mañana, se irán el agua con sus cantares y el trueno con sus mugidos y vendrá a nosotros la luz vibrante de amaneceres o el bermejo resplandor de un firmamento, colmado de múltiples centelleos. Que la vida es renovación eterna, de paisajes como de hombres, de pensamiento y de acción.

Pedro, mi criado cholo, lleva en el alma—si la tiene—las mismas transmutaciones del clima andino. Su risita, que parece una burla, prolóngase a veces durante días enteros, interrumpida solamente cuando está en mi presencia. Semejante al trueno—el símil me ha puesto orondo—, yo disipo su intolerable serenidad interior. Pero Pedro no me guarda rencores. O sí me los guarda, los lleva muy adentro de sí, donde jamás penetrarán mis miradas o mis experimentos psíquicos con este cholo genial.

¡Taita Pedro!

A veces, como en esta tarde gris y lluviosa, pienso que Pedro tiene alma de niño. Mi hijo José Arturo, cerebro que despierta a toda prisa y almita candorosa que inicia su ruptura de barreras, es el gran amigo de Pedro. Se burla de él, lo zarandea, golpéale; a ratos lo maneja como si fuera Pedro el infante; en ocasiones lo asedia con esas terribles y desconcertantes preguntas de niño inquisidor. ¡Y se entienden! El lenguaje de Pedro, mezcla de quichua y castellano, salpicado de manierismos y cortado por decires de ameno sonar, confúndeme muchísimo. Yo extraigo frases como muelas el dentista. Sólo que, en vez de dolores, me quedan resquemores interiores muy desagradables.

Dije ya que Pedro no sabe leer. Sin embargo, le he visto leyéndole a mi hijo las historietas animadas de «El superhombre» y «El ratón Miguelito». La escena, por repetida, me es, no obstante, cada vez más misteriosa.

—Cuéntame qué le hizo Santiago Conejo a Miguelito—le dice José Arturo.

—Pos cuando estaba allacito—vacila Pedro—, subieron a la montaña.

—No, hombre—corta mi hijo, enérgicamente—; subieron al Pichincha—y pide a gritos corroboración—. ¿Verdad, papá?

Y Pedro, ante lo que cree mi orden, corrige:

—Allacito, al Pichincha.

Yo imagino cómo serán las charlas entre Pedro y mi hijo cuando se van al parque o de compras. Como conozco el carácter del último, no me cuesta trabajo adivinar los temas abordados. Lo que me intriga—y aun José Arturo no tiene edad para decírmelo—es cómo reacciona el Pedro de mis cuitas. ¡De que son compañeros inseparables, no tengo duda! Y hay trío, como en las buenas historias hogareñas, que alguien nos regaló una perrita loba, y ella reparte sus caricias entre los pantalones de Pedro y los muslos, manos y rostro de mi primogénito.

Ayer tarde, la perra mordió a José Arturo. Una escaramuza sin importancia. En casa se cuentan por docenas diariamente. José Arturo le dió un palo al animalito, y éste, yendo por sus fueros, clavó un colmillo en holgada y ancha parte. Lloros, berreos, ayes desesperados. Corrió la servidumbre; corrí yo. Y encontramos a José Arturo muy bien apoltronado en los hercúleos brazos de Pedro. ¡Juraría que vi en el rostro del cholo un gesto de amor hacia el niño!

—Los hombres no lloran—dije.

—Sí—sollozaba José Arturo—; ¿no te lo dije, Pedro?



Como si yo no existiera. El cholo, hermético, ha abierto su alma al chiquitín de mi casa, y José Arturo, sin comprender el milagro que su inocencia hace florecer, sigue zarandeando a Pedro, prodigándole golpes y—¡jeso sí!—queriéndole mucho.

¡Llueve! Plásmanse rosetas húmedas sobre los techos cobrizos de Quito. El aguacero, interminable, aniquilador, danza en los senderos, rebota en las fuentes y vibra en los camellones de las lomas. No hay cielo. Van adquiriendo las cosas una pátina agria; se va llenando el alma de una tristeza húmeda, de recuerdos lejanos o de realidades próximas.

Como Pedro, el cholo de mis preocupaciones. Hasta mi sitial, en la ventana, llega la estridente garla de la servidumbre. La voz de Pedro callandita, no parece formar parte de la bojiganga gozosa. Presiéntole en un rincón, acosado por José Arturo y la perrita. ¡Hay risa para sus dos dioses! Y para aquel de ellos que dispara preguntas escalofrantes para su dura sencillez, Pedro no se cansa de asegurar:

—Mande, niño José Arturo... ¡Ya le vamos...! Allacito iba un lobo... ¿Grande? Como el Pichincha... ¡Allacito...!

¡Tirano Pedro!

MI criado Pedro se permite tres lujos: chumarse de vez en cuando hasta la saciedad, quedándole alcohol en el aliento por días enteros; tener alquilado—en parte de la ciudad que desconozco—un zaquizamí, pequeño pero cómodo, donde celebra no sé qué aventuras nocturnas, y un poncho extraordinario, lujosísimo, de verdadero cacique, que le ha costado la friolera de quinientos sucres. No hay que usar mucha imaginación para descubrir que este tímido Pedro se emponcha a veces en sus noches libres, compra cinco o diez botellas de chicha y se va a su cuartucho a darselas de gran señor. Y no dudo que hasta imite los gestos de quien, como yo, mantiene insospechadamente sus rondas libertinas.

La mujer de Pedro se llama Rosa. Le ha dado cinco retoños: el Andrés, el Pedrito, el Vicente, el Antonio y la Dolores. Daría una fortuna por ver a Pedro camino de Calderón, con su prole atrás, dignísimo gran caballero del altiplano, sin otro codiciado que el comando de esos seres traídos al mundo por este cholo de las mil anécdotas.

El hermetismo de Pedro para conmigo existe todavía. Vanos fueron mis esfuerzos, mis asedios y mis halagos. A su boca, casi huera, donde dos dientes frontales vigilan como tenantes las pocas palabras que logran salir de ella, no ha llegado todavía la narración jocosa de una aventura o el relato asimilado de su vida. Yo he llegado a conformarme. No me queda otro camino.

Sólo que, de vez en cuando, la fatalidad de Pedro, o sus desaciertos, descúbrenle pasos falsos, y yo quedo dueño de sabrosísima historia. ¡Como la de hoy!

Pedro recibió «día libre» ayer. Después del almuerzo vile salir por la puerta trasera de la casa, de alpargatas, pantalón blanco de hilo—recuerdo de algunos de mis predecesores—y camisa, inmaculada, de algodón. Sus pasitos cortos y menudos alejaron pronto de mis ojos. Observé, sin embargo, que en la próxima esquina le aguardaba un indio regordete, de poncho azul y trenza otaveleña, con quien cambió afectuoso intercambio de frases, seguramente salpicadísimas de donaire y manierismo.

Olvidé a Pedro con los quehaceres de la tarde. Y así, esta mañana, llegó a mí, con el cotidiano «Buenos días», un aliento desconcertante,

mezcla de las numerosas libaciones de chicha y los condimentados bocados que Pedro impuso a su cuerpo rechoncho y ágil. Pero no dije nada. ¡Que es legítimo derecho de Pedro el hacer con sus ratos libres lo que más le plazca!

A mediodía capté vagamente, al través de las ventanas ojivales de mi despacho, una figurilla de mujer india, muy bien aderezada, con pendientes lustrosos en las orejas y hermoso collar de ónix enroscado en el cuello. Iba de poncho rojo, ribeteado de franjas verdinegras y un bordado monográfico en la espalda. Descalza, pero con sombrero de fieltro verde en la cabeza. La doméstica abrió la puerta y cambió con ella afectuo-

so saludo: ¡Era Rosa, la mujer de Pedro! Qué venía a hacer a mi casa era harina de riquísimo costal.

Y así pasaron quizás un par de horas. Cuando Pedro sirvióme el café de la tardecita, no extrañé en su rostro pálido las líneas inmutables de costumbre. Por hacer conversación, le pregunté:

—Pedro, ¿te visita tu mujer?

Y Pedro se inmutó, ¡por la primera vez desde que lo conozco!

Seguido, contestóme:

—Sí, señor, para lo que mande...

—Se llama Rosa, ¿verdad?

—Sí, señor, la Rosa...

Y constaté, sorprendido, que un leve temblor estaba todo prendido a las manos y a los labios de Pedro. Pero, atareado como estaba, dejé así las cosas, achacándoselas a la chupandina de anoche, y despedí a Pedro con una inclinación de cabeza.

Poco duró mi sosiego. Mi hijo José Arturo irrumpió en mi despacho a poco rato. Retozábale en la pícara carita de querube un desasosiego muy lleno de malicia.

—¿Qué quieres aquí?—le pregunté, dispuesto a ahuyentarlo prontamente de mi «santuario».

—Pedro—díjome lentamente, explotando de risa—¡le está dando una pela a Rosa!...

—¿Cómo?—dije, saltando casi de mi butaca.

—¡Una pela bien grande!—corroboró mi hijo, y puso pies en polvorosa.

Toqué el timbre. Apareció la doméstica, una cholita regordeta.

—¿Es verdad lo que ha dicho el niño?—le pregunté.

—Sí, señor.

—Entonces, ¿Pedro le está pegando a su mujer?... ¿Aquí?... ¿En mi casa?... y no salía de mi tremenda sorpresa.

—En su cuarto, señor—corrigió aviesamente la cholita.

—¿Y usted cree—le dije duramente—que el Pedro puede hacer en su habitación lo que le venga en gana?

—No, señor... ¡Pos como es su mujer...!

Me contuve ante aquella filosofía tan primitiva y humana. Despedí a la doméstica y permanecí unos minutos pensativo. Al fin me decidí a llamar al Pedro de mis pesares. Pronto le tuve ante mi escritorio. Frío, sereno, hermético, distante, de otro mundo. Y comprendí que no debía inmiscuirme en sus asuntos conyugales. Si del fondo de su alma incaica había brotado el urgente de propinarle una paliza a su mujer, ¡razones tendría sobradas! Y no es que yo, manoseado por la costumbre y criado en atmósferas que hacen de los golpes a las féminas un pecado, esté de acuerdo con lo que Pedro



practicaba esta tarde. De ninguna manera. Pero ¿para qué disgustarlo? De esta forma, hícele recoger el cesto de los papeles y lo despedí.

Quise trabajar, hacer informes, urdir algo que distrajera mi mente de Pedro y sus problemas. ¡En vano! Para colmo, de nuevo apareció José Arturo, esta vez con los cachetes al reventar bajo el peso de dos o tres confites engullidos de una sola vez.

—Papá, ¿por qué Pedro la pega a Rosa?—me preguntó.

—La pegaba—enmendé yo—por portarse mal.

—No—rió mi hijo con socarronería muy impropia de su edad—; la está pegando todavía.

Ahora sí salté de mi asiento e hice repiquetear el timbre con todas mis fuerzas. Pedro volvió a estar delante de mí.

—Vete, José Arturo—dije a mi hijo, mientras la cólera pugnaba por explotarme dentro.

—Pero papá...

—¡Vete!—y miré a Pedro.

El cholo no se movía. La vista se estaba posando en la alfombra.

—Mande el señor—le oí murmurar muy quedamente.

—¿La estás pegando a tu mujer?

—Sí, señor—me replicó, tranquilizándosele rostro y mirada.

—¿Se puede saber por qué lo haces aquí?

—Porque no podía ir a casa, señor.

—¿Y por qué la pegas?

Hízose un silencio molesto. Pedro ni lo rompió ni hizo esfuerzo alguno para dejarme satisfecho.

—Pedro—dije al fin—, te prohibo en absoluto que vuelvas a repetir algo semejante en esta casa.

—¡Pos si tenía la puerta cerrada, señor!

—¡Eres un cobarde!—exploté—. ¡Se necesita despalnte para estarla pegando a una mujer indefensa durante dos horas. Has estado entrando a tu cuarto, propinándole golpes a Rosa; saliendo de vez en cuando a

tus quehaceres y volviendo, una vez terminados, a tu paliza.

—¡Pos si ella no da queja, señor!

—Porque la obligas, porque de seguro hasta le tapas la boca.

Se calló unos instantes. No había arrepentimiento alguno en su rostro—que me está de lo más maquiavélico—, y a la postre, como un verdadero endriago, me miró de hito en hito y exclamó, desarmándose para una eternidad:

—Entonces, señor, ¡ya le dejo los otros palos para el domingo! ¿No le manda el señor?

Dió media vuelta y se fué con unos pasos menuditos, de demonio, o de hombre, o ¡de qué sé yo!...

HACE unos cuantos días que Pedro se hinchara. A mi fiel cholo le amaneció un día cuello y cara como si un ente misterioso hubiera pasado la noche inflándose con propósitos malignos. Sus rasgos, de cierta exótica catadura, acentuáronse más aún, y los ojos se convirtieron en dos hilillos imperceptibles entre la carne afofada. Cuando cambié conmigo el primer saludo del día, trájome a médula y mente un presentimiento desagradable.

—¿Qué te ha sucedido, Pedro?—le pregunté, asombrado.

—No le adivino, señor.

—Pero dime, hombre de Dios, ¿qué es lo que sientes? ¿Cómo te comenzó semejante hinchazón?

—Pos si no lo sé.

—Déjate de hablarme así. Piensa bien. ¿Cuándo te sentiste mal?

—¡Pos si no me siento mal!

Ya estoy escoriado en tal forma por las charlas sostenidas con Pedro, que me sobra la paciencia. Esta vez hice uso nuevamente de la mucha que he adquirido desde que conocí a Pedro.

—Bueno—le dije—. Acepto que no te sientas mal. ¿No te duele el cuello? Veo que lo tienes envuelto en gasas.

—Y es que no más tengo comezones—me respondió.

—¿Comezones? ¿Dónde? ¡Déjame ver!

Pedro se quitó lentamente unos dos metros de gasa que le adornaban el robusto cuello. Al quedar la piel al descubierto, pude examinar una mancha verdosa, al parecer compuesta de yerbajos, convertidos en pulpa por la masticación de algún curandero o familiar.

—¡Diantres!—exclamé—. ¿Qué demonios te has puesto ahí?

—Medicinas un tantito, señor.

Bajó en seguida la cabeza y movió el pie izquierdo de un lado a otro. Como conozco el síntoma, adiviné que Pedro no las tenía todas consigo.

—¿Medicinas, bruto? ¿No comprendes que se-

mejantes mixturas te pueden hacer daño? ¿Quién te las aplicó?

Pedro enmudeció como una tumba. Luego me miró de reojo, pero sin ceder.

—¡Contéstame!—díjele colérico.

—Mi mujer, la Rosa.

—¿Nadie más?

Pareció titubear. Seguido, insistí yo.

—El doctorcito indio, señor.

—¡Ajá!—exclamé triunfalmente—. ¿Y no te avergüenza el ponerte en manos de curanderos, tú, que te las das de civilizado?

No me respondió; pero juraría que, muy dentro de sí, el Pedro dichoso se repitió mil veces que su «doctorcito indio no es ningún curandero, aunque lo crea el señor».

—Bien—dije al fin—. Ahora mismo te quitas todas esas porquerías del cuello. Quiero que te vea mi médico.

—¡Como mande el señor!

Dió media vuelta y se fué. Una o dos horas más tarde, realizadas las diligencia de lugar, tuve de nuevo a Pedro delante de mi escritorio. El doctor de la casa, recién llegado, comenzó a examinarlo.

Exploración allí, exploración más allá. Los dedos hábiles hurgaron bajo las orejas de Pedro, en los ganglios, bajo las tetillas, sobre los pulmones y en las axilas.

—Nada de importancia—oí decir, por cierto con gran alivio de mi parte, al joven galeno—; un barrito infectado. Las hierbas moras que se puso, en exceso, han provocado una fuerte urticaria y la hinchazón.

Tuve un pensamiento.

—Pedro—dije—, ¿están bien tus dientes?

—Faltan algunitos, señor.

—Sonreímos el doctor y yo. ¡La boca de Pedro es casi huera!

—Pero los que tienes, ¿están en buenas condiciones?

—Sí que creo, señor.

—¡No me interesa lo que creas! ¿Están o no buenos?

¡Enfermo Pedro!

—Sí, señor—contestóme Pedro—; con ellos le muerdo gustoso a los alimentos...

El doctor garabateó un papel y lo entregó a Pedro. Yo me levanté y se lo quité de las manos.

—Llama a la farmacia y di que preparen esta receta. ¡Por mi cuenta!

Pedro se retiró, y yo salí al jardín a despedir a mi amigo el médico.

—No se preocupe, Ministro—díjome—. Su saltonero no tiene enfermedad de cuidado. Déjele reposar un par de días y quedará como nuevo.

Esa tarde vi a Pedro regando las flores del boj cercano a la puerta trasera. Luego me enteré de que mi hijo lo había rociado de pies a cabeza con la manguera.

¡Y hoy ha amanecido Pedro con la cabeza semejante a un globo!

La irritación del cuello ha desaparecido; pero no me ando en contemplaciones, y llamo nuevamente al médico. Llega, y, junto con Pedro, nos encerramos en mi despacho. Yo estoy dispuesto a salir de dudas sobre el quebranto de Pedro, sea como sea.

Examinan al paciente. Y hay un instante—cuando el doctor aprieta las mandíbulas de mi cholito famoso—en el que Pedro da un grito de dolor.

—¿Duele?—le preguntamos.

—Sí que duele, señor—respondió Pedro.

—Pues ahí lo que hay—dice el médico—es una muela en muy malas condiciones.

Yo estoy que ardo. Miro a Pedro y luego al galeno. Después exploto:

—¡Pedro!, ¿no dijiste el otro día que tus dientes están bien?

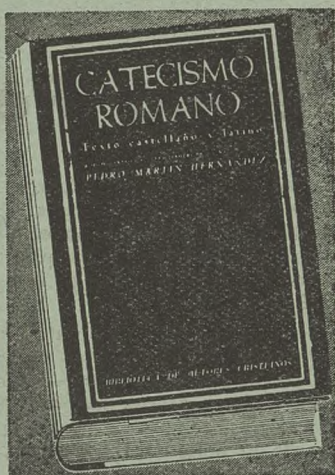
Pedro achina sus ojillos saltarines, se relame un poco y termina aplastándonos con esta frase satánica:

—Están muy bien, señor; ¡sólo que me duelen casi siempre...!





BIBLIOTECA DE AUTORES CRISTIANOS



CATECISMO ROMANO de SAN Pío V. Texto bilingüe y comentario. Versión, introducción y notas de PEDRO MARTÍN HERNÁNDEZ, sacerdote operario.—XL + 1084 págs. (BAC 158.)

Esta edición, anotada y bilingüe, adaptada al tiempo actual, supera por su exactitud a todas las que existían en España. Comprende:

a) Texto latino y traducción al lenguaje de nuestro tiempo, con la terminología hoy acostumbrada.

b) Introducciones ágiles y sugestivas, que enmarcan los textos respectivos en su ambiente propio.

c) Comentarios dogmáticos y morales, que actualizan y remozan los principales postulados de nuestro dogma.

d) Distribución y títulos nuevos, que, en los índices analítico y de materias, permiten la rápida consulta en cada caso concreto.

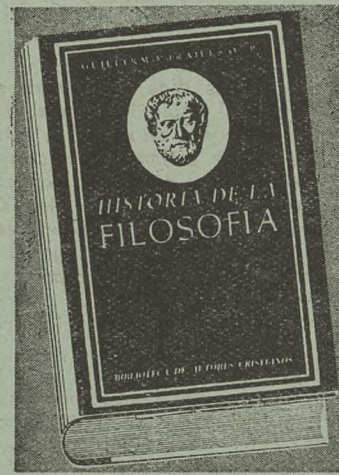


SEÑORA NUESTRA.—*El misterio del hombre a la luz del misterio de María*, por JOSÉ MARÍA CABODEVILLA.—XII + 433 págs. (BAC 161.)

La gracia de un lenguaje plenamente actual, con observaciones que sólo son asequibles al hombre de nuestros días, permite eludir el tópico en la consideración del misterio y ver nuestra propia vida, la interna y la social, transfigurada y vivificada por el misterio de María.

Logra así en breve espacio el autor, tras larga meditación, lo que en otro tipo de exposiciones doctrinales exigiría volúmenes enteros de lenguaje menos vital y penetrante.

Es difícil que ningún cristiano de nuestro tiempo logre despegarse de estas páginas, llenas de originalidad, sustancia, gracia expositiva y aliento espiritual.



HISTORIA DE LA FILOSOFIA.—Tomo I: *Grecia y Roma*, por el P. GUILLERMO FRAILE, O. P.—XXVIII + 840 páginas. (BAC 160.)

Pocos dramas ofrecen un interés más intensamente humano que el de las vicisitudes del pensamiento en su lucha por la conquista de la Verdad. Drama iniciado hace veinticinco siglos, y que todavía dista mucho de haber llegado a su conclusión.

Toda esta lucha puede seguirse en la obra magistral, asequible a todos por su claridad, objetiva y precisa, seriamente hecha y de gratísima lectura, que recoge el fruto de veinte años de larga y paciente investigación del P. FRAILE, O. P.

Los magníficos índices de que va provista la obra—general, de nombres y de materias—y una tabla cronológica permiten su fácil manejo.

SAN JOSE DE CALASANZ

Estudio pedagógico y selección de escritos del P. GYÖRGY SÁNTA, SCH. P. Versión del estudio pedagógico, sobre el original inédito, por el P. CÉSAR AGUILERA, SCH. P. Versión de la selección de escritos por una comisión dirigida por el P. JULIÁN CENTELLES, SCH. P.—LII + 830 páginas. (BAC 159.)

Al abrir San José de Calasanz, en la humilde sacristía de Transèvere, la primera escuela gratuita popular de Europa, señaló una cumbre de excepcional magnitud en el quehacer de la Iglesia y en el quehacer de la Pedagogía. En esta obra de la BAC se presenta con serena objetividad científica el **cuadro completo del sistema pedagógico de Calasanz**, no contentándose con recoger y ordenar cuanto de bueno se ha dicho sobre el tema, sino yendo a beberlo directamente en las fuentes.

Todo se ha revisado: archivos, bibliotecas, fondos varios y raras ediciones en la lengua en que fueron publicados, y de todo se ha sacado la conclusión pertinente, a fin de ofrecer una visión completa de la obra y figura de este gran santo español.

JESUCRISTO SALVADOR

La persona, la doctrina y la obra del Redentor, por TOMÁS CASTRILLO AGUADO.—XII + 524 págs. (BAC 162.)

El autor, escriturista por vocación y experimentado profesor de Teología dogmática, nos ofrece una exposición plena de lógica, densa y a la vez ágil, de todo un orbe de ideas, hechos y efectos trascendentes que encierran la «figura, la doctrina y la obra del Redentor», en una obra madura, hija de una gran preparación filosófica y teológica, que recoge su veteranía en la predicación y enseñanza de Cristo desde la cátedra sagrada, la tribuna pública y las aulas universitarias.

El DR. CASTRILLO nos hace caminar por ese mundo alucinante y maravilloso del Antiguo y del Nuevo Testamento a través de un lenguaje sencillo, finísimo, depurado y en todo momento riguroso y certero. Sin apartarse de la sana y auténtica tradición cristiana, su atención penetra las conquistas más recientes de la ciencia religiosa.

EN TODAS LAS BUENAS LIBRERIAS DEL MUNDO

OBSEQUIE CON LIBROS DE LA "BAC" EN PIEL

LA EDITORIAL CATOLICA, S. A. - Alfonso XI, 4 - MADRID